COLECCIÓN HOMBRES E IDEAS
FILOSOFÍA — POLITICA — BIOGRAFIAS

Dr. GREGORIO MARAÑON

TRES ENSAYOS
SOBRE LA VIDA SEXUAL

SEXO, TRABAJO Y DEPORTE
MATERNIDAD Y FEMINISMO
EDUCACIÓN SEXUAL Y DIFERENCIACION SEXUAL

H 74
33



EDITORIAL "CULTURA"
SANTIAGO DE CHILE

Colección "Hombres e Ideas"

(FILOSOFIA—POLITICA—BIOGRAFIAS)

Títulos publicados

N.º 1	El hombre y la técnica, por Oswald Spengler	$ 3.50
N.º 2	Pidiendo un Goethe desde dentro, por José Ortega y Gasset	" 2.—
N.º 3	Tres ensayos sobre la vida sexual, por el Dr G. Marañón	" 3.—
N.º 4	Socialismo, por J. Ramsay Mac Donald	" 3.—
N.º 5	Fouché, por Stefan Zweig	" 5.—
N.º 6	Gog, por Giovanni Papini	" 5.—
N.º 7	Panorama científico, por Bertrand Russell	" 5.—
N.º 8	El hombre mediocre, por José Ingenieros	" 4.—
N.º 9	Perspectiva del desenvolvimiento socialista en América y en el Mundo, por Eugenio Orrego Vicuña ..	" 1.50
N.º 10	Crítica de los fundamentos del socialismo, por A. Aftalión. Versión sintética y notas de Aníbal Bascuñán	" 2.50
N.º 11	La mujer nueva y la moral sexual, por A. Kolontay	" 2.50
N.º 12	Amor, conveniencia, eugenesía, por G. Marañón ..	" 2.50
N.º 13	Tres maestros, por Stefan Zweig	" 3.50
N.º 14	El tema de nuestro tiempo, por José Ortega y Gasset	" 3.—
N.º 15	La deshumanización del arte, por José Ortega y Gasset	" 2.50
N.º 16	Nietzsche, por Stefan Zweig	" 3.50
N.º 17	Amiel, por G. Marañón	" 4.—
N.º 18	Disraeli, por André Maurois	" 4.—
N.º 19	La evolución de la sexualidad y los estados intersexuales, por el Dr. G. Marañón	" 5.—
N.º 20	Aurora Rusa, de Waldo Frank	" 4.—
N.º 21	Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo, por G. Marañón	" 3.—
N.º 22	Gordos y Flacos, por G. Marañón	" 2.—
N.º 23	La agonía del cristianismo, por Miguel de Unamuno	" 3.—
N.º 24	La Superstición del Divorcio, por G. K. Chesterton	" 2.50
N.º 25	Cinco ensayos sobre Don Juan, por Marañón, Maeztu. Ingenieros, Pérez de Ayala, Azorin	" 5.—
N.º 26	El Poder Social, Cosas de Europa y otros Ensayos, por José Ortega y Gasset	" 5.—
N.º 27	Beethoven, por Emil Ludwig	" 2.50

Pida estas obras a su librero o a sus editores,

LIBRERIAS "CULTURA"

1165 HUERFANOS 1165 CASILLA 4130 461 DELICIAS 463

SANTIAGO DE CHILE

Filosofía 9. F

Estudios interesantes # 3 (vol 5) Alameda 783222

Tres Ensayos
Sobre la Vida Sexual

Venta exclusiva para Chile:

LIBRERIAS "CULTURA"

1165 Huérfanos 1165 — 461 Delicias 463

Casilla 4130

SANTIAGO DE CHILE

COLECCION "HOMBRES E IDEAS"

FILOSOFIA — POLITICA — BIOGRAFIAS

G. MARAÑON

DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA

TRES ENSAYOS SOBRE LA VIDA SEXUAL

SEXO, TRABAJO Y DEPORTE
MATERNIDAD Y FEMINISMO,
EDUCACION SEXUAL
Y DIFERENCIACION SEXUAL.

CON UN ENSAYO DE

RAMON PEREZ DE AYALA

3.ª Edición

Editorial "Cultura"

Santiago de Chile

1933

ENSAYO LIMINAR

Una de las supersticiones más extendidas y acatadas es la del libro, que Anatole France llamó el "veneno de Occidente." Quiero decir con ésto que se reputa y admite como un libro, comúnmente, cualquier estúpido narcótico que no tiene de libro sino falaz pergenio y simulada apariencia. Un objeto mercantil, de pequeñas hojas paperáceas, impresas por entrambas carillas y cosidas en bloque por uno de los lados, esto es lo que, sin más requisito ni miramiento, se clasifica como un libro. Y así pasa como evidente que la producción libresca aumenta desaforadamente en nuestros días. Guardémonos de este error vulgar. Lo que aumenta en proporciones formidables es la emisión de tomos o volúmenes, que no es lo mismo que la aparición de libros. El común de los tomos y volúmenes que con tesón cotidiano "ad nauseam", vomitan las prensas, no son sino un rimero de papel sucio, con que luego el mercader "envolverá azafrán y alcarabea". Escritores hay, y muy ilustres, que cuentan en el haber de sus obras alrededor de medio centenar de tomos, y ni un solo libro: verdadero libro. La esencia característica del libro no es cuestión de dimensiones materiales. De la propia suerte que una célula es ya vida, así, a veces, un parvo folleto es ya todo un libro; esto es, un inminente estado de espíritu colectivo. Por ejemplo. El contrato social. Otras veces, el libro adquiere proporciones elefantinas, o lleva consigo su propia prole, y se compone de muchos tomos o volúmenes, como la Biblia, el libro (o mejor, familia de libros) por antonomasia. Porque, de tal o cual tamaño, eso es un libro, un ser vivo. Y en la inmar-

cesible región del espíritu, aquello que nace a la vida jamás fenece. Aunque también en ocasiones el espíritu padece engaño transitorio, e imagina como estructuras vitales cosas que no son sino "idola mentis", sombras vanas y fetiches caedizos, de la imaginación o del deseo. Un libro genuino aparece de raro en raro. Por eso su aparición debiera ser saludada con salvas, como el nacimiento de un príncipe heredero. Verdad que acontece, acaso, que un libro, a semejanza del rey David, no hijo de rey, sino padre de reyes, nace y discurre sus días primerizos en soledad esquiva e ignorada. No importa; al cabo reinará sobre el pueblo de los elegidos y la voz de su salterio se multiplicará en ecos innumerables.

Quiero aquí, en su propio umbral, saludar la aparicion de este verdadero libro. Libro que ni siquiera está bautizado, puesto que difícilmente se puede calificar de título el rótulo que lleva en la portada. En cierto linaje de libros, el rótulo es lo de menos. Lo capital es la paternidad: la cabeza que los engendró. Digo los libros de ensayos. Libros famosos existen sin bautizar, designados no más que bajo el mero y simple rótulo genérico en Ensayos; bien que van suscritos por un Montaigne, un Bacon, un Carlyle, un Emerson, un Unamuno.

Este nuevo libro y verdadero libro es asimismo un libro de ensayos. En su portada figura un sobrio rasgo descriptivo: **Tres ensayos sobre la vida sexual.** Su autor, Gregorio Marañón.

En el friso de la vida española, en pleno aire, la figura de Gregorio Marañón destaca en relieve exento de singular magnitud y dinamismo. Su personalidad extraordinaria asume en sí armoniosamente todas las manifestaciones activas que la cultura clásica juzgó indefectible, a fin de realizar el canon del hombre integral: esposo, padre, amigo, ciudadano, artista y sabio. La nombradía dilatadísima de que goza se originó señaladamente de su aventajamiento en el arte y la ciencia hipocráticos. En él parecen revivir las virtudes mágicas, diagnósticas y terapéuticas, de los fabulosos Asclepíade. Sus obras de carácter científico están reputadas fuera de España como "standard books", obras fundamentales en el asunto de que tratan. Estos excepcionales logros de la inteligencia y de la diligencia no

cierran el perímetro de la personalidad de Marañón. Un profesional, aunque alcance a ser el primero de su profesión, si no es más que un profesional, es bien poca cosa. Lo que ante todo define al hombre, ¿hará falta decirlo?, es la hombredad. Por su mucho saber, tal vez un hombre es útil a los demás hombres, como lo puede ser una máquina, y esto no siempre. Por su hombredad, el hombre se afirma hermano de otros hombres y, por ende, se hace amar de ellos fraternalmente. La medida de la hombredad está en razón directa de la mayor suma de actos humanos, buenos o malos, elevados o torpes, generosos o egoístas, que, aun siendo ajenos, no se consideran ajenos a la propia hombredad. Por lo tanto, la hombredad estriba en la universal simpatía comprensiva; sentimiento de tolerancia y emoción para la justicia: La hombredad se revela de un modo patente e inequívoco así en la vida pública como en la vida privada.

Hablar de la vida pública de Marañón no sería prudente. Hablar de su vida íntima, acaso sería indiscreto e indelicado por mi parte. Sin embargo, desde Montagne acá, cuando hinche y colme al arquetipo ideal de ese moderno género literario que se denomina ensayo, el autor se comporta y exterioriza antes como hombre que como autor. En todo ensayo modelo, más o menos paladinamente y sobre las impresiones de orden literario, se nos ofrece y entrega el autor con doble aspecto: como hombre íntimo y como espejo del universo. En ensayo es la literatura más personal, más vinculada a la persona del autor. Un ensayo vale exactamente lo que vale el hombre que lo ha trazado (luego de vivirlo y pensarlo). Un ensayo puede estar mejor o peor escrito. Conviene que esté lo mejor escrito posible. Pero esto es secundario. Diré, al paso, que los tres ensayos de Marañón están vestidos de un estilo justo, flexible, fecundo, animado, correcto y bello. Se trata de un escritor agraciado con innata aptitud expresiva, un escritor de gran casta, en edificante contraste con tantos del oficio, ahora que se ha difundido como donosura y genialidad que el escritor se vanagloríe de menospreciar la gramática y la retórica. Pero lo que constituye el tuétano substantífico y

perdurable de este libro de ensayos es su valor de humanidad. Humanidad de antaño, de hogaño, de siempre.

La Humanidad, a pesar de mudanzas infatigables en su semblante, muestra escrupulosa constancia y fidelidad para consigo misma; un carácter sostenido, como solían exigir los críticos teatrales. Si así no fuera, la Historia y la vida cesarían de inspirarnos expectación y apasionamiento. Y lo que determina la ley de constacia en la vida es la aspiración, jamás desengañada y en perpetuo renacimiento hacia la libertad, esto es, hacia la plenitud. Aún concedido que la vida, en su más alta significación, no sea sino deporte — como quieren los frívolos, — lo cual vale tanto como destituirla de significación; aún en este caso, un deporte arbitrario y estacionario, sin "goal", sin meta, resultaría enfadosísimo, abrumador, insostenible. Nada monta que la libertad sea una ilusión, puesto que es la sola ilusión vital, y es lo mismo que si dijéramos que la vida es una ilusión, un sueño. Sea. Hasta los sueños obedecen a una ley y esconden un sentido.

En nuestros días, la vida parece estar denodadamente resulta en recobrar su papel de protagonista de la Historia; en reconquistar la máxima libertad. Anteriormente, la vida tanteaba adquirir la libertad — una libertad parcial y restringida — aplicando incesante conato en seguir derroteros unilaterales y centrífugos como:

La libertad política del individuo frente al poder del Estado, durante el siglo XIX;

Y antes (siguiendo en esta recapitulación sintética una marcha retrógrada), la libertad de la razón normativa, que es lo universal, incorporada en el Estado, frente a la crecida del inculto instinto individual, durante la época del despotismo ilustrado y de los grandes sistemas filosóficos, siglos XVIII y XVII;

Y antes, la libertad del instinto, del yo, instinto sagrado por ingénito, irrebatible e insobornable, que es como la firma o impronta del pulgar divino en la materia plástica de cada ejemplar humano; en otras palabras: la libertad de conciencia, frente a la tiranía del dogma religioso, durante la Reforma y el Renacimiento.

O bien antes todavía, a la manera que Arquímedes postulaba un punto de apoyo fuera del mundo, desde donde

mover el mundo, la vida emigraba de su centro de gravedad en solicitud de un asidero sublime y sobrenatural con que manumitirse de la maldición de la muerte, mediante la salvación eterna, a lo largo de los siglos medios, Franklin pudo inscribir su divisa "ubi libertas, ibi patria" (allí está mi patria, donde mi libertad) con título tan legítimo como el hombre puramente religioso que esclama: "Mi patria es el cielo. Necio, ¿es la tierra el centro de las almas?"

De todas aquellas parciales y sucesivas adquisiciones de libertad, la vida no se aviene a abdicar ninguna: antes está empeñada en conciliarlas, acordarlas, conformarlas en vastísima y unánime sinfonía, y acrecentarlas hacia la plenitud de un himno en que todos los humanos participen. En lo social, sólo se le presenta a la vida la tarea próxima de ganar lo que al presente parece la forma postrera de libertad: la libertad económica. Por eso — no nos mal engañemos — en el socialismo y en el comunismo está almacenada la energía potencial del futuro próximo. Todas las otras renovadas y dictatoriales vejeces políticas no son sino frenos, acaso convenientes y aún quizás necesarios. Pero no olvidemos que el freno es lo opuesto al motor. No olvidemos tampoco que todas las variedades, establecidas y por establecer, de libertad pública, no son en sí mismas fines, ni siquiera medios, sino condiciones para el brote sin traba y el natural desarrollo del hombre verdaderamente libre, dondequiera que su simiente se esconda. Porque el número de los hombres verdaderamente libres, los cuales anticipan un paso venidero hacia una mayor libertad para el resto y grey de los mortales, siempre será escaso con relación a su época. Entiendo por hombre libre aquel que ciertamente conoce y se atiene a los móviles y fines de su conducta, ora abandonándose a la afluencia del instinto, ora guiándose por los cauces geométricos de la razón. El hombre libre, ese sí, es ya un medio para la libertad aumentativa de los demás, y de aquí que el hombre libre nace con antelación a su época. La libertad la otorga el conocimiento: de una parte, conocimiento de las latentes leyes naturales y de las raíces más hondas y obscuras de la vida física y vegetativa, función que compete a la ciencia (a la ciencia auténtica y responsable, que no al deleitantismo y superficial aficionadismo); de otra parte, conocimiento de los gérmenes más

sutiles y soterrados de la vida espiritual, función peculiar de la literatura.

El género literario llamado "ensayo" es un producto del injerto de la ciencia en la literatura. De consiguiente, el ensayo recaba para sí la categoría de punto de referencia con qué emplazar y apreciar la evolución de los géneros literarios clásicos, en la literatura moderna. Lo típico de todos estos géneros (la acción en el drama, la narración de la novela, el metro y la rima en la poesía) se ha atenuado cuando no se ha esfumado por completo, en el estudio actual de su evolución; estudio de transición, a mi juicio. En cambio, todos ellos se han anudado al ensayo con íntimos lazos conyugales. Y, recíprocamente, el ensayo embebe e irradia, a menudo, emoción dramática, emoción novelesca, emoción lírica. Nos lo comprueban los **Tres ensayos sobre la vida sexual**, por Marañón.

La vida sexual. No faltará quien afecte un mohín pudibundo y escandalizado. La moral sexual, hasta hace poco, se imaginaba y mantenía al modo de un sepulcro blanqueado: limpio de fuera, gusanera dentro. En lo tocante a la cuestión sexual, la conciencia del individuo debía remedar la página en blanco, sobre la cual no hay nada escrito, o a lo sumo un madrigal mentiroso. Y por bajo de esta inmaculada envoltura, cabezas podridas de libidinosidad, nervios conturbados e indóciles, tragedias morbosas. Pero la vida moderna anhela desapoderadamente la plenitud de su libertad interior por la plenitud del conocimiento claro y grave de sus orígenes, si hasta ahora vergonzantes, no por eso vergonzosos. La vida ansía purificarse purificando su manadero. Si el caudal de la vida discurre turbio o desabrido, es porque han revuelto milenariamente cieno en su hontanar. Desde el siglo V, antes de Cristo, la vida no había afrontado, como ahora, el deber para consigo misma, arriesgado y austero, de confesarse su verdad, toda su verdad, sin mengua ni hipocresía.

Decía el proverbio helénico que las cosas perecederas adoptan idiomas diferentes y efímeros; pero que las cosas de eterna substancia se rigen siempre por un idioma único e inmortal. Como en antiguos tiempos la cadena de

torres de los vigías, plantadas en el ápice de las eminentes cumbres, encendiendo lumbraradas en la noche, se transmitían de una a otra, a través de distancias enormes, las noticias dignas de ser propagadas, así cuando una mente con querencia a las cimas del pensamiento, se alza a contemplar las fluctuaciones de la Humanidad desde una perspectiva aguileña y panorámica, lo primero que experimenta es que desde otras cimas pretéritas, a distancias de siglos, se le entrega la antorcha eterna, que a su vez debe ser proyectada y transmitida hacia la posteridad.

En el libro de Marañón, involuntariamente por parte del autor, convergen resonancias del idioma único e inmortal: desde Israel, desde Grecia, desde el Lacio. Este libro es como la repercusión, hoy en día, de otro libro celebérrimo, por el maestro León; aquel padre río, lleno de majestad y de música cordial, que se nutrió con sendos afluentes aflorados en las propias sienes del Sinaí, del Olimpo y del Capitolio. Hasta aquí, solía colocarse en la canastilla de las presuntas esposas. **La perfecta casada**, de fray Luis de León.

Desde aquí, par a par de él, debiera amidar el libro de Marañón.

Ramón Pérez de Ayala.

PROLOGO DE LA PRIMERA EDICION

La zona del dolor humano con que suelo estar en contacto habitual ha mantenido en mí muy agudizado ese interés por el problema sexual, común a todos los hombres que no sean empedernidamente frívolos.

Muchas, muchas veces me ha dejado entristecido el espectáculo de dolores de este orden que no era posible aliviar con las fórmulas de la farmacopea, ni con los tópicos de los moralistas. Y he pensado que tal vez pudiera facilitarse su remedio si se insistiese lo suficiente en decir a los hombres, de un modo noble y claro, cuales son los verdaderos derechos y los verdaderos deberes que les impone su sexo.

La actitud de la sociedad ante ese problema es, en efecto, singular. De una parte, la pedagogía sexual se dirige a sofocar las manifestaciones del instinto como si se tratase de un incendio amenazador y no de la fuente eterna de la vida; los médicos nos pintan los peligros que conjuran sobre la salud las anormalidades de la función sexual y las infecciones que nacen a la sombra de su comercio; y los moralistas nos encarecen los abismos de degradación que se ocultan detrás de las alegrías del amor. Pero, por otro lado, existe difundida en la opinión de las gentes una actitud sistemáticamente benévola para todos los desafueros cometidos en nombre del sexo; aún en los casos más graves, la sanción de los "pecados del amor" va siempre acompañada de un gesto de comprensión o de simpatía.

Parece que lo justo debe ser lo contrario: no poner frenos al instinto, sino exaltar su desarrollo, dejándole que corra libremente por los cauces paralelos de la feminidad y la virilidad, sin constreñirle ni represarle con ninguna clase de prejuicios; y, a la vez, reaccionar con severidad ante las canalladas que secularmente se toleran porque llevan la etiqueta, casi siempre falsificada, del amor. Como los antiguos señores feudales, el sexo se ha apropiado privilegios de los que hay que despojarle, y ha olvidado, en cambio, la mayoría de sus deberes, tal vez los más nobles y eficaces.

El intentar resolver así este problema sería una vana pretensión para mis posibilidades si no me diese de antemano cuenta cabal de la limitación de éstas. Con todo, he querido aplicarlas a comentar la magna cuestión en estos ensayos, ensayos que lo son en un sentido estricto, es decir, en el de intentos esquemáticos y modificables, y no en el pretencioso que últimamente se ha venido dando a este género literario.

He procurado en ellos huir de dos peligros que miro con igual pavor: el de servirme de temas científicos como trampolín para hacer volatines literarios, y el de pretender acoger a la inmunidad de la ciencia puntos de vista que, aunque orientados en un sentido biológico, son, no hay que decirlo, enteramente personales y discutibles.

G. Marañón.

Madrid-Toledo, Mayo 1926.

PROLOGO DE LA SEXTA EDICION

La sexta edición de estos **Ensayos** aparece sin retoque alguno; precisamente porque el material de notas acumuladas, desde que apareció la edición anterior, es tan copioso, que su injerto a lo largo del libro pondría en peligro su único mérito, que es la sobriedad y el alimento de esfuerzo único con que está concebido y escrito.

Prefiero, pues, dejarlo en su estado anterior, esperando que no se haya agotado su eficacia. Si hubiere lugar a otras ediciones, tal vez añadiría, seleccionándolos, los documentos y reflexiones nuevas. Tal vez de todas ellas pueda surgir un libro nuevo. El tiempo lo dirá. Por de pronto es preciso que pasen las horas de crisis fecunda que atraviesa España. El pensamiento más sereno se contagia sin saberlo de la inquietud de ahora, y conviene aguardar a otras perspectivas de calma antes de enfocar de nuevo estos problemas, que no se plantean con una objetividad rigurosa y científica, sino a través de la personalidad y del temperamento del autor, inevitablemente puestos en tensión por el ambiente.

G. Marañón.

Toledo, Mayo 1931.

I

SEXO, TRABAJO Y DEPORTE

El sentido de la acción

Al contemplar a una ciudad desde una gran altura, lo que más nos sorprende es la acción frenética que agita a sus habitantes. Cuando estábamos entre ellos, la perspectiva cercana y el propio movimiento amenguaban esta impresión de frenesí que nos dan, vistos de lejos y a salvo ya de la corriente impetuosa que los arrastra. Si cerramos ahora los ojos y vemos, en la perspectiva de nuestro espíritu, el espectáculo de la Humanidad entera, como veíamos desde una torre a nuestros contemporáneos de la ciudad, aquella impresión se agiganta. Desde que existe el mundo, en las cinco partes de la Tierra, los hombres se afanan en un ir y venir incansable, que a la distancia nos parece sin sentido; como el de los infusorios que cortan en zigzags rapidísimos y en apariencias absurdos el campo visual, cuando miramos al microscopio una gota de agua.

Nos preguntamos entonces qué hacen esos hombres, que corren y accionan, como poseídos de locura, y se nos responderá: trabajan o se divierten. Pero desde nuestro observatorio, trabajar o divertirse no son sino pretextos; y tornamos a preguntar: ¿por qué trabajan? y ¿por qué se divierten? He aquí el tema del presente ensayo.

El trabajo, carácter sexual

Para el hombre de nuestra civilización, el trabajo es originariamente un castigo del Cielo. Hubo un hombre, Adán, que durante una parte de su vida no conoció el trabajo, o al menos no lo conoció como castigo. Vivía por vivir en la soledad de dos en compañía, del Paraíso Terrenal, sin esfuerzos y sin dolor. Pero un día sucumbió a la tentación de la mujer y fué arrojado al mundo por el Dios irritado. "Con el sudor de tu rostro, le dijo, comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra". Y a partir de este instante, el hombre y todos los demás hombres quedaron sujetos al yugo doloroso del trabajo.

Basta volver unas pocas páginas del Libro Sagrado para ver que muy pronto rehuyeron los descendientes de Adán la maldición divina. El hombre se dividió en seguida en castas, y el sufrir para comer quedó reservado tan sólo a una parte de los mortales. Los otros se libertaron del yugo y vivieron sin trabajar. Puesto que era un castigo ganar el pan, prefirieron eludirlo, sin grave anatema, por cierto, de los encargados de hacer cumplir la voluntad de Dios sobre la tierra.

Para los fisiólogos, el trabajo es una necesidad saludable. El organismo — nos dicen — necesita de la actividad, tanto porque ésta le procura el pan de cada día como por ser la fuente principal de las energías que nos hacen vivir y ser fuertes.

Vamos a ensayar nosotros el buscar la significación del trabajo en la vida humana desde el punto de vista de la biología general; advirtiendo que no por hablar de biología pretendo dar a mis opiniones, tal vez un tanto arbitrarias, un carácter doctoral, sino sólo el de modestas sugestiones discutibles.

¿Es el trabajo, en efecto, algo postizo al ser humano, que éste pueda aceptar o no, según su conveniencia o según la ley de la necesidad se lo dicte? ¿Es una condena que se extinguirá algún día? ¿Es la mera consecuencia de una desarmonía económica? ¿Es pura y simplemente una necesidad higiénica?

Contestemos, rotundamente, que no. El trabajo puede

ser todo esto; pero originaria, fundamentalmente, es una función normal del organismo, como la digestión o la copulación.

Ahoa bien; es una función discrecional, no obligatoria; una función que, aunque parezca paradoja tratándose del trabajo, pudiéramos llamar "de lujo", puesto que no es indispensable para la vida del individuo; y, de hecho, muchos hombres viven sin trabajar. Y es porque, contra lo que parece a primera vista, no se trata de una función adscrita solamente al instinto perentorio de la conservación, sino íntimamente relacionada también con el instinto, menos urgente, de la procreación, de la difusión de la especie. O para expresar más terminantemente nuestro pensamiento: el trabajo es, en cierto modo, una función de orden sexual, un verdadero "carácter sexual", como dicen los naturalistas.

Esta es mi tesis, cuya demostración, relativamente fácil, nos servirá para iluminar de un modo nuevo algunos aspectos interesantes de la vida social del hombre y de la mujer.

Caracteres sexuales primarios

Veamos, ante todo, cómo podemos incluir el trabajo entre los caracteres sexuales. Por caracteres sexuales se entiende, como todo el mundo sabe, aquellos rasgos anatómicos y funcionales que nos permiten distinguir ante un animal dado, cualquiera que sea su especie, si pertenece al sexo femenino o masculino. Para la mayoría de las especies superiores, el vulgo tiene un conocimiento empírico de una parte de esos caracteres sexuales. Cuando entramos en un gallinero distinguimos, desde niños, al macho, al gallo por su cresta eréctil, por sus espolones agudos y por el plumaje vistoso, que no tiene la hembra. Apreciamos, además, en seguida, que su tamaño es mayor, y su vigor muscular incomparablemente más grande que los de la gallina. Y aún no nos es preciso verlos para diferenciarlos, porque nos basta, para poder hacerlo con toda precisión, el oir el canto agudo del uno o el cacareo pacífico de la otra. Estos son, pues, los caracteres sexuales; que culminan en el examen directo de los órganos de la reproducción y en el uso, exac-

tamente inverso y complementario, que hacen de ellos en el momento de la cópula.

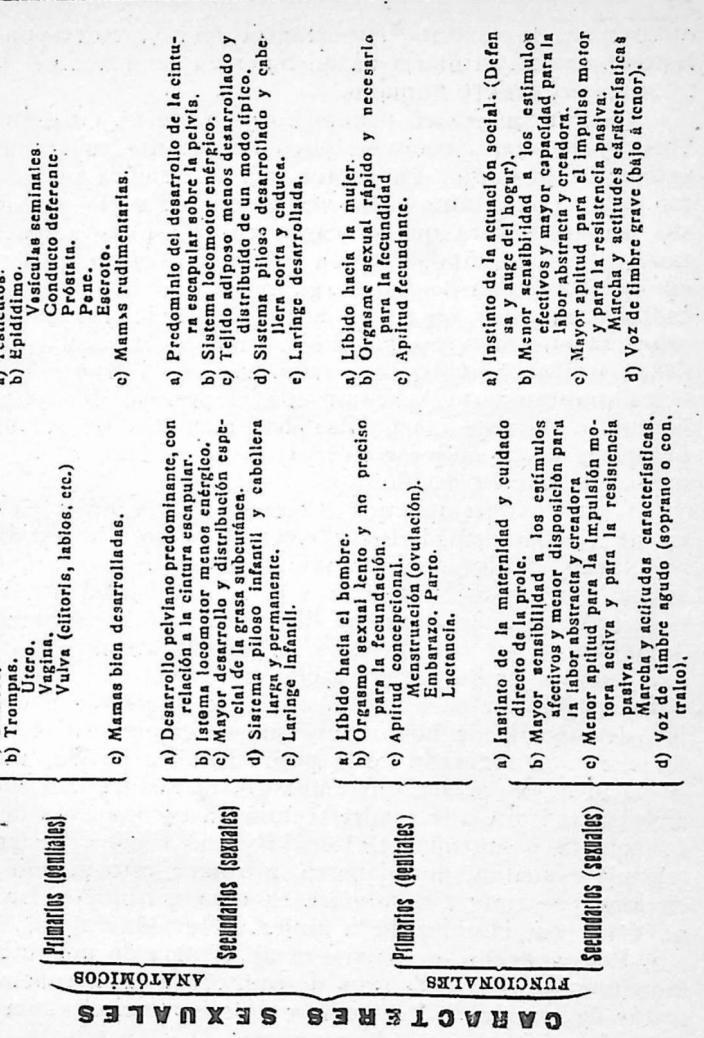
Pero esta apreciación de los caracteres distintos del sexo, que se hace con tanta facilidad en la mayor parte de los animales superiores, es muy difícil en las especies pertenecientes a los últimos escalones de la zoología. Y a su vez, en la especie humana, la complejidad que alcanza la vida sexual hace que la diferenciación entre ambos sexos se complique aun en condiciones normales, y mucho más, desde luego, en las condiciones patológicas. Esto ha dado lugar a que naturalistas, fisiólogos y médicos hayan profundizado en el estudio de los caracteres sexuales, contando en la actualidad este problema con una bibliografía que nos sería imposible resumir, por lo que nos atendremos a nuestro modo personal de pensar, que difiere en varios puntos esenciales de lo que generalmente admiten los autores.

Refiriéndonos concretamente a la especie humana, nosotros hemos dividido los caracteres sexuales con arreglo al cuadro de la página siguiente, que no es preciso dilatar con más explicaciones. Se ve por él que tanto se diferencia el hombre de la mujer por **caracteres anatómicos**, como los funcionales los subdividimos en **primarios y secundarios**, clasificación ya vieja, pero empleada de un modo equívoco por los autores.

Los caracteres anatómicos primarios son los órganos generadores, que precisamente en nuestra especie alcanzan su máxima diferenciación; no hay para qué insistir sobre ello. Pero observemos la distinta importancia que, con relación al resto del organismo, tienen en uno y otro sexo. El aparato reproductor del varón es proporcionalmente de poca magnitud, y en su casi totalidad externo y como añadido a la arquitectura general del individuo.

En la mujer, por el contrario, este aparato alcanza una masa considerable, ocupando casi totalmente una de las grandes cavidades del tronco, la cavidad pelviana; y aun tiene, lejos de ésta, dos órganos accesorios, las mamas, que tanto contribuyen al distinto pergueño de los sexos, y que tanta trascendencia adquieren en la vida de la mujer normal.

Estas diferencias fundamentales en la anotomía nos



indican ya la distinta importancia que la correspondiente función sexual primaria ha de tener en cada una de las dos mitades del género humano.

La función sexual primaria es, en efecto, en el hombre, breve y pasajera, como es poco importante su aparato reproductor primario. La cópula con la hembra puede durar tan sólo unos minutos—tal vez menos de uno—que sobran, sin embargo, para que el varón cumpla íntegramente esta función fundamental. Pero en la mujer esos minutos no son sino el comienzo de una larga serie de fenómenos complicados y molestos, en cuyos largos meses de transcurso todo el organismo materno, hasta la última de sus células, se modifica profundamente para culminar en el trance doloroso del alumbramiento y seguir con el periodo dilatado de la lactancia, durante la cual las más menudas actividades vegetativas de la mujer convergen a la realización del nutrimento del recién nacido.

Cuando contemplamos al hombre y a la mujer en el plano de ciertas actividades intelectivas y sociales, podremos, por tanto, hablar de la igualdad, siempre relativa, de los sexos. Pero vistos uno y otra con los ojos del naturalista, se percibe esta fundamental diferencia que los separa. Fundamental en su sentido estricto, porque afecta a las raíces más hondas de sus organizaciones respectivas. Un soldado ebrio viola a su paso por la ciudad conquistada a una mujer, desmayada de horror, y sigue su camino sin conservar tal vez ni el recuerdo de la pobre hembra pasiva, a la que la naturaleza ordena, sin embargo, la misma esclavitud al ciclo sexual que a la madre fecundada en una hora de amor consciente y entrañable. Lord Byron, a pesar de su contextura espiritual donjuanesca, afirmaba esto mismo al decir que "el amor del hombre es cosa distinta de su vida; mientras que el amor de la mujer es su vida entera".

Y este hecho, que tiene la apariencia de una injusticia monstruosa, debe servirnos de puntos de mira constante al tratar de la vida de los sexos y de sus relaciones con la actividad social.

Caracteres sexuales secundarios

Pero el hombre y la mujer no se diferencian sólo por

estos rasgos y estas funciones primarias, sino que, como puede verse en el cuadro, el sello sexual se imprime mucho más allá, hasta rincones de nuestra organización que parecen al pronto muy lejano de los expuestos. Salvo las vísceras más groseras, apenas hay porción del cuerpo que no tenga "su sexo", como lo tiene el cuerpo en su totalidad. Los médicos legistas llegan a diagnosticar a la vista de un trozo reducido de cadáver, casi informe, si perteneció a una víctima masculina o femenina. Y en un osario común, en uno de esos montones de huesos incompletos y medio calcinados que vemos a veces en un rincón de los pequeños cementerios aldeanos o en las fosas de las necrópolis antiguas, es posible averiguar si el fragmento del cráneo o de fémur que cogemos al azar sustentó un organismo de hombre o de mujer.

Todos estos detalles, que ya no pertenecen a los órganos de la reproducción, pero que tienen un sello sexual, son los **caracteres sexuales secundarios**, muchos de los cuales, como ya hemos dicho, aprecia empíricamente el vulgo tan certeramente como los primarios mismos: tales son la presencia o ausencia de barba, el aire nervudo y la línea robusta y escueta varonil o la suavidad del contorno femenino, etc. Si nosotros consideramos ahora atentamente cuáles son, entre estos rasgos secundarios, los que mayor importancia tienen para la diferenciación sexual, llegaremos a las conclusiones siguientes:

En el hombre, el sistema nervioso tiene una constitución más estable que en la mujer, que no puede apreciarse por detalles estructurales definidos, pero sí por diferencias esencialmente profundas en su funcionamiento.

En el hombre, el sistema locomotor — los músculos, las articulaciones y los huesos — alcanzan un desarrollo mucho mayor que en la mujer.

En el varón, la grasa se distribuye de distinto modo que en la hembra, en la cual es más abundante y se acumula en sitios de elección que, en colaboración con ese distinto desarrollo del esqueleto y de los músculos a que nos acabamos de referir, dan al cuerpo femenino su morfología peculiar, bien conocida, grácil y suave.

La distribución y la longitud del cabello y del bello es

también profundamente distinta en cada sexo. El vello de la mujer es infantil. El del hombre, profusa e intensamente desarrollado. El cabello es, en cambio, largo y tenaz en la mujer; corto y caduco en el varón.

Y, por fin, la laringe varonil alcanza un grado de desarrollo mayor que la laringue femenina, diferencia ostensible desde el punto de vista morfológico por la prominencia de este órgano en el hombre, formando "la nuez", que en la mujer no existe; y desde el punto de vista funcional, por el distinto tono de la voz en uno y otro sexo.

Ahora bien; así como el diferente plan estructural de cada aparato generador nos marcaba la distinta moralidad que alcanza en cada sexo la función generadora, así también estas diferencias anatómicas secundarias implican una diferencia importantísima en las actividades secundarias de la mujer y el hombre. Si la laringue de éste es más potente, la voz varonil será necesariamente más grave que la femenina, como acabamos de decir; y la voz será, por tanto, un carácter sexual. Si los músculos de la mujer son menos fuertes y se insertan en huesos más delicados el rendimiento del trabajo corporal será más exiguo en ella y tendrá asimismo un evidente carácter sexual. Y si el sistema nervioso reacciona en uno y otro sexo de una manera peculiar. la misma actividad nerviosa, la más noble del organismo humano, la emotividad, la ideación, se desarrollarán dentro de la esfera de acción del sexo y en cada uno de éstos tendrán una modalidad en cierto modo específica, una modalidad evidentemente sexual. Ya decía Nietzsche, y vemos con cuánta razón, que "el grado y la naturaleza de la sexualidad penetran hasta lo más elevado del espíritu humano".

Maternidad y actuación social como caracteres sexuales opuestos

Se me dirá que entonces toda la vida humana está influída por el sexo. Y es necesario responder que sí. Actualmente están de moda — casi empiezan ya a no estarlo — las ideas de un psicólogo vienés cuyo renombre ha trascendido al público no científico, y figura ya en el pequeño acervo cultural de los eruditos de café: me refiero a Freud. Claro es que los antecedentes de la visión pansexualista de la vida son muy remotos, tan remotos casi como las primeras meditaciones sobre el hombre y sobre su actividad. Mas Sigmund Freud ha sido quien ha defendido, con mayor acopio de razones concretas y humanas, la teoría de que la influencia sexual no sólo rige los actos directamente sexuales mismos, sino que, como un duende, se infiltra en las actividades humanas más alejadas del sexo. Pero sus ideas se refieren más especialmente a la patología, a la neurosis, que no a la vida normal; por lo menos a mí, lo que Freud llama "vida normal" me ha producido siempre una impresión de cosa turbia, de normalidad a través de una pesadilla; o, en todo caso, de una normalidad septentrional distinta de la nuestra. Sin entrar aquí en comentarios profundos de la doctrina freudiana, desde un punto de vista puramente terminológico, hay en sus versiones corrientes un error o, más bien, un equívoco, que es el origen principal de la irritación que en ciertos medios se ha despertado contra su autor. Este equívoco consiste en confundir **el hambre sexual**, esto es, la fuerza de atracción que hace buscarse y unirse a la mujer y al hombre, lo que los fisiólogos denominan **la líbido**, con el **instinto sexual**, que es un concepto mucho más amplio y noble que aquél. La líbido es una manifestación vegetativa del instinto sexual, como el hambre es una manifestación vegetativa del instinto de conservación. Todos los aspavientos que se hacen en torno de estos puntos de vista resultan inútiles con sólo tener presente esta distinción elemental. Y así será, efectivamente, exagerado el suponer como ultrafreudianos, en cada objeto de la vida un símbolo de los órganos generadores y en cada acto un recuerdo, más o menos modificado, o disimulado, de la cópula. Pero no puede negarse que el instinto sexual, en su más amplia interpretación, **esto es, como expresión de la energía que cada ser viviente desarrolla para perpetuarse en la especie**, aparece aquí y allá, a cada instante, poniendo su acento vigoroso sobre las diversas actividades humanas. Y este acento sexual es especialmente claro en el caso del trabajo como intentaremos demostrar.

Todas las diferencias anatómicas que, según acabamos de ver, impone el sexo al organismo, y por tanto a las ac-

tividades de éste, nos indican claramente que así como la mujer está principalmente construída para realizar una completa función sexual primaria — concebir al hijo, incubarlo, parirlo y lactarlo— y el hombre, por el contrario, cumple esta función de un modo fugaz, como el farolero que toca la boquilla del gas con su pértiga y desaparece dejando la llama encendida, en cambio, las funciones sexuales secundarias son infinitamente más importantes en el hombre que en la mujer. Esta, no sólo no tiene tiempo — si es como debe ser teóricamente, fecunda y multipara— durante los años mejores de su vida, para otra cosa importante que para gestar y criar a sus hijos, sino que, además, su organismo no tiene, en condiciones habituales, aptitud para la lucha con el medio, que podemos llamar, para entendernos brevemente, "actuación social". Su sistema óseo y muscular es poco a propósito para todo impulso motor enérgico y continuado y para la resistencia pasiva y prolongada que exige el trabajo físico. Por ello, el capitalista, que no suele tener sentimentalismos que deformen su visión de la realidad, procede con lógica, al dar menos sueldo en sus fábricas o en sus minas a la mujer que al hombre. Y en cuanto a lo psíquico, la especial constitución de su sistema nervioso y endocrino que la hace infinitamente apta para los estímulos sensitivos y emocionales tan propios de la maternidad, la hace, en cambio, poco dispuesta — **en el promedio de los casos**— para la labor mental abstracta y creadora.

En el hombre ocurre, punto por punto, lo contrario. Está dotado por la naturaleza para trabajar físicamente y para resistir con tenacidad la fatiga corporal. Y su estructura endocrina y nerviosa le hace menos sensible a los asedios afectivos y más apto para la creación mental. Su anatomía y su fisiología le impelen, por tanto, a la lucha con el medio, a la actuación social para la que, como hemos visto, la episódica preocupación sexual primaria apenas le debe robar tiempo.

De manera que así como la líbido masculina—la apetencia por la mujer—se opone a la líbido femenina—la apetencia por el hombre—así también al instinto de la maternidad y cuidado directo de la prole, innato en la hembra normal, se

opone el instinto de la actuación social en el varón fisiológico. Vemos, pues, al trabajo ligado directamente al sexo, como actividad masculina frontera y paralela a la femenina de la maternidad. El análisis biológico confirma así el símbolo escrito en la primera página del **Génesis**: Adán nace para el trabajo en el mismo momento en que Eva, la madre de todos, nace para la vida del sexo. Y Dios marca a uno y a otra con toda claridad los dos caminos paralelos: "tú, hombre, trabajarás; tú, mujer, parirás".

División sexual del trabajo en la vida primitiva

El sentido sexual del trabajo masculino puede aparecernos borroso en la sociedad de ahora, tan complicada y tan lejana de la vida natural de los hombres primitivos. Pero en éstos se descubre con toda nitidez. Y antes que el hombre primitivo, el animal no doméstico nos da ya el ejemplo más puro de esta prístina y fundamental división del trabajo que pudiéramos llamar de origen divino. Mientras la hembra del pájaro empolla sus huevos, el macho vuela sobre los campos en busca del alimento para ella. Son pues, sus afanes tan preciosos a la conservación de la especie como los de la madre misma. E igual ejemplo podría repetirse en muchos órdenes de animales más. Es preciso que venga la domesticidad, esto es, la civilización del animal, para que el macho pueda desentenderse de este trabajo ligado a la vida sexual primaria. El desdén con que el gallo olvida a la gallina inmóvil sobre sus huevos, delegando su cuidado y alimentación en el mozo del corral, mientras él se contornea entre las demás hembras del harén, es ya un caso de **donjuanismo** zoológico, es decir, de atentado a las obligaciones esenciales del sexo, en el que se delata la torpe mano inductora del rey de la creación.

Con la misma pureza que en los animales podemos concebir la división del trabajo en el hombre primitivo que habitaba los paraísos templados de la edad terciaria y las cavernas del período cuaternario. Mientras la hembra gestaba, paría y lactaba, preparaba el varón las trampas para cazar las fieras peligrosas y los animales aptos para la alimentación; perseguía al reno y al jabalí con el arco y la fle-

cha y defendía el hogar contra los otros hombres y contra las inclemencias del ambiente. Cumplía, pues, el hombre al trabajar así una función anexa al sexo, de carácter secundario en la categoría fisiológica, pero tan importante como la función sexual primaria para el porvenir y la conservación de la especie.

Las famosas ideas de Bachofen sobre la soberanía de la mujer en las edades prehistóricas, que tanto citan los autores feministas, aparte de ser discutibles, no afectan para nada a este concepto de la división primitiva del trabajo. Mas adelante volveremos sobre el significado de esta **ginecocracia** remota. Por ahora, insistimos en que nostros, fuera de toda fantasía, no podemos juzgar de la relación sexual de los hombres primitivos más que por los objetos que nos han legado y por las escenas pintadas a los que luego nos referiremos; y unos y otras indican ya que la mujer se adornaba, es decir, hacía de la atracción sexual su preocupación dominante, y el varón, en tanto, se proveía de arreos y armas para luchar con el medio.

Sexo y trabajo

Claro que no puede negarse la significación del trabajo como actividad ligada al instinto de conservación, de defensa del propio individuo. En realidad, nunca podemos oponer ambos instintos— el sexual y el de conservación—, como no nos es posible separar al indivíduo de la especie. Pero un hombre teórico, aislado, sin sexo y sin descendencia, viviría con un mínimo de esfuerzo, con un trabajo tan exiguo como el de alargar la mano para recoger los frutos que espontáneamente ofrece la Naturaleza. El trabajo como tensión dolorosa, como preocupación, comienza en el momento mismo en que se forma la familia, fruto del acto sexual; y sin ella no se concibe la formidable transformación que ha sufrido la actuación social del hombre hasta constituirse las sociedades modernas. Insistamos en la honda significación filosófica del símbolo del lanzamiento de la pareja humana primitiva del Paraíso terrenal: el hombre y la mujer nacen a un tiempo y para siempre a la vida del

sexo y a la del esfuerzo cotidiano. Y en las primeras imágenes humanas que conocemos, en esas escenas maravillosas del arte rupestre, en que son tan ricas las grutas de nuestro país, encontramos invariablemente, en cada figurilla, estos dos elementos y sólo estos dos: el trabajo, expresado en el gesto de correr o de lanzar la flecha, y el sexo, simbolizado por el falo. Casi nunca falta éste, y en ningún caso aparece el hombre en actitudes relacionadas con el puro instinto de conservación: comiendo o durmiendo, por ejemplo; siempre trabajando y, en ocasiones, bailando, que es también un equivalente del trabajo, de profundo sentido sexual, como en otra ocasión comentaremos.

Sexo y trabajo: desde los albores de nuestra vida en el planeta aparecen unidos por un indosoluble lazo biológico.

Tansformación actual de la división primitiva del trabajo

Con el progreso de la Humanidad, este esquema primitivo se complica. Pero todavía en la actuación social del hombre contemporáneo es posible seguir fácilmente el rastro de la influencia sexual. El trabajo directo de cada hombre para defender y alimentar a su pareja y a su prole se transforma en la lucha por adquirir los valores arbitrarios— el dinero— con que se compra el alimento y se paga a quien nos libera de las rudas faenas primarias. Y desde este momento, entran en juego dos elementos nuevos, de categoría intelectual, que dan su modalidad definitiva y su irreparable desequilibrio a la actividad social del hombre contemporáneo: la avaricia y la ambición de la gloria.

La avaricia, esto es, el apetito desordenado de tener más dinero que el que basta para el sustento familiar; más dinero que los hombres que nos rodean, para dominar a éstos, para vivir mejor o simplemente por el placer de guardarlo. Y la ambición de la gloria, es decir, el deseo de prevalecer sobre nuestros semejantes por una superioridad reconocida, jerárquica, física o intelectual. En distintas proporciones y por diversos caminos, estos dos estímulos, el **dinero y la gloria**, son los impulsos de casi todas las acciones humanas, y ya vemos cuán directamente derivan de la fun-

ción sexual. Así, pues, el financiero americano que trama una jugada fabulosa o el poeta que trasmite al papel el estremecimiento de su inspiración, obedecen a la ley suprema del sexo, como el hombre cuaternario que esperaba agazapado entre los arbustos de la orilla el paso de las fieras sedientas. Del mismo modo que la madre europea que pare, sin sufrir, gracias al cloroformo, en una clínica; que entrega sus hijos a la técnica científica de otras mujeres; y que unos días después reanuda su vida de sociedad, cumple su deber sexual primario, todo lo dulcificado que se quiera, como la mujer cavernaria que alumbraba tras largas horas de dolor sobre un montón de hojas y de arcilla, y que durante muchos meses nutría de su pecho al hijo de sus entrañas.

Entre el esfuerzo rudo primitivo y el dinero o la gloria actuales no hay más que diferencias externas; su sentido sexual es el mismo. La prueba es que ambos objetos de la actividad humana se convierten frecuentemente en centros, y muy poderoso, de atracción sexual. En las especies animales, cuando hay concurrencia de machos éstos dirimen por la fuerza la posesión de la hembra que, al fin, es ganada por el más poderoso o el más hábil para vencer a su rival. Y es de presumir que en las primeras agrupaciones humanas el hombre disputaría a sus semejantes el amor de la mujer en una lucha parecida, como aun ocurre ahora, cuando dos jayanes enamorados se ponen frente a frente para resolver con la navaja un conflicto pasional. Pero pocas generaciones después, la hembra codiciada no se otorgaría ya tanto al más musculoso o al más corajudo en el duelo personal como al que poseyese más copiosos rebaños.

Sexo, lujo y desigualdad social

Y aquí es pertinente el observar como desde la aurora de la vida social el instinto del sexo asoma como una de las causas, quizás la más profunda e inmodificable de la desigualdad humana. El hombre podrá llevar, un día lejano, a partir su pan y su techo con el hermano desvalido; pero cuando pase entre los dos la mujer, y el instinto les llame

a ambos con el mismo rotundo aldabonazo, cada hermano querrá ser más fuerte que el otro, por encima de todas las predicaciones de los sociólogos; y el menos vigoroso físicamente, intentará superar a su rival con su riqueza o con su jerarquía. Cuando contemplamos esas pinturas prehistóricas, que constituyen una de las ricas fuentes de sugestiones que se han abierto a nuestro pensamiento en estos últimos años, nos sorprende — ya lo hacía notar hace poco Ortega y Gasset— que antes que el vestido como necesidad aparece el adorno, esto es, el lujo. Pues bien; lujo, que equivale a decir desigual y casta, significa, en sus orígenes, ansia de agradar y, por tanto, sexo, nada más que sexo. Y como la dinámica del sexo jamás podrá modificarlo nadie, mientras haya hombres y mujeres existirá el ansia de lujo, y, por tanto, la desigualdad existirá. Por esta razón, más fuerte que todos los motivos estrictamente económicos. Sexo, trabajo, lujo, desigualdad: estas palabras forman una cárcel, de la que la humanidad no saldrá nunca: y es inútil buscar su sentido en la serenidad de las teorías económicas y sociales, porque se trata pura y simplemente de un problema de biología de los instintos.

La gloria, el dinero y el sexo

Pero dejando a un lado este punto, cuyo desarrollo nos ocuparía demasiado tiempo, es evidente — y con ello recogemos el hilo de nuestro tema— que en los tiempos actuales el dinero y la gloria acentúan y a veces substituyen a los motivos puramente físicos de la atracción sexual, con lo que queda demostrado su sentido sexual mismo.

Por lo que hace a la gloria, el hombre sabe muy bien que al triunfar, en cualquier orden de la vida que sea, los caminos del amor se dulcifican y acortan, y la conciencia de ello o su presentimiento obscuro constituye, con toda probabilidad, uno de los elementos componentes de la gran ilusión de esa gloria, cuyo goce, por lo breve y porque nunca se colma, se parece tanto al goce sexual. Y en cuanto

al dinero, el papel que juega en el amor es bien conocido y merece algunos comentarios aparte.

Todos oímos referir a diario, con encono o con desprecio, el caso de esta o de la otra persona que se casó por interés, con los ojos puestos en las arcas del cónyuge antes que en sus cualidades morales o físicas. Y ciertamente el desinterés en el amor merece toda nuestra simpatía. A nuestros propios hijos no sabríamos recetarles nada más parecido a la felicidad que encontrar el amor lejos de la opulencia. Pero no podemos tampoco juzgar el fenómeno contrario a la ligera y condenarle sin tratar de desentrañar lo que en él puede haber de justificable.

Desde luego, el caso del hombre que busca el dinero a través de la mujer, es siempre inadmisible, y no vamos a referirnos a él. Puesto que la mujer está formada para ser madre, el instinto varonil ha de orientarse normalmente hacia la posibilidad de una maternidad óptima, no hacia una renta caudalosa. Desde el punto de vista varonil es, por tanto, preciso admitir la vieja teoría sostenida por Schopenhauer, de que detrás de todas las complicaciones del amor, los sexos opuestos actúan simplemente como dos cuerpos químicos complementarios, que se buscan para unirse y dar lugar a la formación del otro cuerpo. La belleza y la gracia femeninas no son, pues, en este sentido más que señales sugestivas que la naturaleza hace al instinto varonil para atraerle a la emboscada de la paternidad. En este ir y venir elemental de los instintos, el dinero, equivalente del trabajo, corre de cuenta del varón, y, por tanto, el buscarlo en la dote de la mujer tiene, en su sentido estrictamente biológico, algo de contranatura.

Pero por la misma razón la mujer, cuando busca desde el fondo subconsciente de su instinto al padre de su hijo futuro, en el amante o en el novio, valora tanto como la misma robustez física, la potencialidad económica, la capacidad de servir de sostén al hogar aun no creado. Repitamos que esta obligación de sostener al hogar es, en condiciones normales, un carácter sexual del varón, una función para la cual le ha dotado la Naturaleza de condiciones físicas peculiares distintas de las de la maternidad de la mujer. Y esta obra, por consiguiente, con absoluta corrección fisiológica al pesar y medir en su pretendiente dicha capacidad para la actuación social o su equivalente práctico, el dinero, que conduce al mismo fin del bienestar material. Schopenhauer dice que en esa mirada con que al encontrarse por primera vez un hombre y una mujer se examinan instintivamente en silencio, se adivina al genio de la especie que medita si aquellos dos organismos son aptos para la formación de una criatura nueva y más perfecta. Habrá ahora que añadir que en esa rápida valoración entra el arqueo de los caudales masculinos, expresión sintética de su capacidad de trabajo.

Matrimonio por amor y matrimonio por conveniencia

Es curioso para nosotros recordar que Schopenhauer, al hablar de estos asuntos, cita precisamente en apoyo de su tesis un refrán español: "Quien casa por amores ha de vivir con dolores". En cierto modo coinciden estos puntos de vista con los de otro gran filósofo moderno, el conde de Keyserling, que en su admirable monografía **Von der richtigen Gantenwahl (La justa elección de cónyuge)** propugna el "matrimonio de conveniencia" como el ideal para la consecusión de los fines de la unión. Claro que su concepto del "matrimonio de conveniencia"es mucho más complejo que esta simple apetencia del bienestar económico a que venimos refiriéndonos: comprende una porción de factores espirituales, sociales y físicos que no podemos analizar aquí. Pero el problema económico es sin duda uno de los importantes entre todos esos factores. Desde luego, vistos todos estos conceptos con una visión panorámica, se reducen a la necesidad de poner menos instinto y más reflexión en el momento de elegir el esposo. Keyserling afirma explícitamente que "el enamoramiento es el peor consejero del matrimonio", y acaso la difusión de esta idea, con la que filósofos y médicos dan beligerancia a lo que nos parecía hasta ahora

una indignidad, sea una de las señales más características de la moral de los tiempos que corren. Allers comentaba entre nosotros, hace muy poco tiempo, la frase de Schaler de que el amor no es ciego, sino, por el contrario, clarividente. No: el amor —pensamos nosotros— sigue siendo ciego; y para un suceso tan grave como es casarse es necesario buscar guías que tengan buena vista.

En otra ocasión nos detendremos en todos los comentarios que sugieren estos problemas. Pero conste, por ahora, que el dinero, tan material y tan lejano en apariencia del tráfago de los instintos fundamentales, cobra a nuestros ojos una significación biológica de primera categoría. En un libro reciente y discutido de M. Prevost hallamos una expresión exacta de esta interpretación. El autor refiere que una joven de la sociedad parisiense, prototipo de las muchachas un tanto complicadas de la post-guerra, al ser criticada por haber abandonado un novio hacia el que se sentía físicamente atraída, cuando se informó de que era pobre, responde con las siguientes palabras, que muchos calificaron de cínicas y que seguramente lo son, pero que encierran una profunda verdad biológica: "Mi resolución no tiene nada de extraordinaria: si yo me hubiese enterado de que mi novio pertenecía a una familia de enfermos, la culpa tampoco hubiera sido de él, y yo, con la aprobación de todos, no le hubiese tomado por compañero; pues bien, la falta de fortuna es también una tara, algo incompleto y como malsano".

Esto es terrible, pero es cierto. En la vida moderna, la paternidad exige, tanto como la aptitud concepcional, una capacidad financiera suficiente, y son pocas las mujeres— y esas pocas creo que casi todas españolas— que se aventuran a cambiar una realidad suya: la maternidad, contra una interrogación del marido: la probabilidad del éxito social todavía no logrado.

Moral e instinto

Se objetará que en los razonamientos anteriores empleo el concepto "dinero" como equivalente al de "trabajo", y, en realidad, esto no es siempre así. El dinero muchas veces,

demasiadas por desgracia, no significa más trabajo que el meramente pasivo y soportable de llevar un apellido, recibir una herencia y cortar periódicamente los cupones. Pero el instinto es una fuerza urgente y no se para en estas delicadezas. Con un criterio de ética social estricta no puede equiparse el dinero que se heredó con el adquirido por el esfuerzo propio, ni el logrado con honestidad con el arrebatado con malas artes. Pero biológicamente, dinero equivale a fuerza, a bienestar, a facilidad para el auge de la prole y lo de menos es que el ganador sea el propio padre o los antepasados de éste, ni que sea fruto de una vida de probidad o de una rapiña presidiable. Los instintos, volvamos a decirlo, son poco escrupulosos y a veces fundamentalmente inmorales; por ello, toda la obra de la educación no es más que una superación ética de los instintos.

Trabajo y feminismo

..Esta concepción del trabajo, no como una obligación accidental de la especie humana, sino como una función ligada a la vida sexual, y principalmente a la del hombre, nos permite enfocar con claridad varios problemas interesantes, algunos de los cuales vamos a considerar sucintamente.

El primero de estos problemas es el del feminismo. El problema del feminismo ha sufrido en estos últimos años una evolución muy rápida, que no podrá ocultarse ni aún a los menos interesados por él. Durante mucho tiempo las feministas que proclamaban la emancipación de la mujer han agitado el mundo, pidiendo la igualdad de ambos sexos. Igualdad total, en los derechos y en la intervención en los sectores de la vida pública, que estaban hasta entonces reservados al varón. Si contemplamos el problema con un criterio naturalista, a la luz de los conceptos que acabamos de exponer, se comprenderá que hay una barrera infranqueable entre la actuación individual y social de la mujer y del hombre; y si se olvida que existe ese obstáculo, el problema se verá, irremediablemente, confuso.

Las feministas y los hombres que las hacían coro mi-

raban hacia fuera, hacia la organización social; pero no hacia la profundidad de su propia organización fisiológica. Es cierto que el hombre había arreglado las leyes a su antojo, limitando arbitrariamente la capacidad de acción de la mujer, reduciéndola de un modo estricto al hogar y, además, no compensando esta diferencia con una posición privilegiada ante el derecho. Pero es indudable que al obrar así el sexo fuerte no creaba, en realidad, una injusticia, sino **tan sólo interpretaba abusivamente un estado de desigualdad natural e inmodificable entre ambos sexos.** Y hoy el feminismo, pese a quien pese, sólo puede admitirse y sólo puede tener una estructura estable, cotejándole con esa estructura que nos da la Historia natural. Pero el asunto es muy largo y ocupará por entero el ensayo siguiente.

El donjuanismo

Paso también de largo, pero no tengo más remedio que citarle, un problema paralelo al de la mujer, que acabamos de esbozar: el del papel del hombre con relación al trabajo y a la vida sexual. Si las condiciones biológicas de la mujer imponen a ésta una preponderancia incuestionable de su actuación sexual, de la maternidad, sobre la actuación social, las del hombre exigirán de éste, inversamente, el dedicar la casi plenitud de su energía a esta actuación social; y una energía episódica (episódica en el tiempo, aunque no lo sea en la intensidad) a la preocupación del sexo. En un estudio reciente sobre el donjuanismo, he tratado con bastante pormenor este asunto, sobre el que no quiero insistir ahora. En el ensayo tercero de este volúmen volveremos, además, sobre la cuestión.

Para mí es evidente que, contra todas las apariencias, el hombre que dedica su vida al amor y hace de él una técnica especializada; el hombre conquistador y mujeriego, que alcanza su expresión culminante en Don Juan, lejos de ser el prototipo de la virilidad, representa una forma de sexualidad equívoca y ambigua. Los antecedentes fisiológicos sobre los caracteres sexuales, que antes hemos expuesto, justifican **a priori** este juicio, que se confirma en la práctica; y esto sí quiero repetirlo: los donjuanes que andan por el mundo son, en efecto, hombres de psicología, y a veces de morfología, netamente alejadas del tipo viril estricto, incapaces para una actuación social fecunda, y no raras veces bordeando la zona seminormal en que los dos sexos se confunden.

Las razones que he expuesto en favor de este modo de pensar son harto prolijas para que las repita aquí. Algunos las han rechazado, si bien substituyendo la crítica razonada por simples aspavientos. Pero otros las han confirmado. Y ha sido, sobre todo, singular el fenómeno de que casi a la vez que mi estudio han aparecido otros dos ensayos sobre el mismo tema; una novela de Rouff y un drama de Lenormand, tal vez inspirados en la obra de algunos psicoanalistas, principalmente Stekel, que sostiene la misma tesis de la sexualidad equívoca de Don Juan. Así, pues, parece que el ocaso del mito donjuanesco que yo profetizaba es un fenómeno que ha sido también visto desde otros observatorios.

Significación biológica y categórica del deporte

En el hombre normal y maduro, la función sexual primaria debe ser, repitámoslo, un accidente, por muy henchido que esté de sensaciones agudas; y la función sexual secundaria, la actuación social, el trabajo, debe ocupar, en cambio, el sector más amplio de su energía.

Y esto me lleva a referirme a un último problema de los que me proponía comentar: la necesidad de la acción en el hombre normal. **El hombre está obligado a la acción — me atreveré a decirlo después de cuanto he expuesto — por el fuero de su sexo, tanto como por una conveniencia fisiológica.** Y por ello, los varones enteramente inactivos quedan automáticamente al margen de la lucha sexual.

Es necesario que insistamos en esto, porque, siendo un hecho ciertísimo, los hombres no hemos reparado lo suficiente en su trascendencia. El hombre tiende, naturalmente, a liberarse del trabajo; del físico primero y aún de todo trabajo después, acumulando la riqueza que le permita vi-

vir a salvo del esfuerzo. Sin embargo, un hombre emancipado totalmente, en su sentido estricto, de la maldición de Dios: un hombre que en absoluto hiciese nada, se degradaría tan rápidamente, que a la segunda generación la Naturaleza le habría eliminado del ciclo vital de la Humanidad. Cuando Moisés mandaba morir a aquellos veinte mil israelitas que adoraban el becerro de oro, se ajustaba, sin saberlo, a los preceptos más puros de la eugénica, tanto como el rigor de las leyes divinas. Creso, rodeado de sus tesoros muere, en efecto, sin descendencia. Y cuando tiene hijos, éstos o los hijos de éstos terminan en el idiotismo o en la depauperación física, sino se arruinan a tiempo y acude a salvarlos la miseria, que les obliga, con su aguijón punzante ,a aceptar otra vez el yugo del trabajo.

El hombre, pues, ha de ser esclavo de la acción si quiere vivir. Pero no sólo si quiere vivir para sí mismo, para el individuo, sino también si quiere sobrevivirse en la especie. Nuestro fray Luis de León decía que "los hombres, que son varones, con el ocio y el regalo conciben ánimo y condición de mujeres y se afeminan". El dinero, cuya importancia en la lucha sexual hacíamos notar hace unos momentos, no bastará por sí solo, como no sea momentáneamente a neutralizar la fuerza selectiva que impulsa a la mujer hacia el mas fuerte. Y, por todo ello, el hombre, liberado del trabajo, pero amenazado en la ociosidad conquistada de ser excluído de la corriente fecunda de los instintos, inventa un nuevo modo de la acción, que es el deporte.

El deporte, mero substitutivo del trabajo, posterior a éste en la cronología y en la dignidad, según mi modo de ver, obedece, por tanto, a las dos razones expuestas: a compensar los prejuicios que tiene para la salud la inactividad física y a mantener viva la energía de atracción en la lucha de los sexos. Eso fué desde sus comienzos, y eso sigue siendo todavía; pero el asunto del deporte, en su relación con el trabajo, precisa algunos comentarios más.

Deporte y trabajo

Un gran pensador español nos hablaba hace poco del deporte, y al hacer su elogio, nos recordaba el símbolo de

Marta y María: Marta, la que trabajaba, mientras María soñaba oyendo a Jesús. Y Jesús, todos lo sabéis, pronunció su inmortal sentencia desconcertante: "María, tú escogiste la buena parte". Pero soñar, como pensar, puede ser un trabajo; como muchas Martas se afanan en la casa por mero deportismo.

Es, pues, ante todo, necesario que fijemos con exactitud qué es el deporte y qué es el trabajo. Nosotros no podemos entender por trabajo solamente el esfuerzo corporal rudo y agotable impuesto por su amo: el del forzado que rema en las galeras. Por el contrario, sabemos que trabajar, en el sentido exacto y ancho, no es sólo contraer los músculos y derramar sudor, sino ejercer toda la complicada variedad de los modos de la actuación social para lograr, bien el sustento estricto de cada día, bien la riqueza superflua o la gloria, con las que el hombre complementa su actividad sexual primaria.

Sin darnos cuenta, por tanto, nos encontramos en regiones ambiguas, en las que es difícil distinguir con exactitud si una determinada actividad humana es un trabajo o un deporte. **Pero hay algo que es esencial al trabajo, que le define y le distingue de aquél, y es la creación. El trabajo crea siempre,** desde el pan, que se logra a cambio del esfuerzo físico; desde el dinero que el patrón deja en la mano del obrero a fin de la semana, hasta el zapato terminado, el trozo de pared, el verso o la verdad descubierta.

El deporte, en cambio, es estéril, salvo su utilidad, ya comentada, para la salvaguardia de la salud y el auge de la atracción del sexo. Es, pues, un remedo incompleto de su hermano mayor, más perfecto y fecundo: el trabajo. La eficacia del deporte se extingue al terminar el juego: la del trabajo perdura en la obra construída. Por ello, dígase lo que se quiera, el deporte, como ocupación única de la vida, es patrimonio de gentes inferiores, que hacen sport para que la naturaleza les perdone el pecado mortal de no trabajar.

Claro que al hablar así ponemos frente a frente al trabajador puro y al deportista puro, seres que quizás tienen sólo una realidad esquemática. Pues hay, repitámoslo, una

zona intermedia en la que deporte y trabajo, a pesar de todo, son imposibles de separar completamente. El hombre, de un modo instintivo, trata de convertir la maldición del trabajo en una satisfacción, y en este sentido hay una forma de trabajar, vestida de divertimiento, que conviene no confundir con el deporte propiamente dicho. Si volvemos de nuevo los ojos a los hombres de las cavernas que, retratados en sus paredes, persiguen al jabalí o al ciervo, nos veremos embarazados para decidir si trabajan o si se divierten; si cazan por saciar su hambre y la de sus hijos, o simplemente por el placer de cazar. Probablemente hacen las dos cosas; y en el hombre actual, por lo menos en una parte privilegiada de la Humanidad, subsiste esta misma feliz confusión. Toda una categoría de hombres aspiran a poner a su trabajo este revestimiento de placer. El artista, el hombre de ciencia, el explorador, el político y aún muchos de los que ejercen labores manuales, se remuneran tanto con el logro material de los elementos necesarios para la vida como con la satisfacción, ciertamente deportista, que da el afán como tal afán.

Mas, repitamos que todas estas formas de actividad brillante no son deportes en su sentido estricto. Al deportista puro le ha liberado su riqueza de la necesidad creadora del trabajo, y se entrega a esa acción estéril, primero, para no degenerar físicamente y, además, para no ser barrido de la lucha sexual.

No es necesario insistir — los higienistas nos han atronado los oídos explicándolo — las virtudes que para la salud individual tiene el deporte. Y en cuanto a su sentido sexual, lo demuestran de un modo inequívoco la significación que tiene el público femenino en los espectáculos deportivos y la frecuencia con que el amor figura entre los premios del vencedor. Si de las fiestas deportivas se suprimiese este público femenino, es indudable que desertarían la mayor parte de sus actores. La mujer que nos pintó Ovidio, siguiendo con ojos anhelantes y con el corazón encendido las proezas de los atletas del circo, es la misma que hoy acude a las olimpiadas modernas a cumplir, sin saberlo, la ley fisiológica de pagar el esfuerzo varonil con el amor. Y, en suma, es el trasunto de la hembra del ciervo, que

espera que riñan los machos para ser poseída por el más fuerte.

La mujer y el deporte

Se me dirá que, según nuestro modo de ver, el ejercicio del deporte debía estar reservado al varón, puesto que es un equivalente del trabajo y éste representa una función esencialmente varonil. Y es evidente que, dentro del esquema que venimos sosteniendo, hemos de contestar decididamente que sí. El deporte es originariamente una actividad masculina, y sólo en épocas muy tardías de la evolución humana la mujer normal, no la de excepción, se hace deportista. Y aún ahora la mujer vive de prestado en el ambiente deportivo, atraída, casi siempre, por un sentido pasajero de sexualidad ambigua que se ha extendido por las sociedades modernas y que tiene su expresión externa en el culto de ciertos aspectos del adorno, como el cabello corto y muchos detalles de la indumentaria femenina actual. La prueba de ello es que, salvo las profesionales, la mujer corriente pasa por los deportes como un meteoro, mientras es soltera o mientras no la ocupan demasiado los cuidados de la maternidad. Pero en cuanto esto ocurre, la feminidad verdadera se impone y la mujer deja sus hábitos deportistas, que son tan varoniles en su profundo sentido biológico como en el sentido aparente de la indumentaria. En el deporte, el papel que pudiéramos llamar fisiológico de la mujer es, como antes hemos dicho, el de espectadora; papel, repitámoslo, no pasivo y accidental, como pudiera creerse, sino lleno de trascendencia directa.

Fecundidad y placer

El deporte, por tanto, tiene una justificación dentro de las normas de la biología, que le equipara al trabajo; pero le diferencia de éste su infecundidad. El deportista es, pues, al trabajador, lo que la cortesana a la madre. Ambos

obedecen a la misma ley de los instintos, pero en aquélla la utilidad está sacrificada al placer; al contrario que la madre, que supedita el goce momentáneo a un dolor conveniente para la vida futura de la especie.

Pero, repitámoslo, la diferencia no es radical. Hablamos siempre de un esquema que encierra los arquetipos humanos, pero en torno al cual se agrupa la muchedumbre de los tipos menos definidos, que todavía son, sin embargo, normales. El hecho es que la Naturaleza permite al género humano pasar fácilmente de una actitud a la otra. El hombre puede hacer de su trabajo una ocupación agradable, esto es, un deporte; como el deportista puede convertirse en profesional, es decir, en trabajador, en cuanto lo necesite; y como la cortesana, sin ninguna violencia, puede ser madre y seguir siendo las dos cosas.

La vida nos deja abierto el camino para mezclar el dolor fecundo con una dosis razonable de placer. Y en hallar esta proporción, igualmente distante del goce estéril y de la creación angustiosa, estriba la felicidad verdadera.

Refiere Diógenes Laercio que una mujer admirable, Teano, la esposa de Pitágoras, que tenía tanto de Marta como de María, dijo en una ocasión: "Por esto soy mujer, por juntar el placer con la fecundidad". Fecundidad y placer: trabajo y deporte. He aquí la fórmula perfecta.

Cuando la Humanidad la haya conseguido, el hombre, liberado del dolor por tantos siglos de sufrimiento, podrá volverse al Dios que maldijo a nuestros primeros padres para decirle, como un nuevo Luzbel respetuoso: "Señor, mi mujer es fecunda sin sufrir, y yo gano el pan con el sudor de mi frente, pero mi trabajo ya no es mi castigo, sino mi mayor alegría".

II

MATERNIDAD Y FEMINISMO

Feministas y antifeministas

El ensayo anterior deja planteado un problema que requiere extensa atención: el de los fundamentos biológicos de la actividad de la mujer frente a la actividad masculina. O, dicho de otro modo: el sexo, ¿implica una modalidad distinta en la actividad del hombre y de la mujer?

Para responder a esta pregunta hay que arriesgarse por un terreno peligroso; nada menos que entre las líneas de dos ejércitos que combaten con furia: los feministas y los antifeministas. Pero es preciso hacerlo. Claro que acometemos la aventura con la previa confianza de la levedad de las futuras heridas. Sabemos bien que esa gran polvareda que cubre el campo de batalla la levantan, más que disparos mortíferos, alharacas de pólvora sola. En la Humanidad hay todavía mucha gente desocupada; y del mismo modo que en páginas anteriores explicábamos, en parte, el deporte por la necesidad biológica, imperativa, de substituir con una forma de actividad física la actividad fecunda del trabajo, así también hay un gran número de hombres y mujeres que, libres de la precisión de pensar en cosas esenciales, se aplican al deporte de polemizar en torno de cuestiones que no se resuelven hablando. Obsérvese cómo en cada uno de estos grandes problemas que el hombre

no ha resuelto todavía — el más allá de la vida, la salud, el sexo, el capital y el trabajo, etc., — hay siempre un núcleo de seres de pensamiento y de conducta originales, que actúan con la dinámica fructífera de su ejemplo o con la invención de puntos de vista inéditos y fecundos; y a su alrededor, un gran ejército de personas desocupadas que se agitan, hablando en altas voces, sobre esos asuntos en litigio; pero sin hacerlos progresar una pulgada. Recordemos, para comprobarlo, a la mayoría de los higienistas, espiritistas, abolicionistas, hispanoamericanistas, etc., que pueblan nuestras cátedras, academias y periódicos; y a su lado, desde luego, los feministas y antifeministas de profesión.

Nosotros diremos nuestro modo de pensar sin preocuparnos de unos y otros.

La religión y la ciencia ante el problema de la mujer

Se ha hablado de un **feminismo jurídico** y de un **feminismo biológico.** Hablaremos nosotros de los dos; pero es claro que ambos son una misma cosa. A través de la Historia pueden seguirse las fluctuaciones que ha experimentado la posición de la mujer ante el derecho y ante la sociedad, y es evidente que, de un modo constante, esta posición ha sido el reflejo del concepto antropológico que de la mujer se ha tenido en las diferentes épocas. Toda nuestra civilización está influída por la idea semita de la inferioridad del sexo débil, y de este prejuicio biológico derivan las condiciones de inferioridad social y jurídica que los feministas actuales lamentan justamente y luchan por borrar.

La idea semítica de la inferioridad de la mujer se basaba principalmente en creencias religiosas y morales que consideraban a aquélla como la causa del pecado originario y el motivo permanente de la caída del hombre en la tentación. La doctrina de Jesús reaccionó generalmente contra este estado de espíritu, estableciendo la igualdad de todas las criaturas ante Dios y creando el símbolo de un ser excelso y limpio de pecado, que era precisamente una mujer, María, a la que todos los seres humanos habían de rendir un culto fervoroso. Los comentaristas han acumulado razones para probar que la teología cristiana, influída siempre por el primitivo espíritu semítico, opuso a la moral feminista de Jesús un sentido antifeminista.

"Puesto que la mujer condujo al hombre al pecado — decía San Ambrosio, — es justo que reciba al hombre como la esclava del soberano". Otras referencias de los Santos Padres que no hemos de copiar aquí revelan un concepto aún más depresivo, a veces francamente humillante, para la mujer. Pero es cierto que espigando esta misma literatura sin pasión, podrían encontrarse también citas abundantes en elogio ferviente del sexo débil; y en España contamos, para demostrarlo, con un célebre ensayo de **Defensa de la mujer,** de un fraile benito, el padre Feijóo, si bien tuvo que vérselas con la Inquisición por estas y otras actitudes que le separaban del pensar reglamentario de su época. En total, creo yo que la influencia cristiana, la que más ha pesado en nuestra civilización actual, no puede considerarse como más antifeminista que las otras influencias filosóficas de su tiempo.

En realidad, han sido los hombres de ciencia y no los teólogos los que han dado más rudos golpes al concepto de la igualdad de los sexos. Toda una literatura científica o seudocientífica se esforzó, al finalizar el siglo pasado y comenzar el actual, en hacer un dogma de la inferioridad mental de la mujer, inferioridad compatible, por de contado, con todo su encanto sexual; resultando nuestra compañera un ser extraño, ante el que el hombre adoptaba una de estas dos posturas extremas: o la del más absurdo desprecio o la de levantarse por su amor la tapa de los sesos. Concepto que nadie ha definido mejor que Bernard Shaw cuando habla de la mujer como "un ser de diferente especie biológica, con encantos específicos e imbecilidades también específicas."

El jefe de esta cruzada fué Moebius, cuyo libro, traducido a casi todos los idiomas, es forzoso convenir que contiene datos de aguda observación psicológica e interpretaciones rigurosamente justas. De ahí su éxito, que aún perdura, a pesar de la rabiosa parcialidad antifeminista que le inspiró, y que nos hace pensar que tal vez no debió irle

muy bien a su autor en la lotería de los sexos que todos jugamos con varia fortuna.

Inferioridad y diferenciación

Claro es que ya nadie da crédito a estos sabios antifeministas, que pretendían, con su compás de antropología en la mano, dar una beligerancia científica al mal humor o a la arbitrariedad de Schopenhauer, de Nietzsche o de Weininger. Ahora, la fórmula de la inferioridad de la mujer se ha cambiado por esta otra: no son los dos sexos inferiores ni superiores uno al otro; son, simplemente, distintos. Esto sí es la verdad. Pero conviene ilustrarla con algunos comentarios.

En el ensayo anterior hemos expuesto nuestra opinión respecto a cómo los caracteres sexuales no terminan en la diferenciación morfológica de los dos sexos, en su distinto aspecto exterior, sino que se extiende al terreno funcional, esto es, a las aptitudes físicas de uno y otro, y llegan a los más nobles estratos del espíritu, a la vida afectiva y a la psíquica.

A esta primera proposición se ha de atener, pues, nuestro modo de pensar en el problema del feminismo. Diferencia infranqueable entre los dos sexos, repitámoslo todavía. Diferencia que emerge a la superficie en la anatomía de cada hombre y cada mujer, y que profundiza hasta lo más hondo, hasta las raíces obscuras de la vida, hasta el hogar de las células en que se elabora el principio de la existencia vegetativa. Los estudios recientes demuestran, en efecto, que el funcionamiento de cada célula de los diversos tejidos que constituyen el organismo, es diferente en el varón y en la hembra; de ello resulta que es también diferente el conjunto de las misteriosas funciones de la transformación, aprovechamiento y eliminación de los materiales nutritivos que se conocen con el nombre general de "metabolismo orgánico". El metabolismo, lo más íntimo de la química del ser vivo es, por tanto, perfectamente distinto en cada sexo. **Blair-Bell**, en un sugestivo libro, insiste mucho en estos hechos y en la importancia que tienen para

la comprensión del feminismo actual. El metabolismo del varón tiende a la transformación rápida, al gasto dispendioso de los materiales nutritivos: es **catabólico**, según la acertada expresión de Geddes y Thompson; el de la hembra tiende a la síntesis, a la reserva: es **anabólico**. El primero es derroche; el segundo, economía. Y esta diferencia en el metabolismo **se observa ya en el huevo**: los huevos que han de dar origen a las hembras tienen, en efecto, un metabolismo más bajo que los que serán origen de machos (Riddle).

Y aún antes del huevo, las células que le preceden, el **óvolo** o gemelo de hembra, y el **espermatozoide** o gemelo macho, de cuya fusión resultará el huevo, muestran ya una neta estructura propia, en relación con una función propia, que reproduce, en esquema, la futura diferenciación de la actitud de la mujer y del hombre. El óvulo es una célula pasiva, dotada de grandes reservas alimenticias: un nido provisto de abundantes víveres con qué nutrir al nuevo ser. En tanto que el espermatozoide, es una célula agresiva, dotada de gran movilidad, pero sin reserva alguna: un guerrillero, todo acción.

He aquí ya marcada, y en lo más hondo y más remoto de la vida del organismo, una diferencia que nos enseña, con la fría exactitud demostrativa de la fisicoquímica, y en la simplicidad de la existencia unicelular, cuáles son los caminos divergentes que para cada sexo ha trazado el Destino. El hombre tiene construída su economía para el desgaste, es decir, para la lucha en el ambiente externo. La mujer está hecha para el ahorro de la energía, para concentrarla en sí, no para dispersarla en torno; como que en su seno se ha de formar el hijo que prolongue su vida, y de su seno ha de brotar el alimento de los primeros tiempos del nuevo ser.

Es, pues, indudable que la mujer debe ser madre ante todo, con olvido de todo lo demás, si fuera preciso; y ello, por inexcusable obligación de su sexo; como el hombre debe aplicar su energía al trabajo creador por la misma ley inexcusable de su sexualidad varonil.

Oigamos otra vez la voz de Dios, insistente y eterna: "Tú, mujer, parirás; tú, hombre, trabajarás".

El concepto clásico de la Maternidad

¿Hay algo, en este mundo de confusiones, tan claro como esto? Y, sin embargo, decidlo en alta voz, y un coro de hombres y mujeres indignados se abalanzarán para taparos la boca. Pero el fenómeno no debe sorprendernos. Como cuanto ocurre en el mundo, tiene su explicación lógica, que es la siguiente:

El hombre ha dicho a la mujer: tú parirás, tú serás madre. Y en este legítimo mandato, que la mujer acepta como gustoso sacrificio, han ido encubiertas todas las injusticias que ese mismo varón ha creado en provecho suyo y en detrimento del sexo contrario.

"Ser madre" se ha convertido en un equivalente de este otro: "Siendo madre, no tienes para qué ser nada más; y todo lo demás lo seré yo". Y se ha creado el derecho establecido y la otra ley sin códigos, pero a veces más tiránica, de la costumbre sobre este postulado. Por ello, la mujer oye con infinito recelo que todavía, al cabo de los siglos, se la siga ofreciendo como único porvenir la maternidad; pues sabe, a costa de un dolor milenario, que nunca se encerraron tantas injusticias en unas palabras tan nobles. Es, pues, preciso aclarar el escueto imperativo divino y ponerse, ante todo, de acuerdo sobre lo que debemos entender por maternidad.

¿Qué es la maternidad? Si se lo preguntamos a la mujer occidental todavía no liberada, y en este caso están la casi totalidad de las mujeres españolas, la respuesta será la siguiente: Maternidad es educarse en la más atroz incultura, aprendiendo en el hogar, junto a la madre ignorante y heroica, las reglas elementales del manejo casero, y el resto del tiempo esperando la llegada del futuro marido tras una reja yendo a capturarle a los paseos y a los tes de moda: la técnica varía según las latitudes. A veces, la espera se prolonga inútilmente, hasta que la juventud se marchita. Otras, llega el matrimonio y entonces la ley de Dios se cumple: él el hombre, trabaja o la disimula con sus diversiones y deportes; y ella, la esposa, concibe y pare cada año un niño. Al llegar a los treinta y cinco de su edad, la pobre mujer, envejecida por el agobio creador, por los

cuidados de la casa y por las penas y las muertes, no puede más. Está triste, doliente y sin curiosidad para nada. Su único horizonte espiritual es la rutina de una religión sostenida por fórmulas exteriores más que por una tensión ideal y ferviente. Y entretanto, el marido es cierto, quizá, que trabaja con el sudor de su frente; pero entra y sale y se distrae de la obscuridad del hogar con la actividad de su quehacer y con la sociedad de los amigos; va al círculo o a la taberna, y se siente, en suma enrolado en el gran mecanismo vital del mundo. Y talvez, casi seguramente, no tarda en compensar con otras mujeres, conquistadas o compradas, la tristeza del lecho conyugal del que hace tiempo la voluptuosidad huyó para siempre.

Viene luego para la triste hembra la vejez prematura, el humor agriado, el beaterio y, al fin, la marcha de los hijos que recomienzan en el hogar recién formado su misma triste historia. Y así, con pocas variantes, es la biografía, tantas veces trazada, de "la madre" al estilo clásico. Verdaderamente, el mandato de Dios encerraba una maldición en su seno; pero una maldición en la que la mujer llevaba, con mucho, la peor parte.

Se me dirá que con esta técnica han sido, sin embargo, felices muchas mujeres. Sobre el mismo cañamazo de la realidad tal como la hemos expuesto puede, efectivamente, bordarse la historia optimista y edificante de la mujer fecunda, que da por bien empleados todos estos sinsabores porque todos son pequeños junto al íntimo goce de sentirse el eje de un hogar y de convertir en realidad humana, en hombres y mujeres, templados en el ambiente austero de la familia, los instantes de amor precisos para concebir. Pero no pueden hacerse leyes sobre las excepciones ni interpretar como felicidad la resignación. La maternidad que nosotros propugnamos ha de ser una maternidad consciente, con el máximum de garantías, dentro del azar que nos gobierna a todos, para que la madre no se convierta al poco tiempo en la víctima de la maternidad.

Cultura y maternidad

Para ello será preciso, en primer lugar, que la mujer se emancipe del matrimonio como necesidad, y esto puede lograrse sólo con la cultura. Pero ¿qué cultura? ¿Una cultura especial, una cultura femenina o la misma cultura del varón? He aquí el primer problema que hemos de comentar.

Yo creo que, en principio, la cultura elemental de la niña debe ser la misma de la del varón; incluso debe ser administrada a la vez, en promiscuidad de sexos. Ahora vuelve a plantearse en los medios pedagógicos el problema de si, efectivamente, es bueno el sistema de la educación simultánea de niños y niñas. Parece inadmisible el que sobre puntos tan graves influyan modas arbitrarias. La educación primaria en común no puede tener sino ventajas. Si la Naturaleza mantiene los sexos en discreta penumbra hasta una cierta edad, es estúpido enmendarla la plana con esa separación, que pone en las imaginaciones una malicia anticipada. La niña se habitúa con el trato cotidiano del niño, y éste con el trato de la niña, a adquirir esa serenidad y ese respeto que emana de la **naturalidad**, y que ya no se borrarán nunca. Y la naturalidad es un preventivo del pecado de la lascivia no igualada por el sayal de un franciscano.

Los fracasos que los pedagogos (sobre todo los nuestros) no pueden citar del régimen de convivencia intersexual, tengo la certeza que se deben a que las influencias de fuera de la escuela, las de la calle, las del propio hogar, se sobreponen a la influencia benéfica de la convivencia en la escuela misma. Pero cuando aquéllas no son neutralizadas, sólo beneficios se logran de la vida escolar en común. Es una ley inexorable en la vida de los sexos la de la acción anafrodisíaca de la costumbre; y gracias a ella, la compañera que se sienta en el mismo banco del aula diluye su fuerza de atracción en el gran sedante del hábito diario. Nadie podrá discutir esto a los que hemos asistido, sucesivamente, a la época en que las mujeres hicieron su aparición, aislada y tímidamente, en las aulas; y a la época actual, en que un tanto por ciento considerable de las matrículas de los institutos, y también de los centros superiores, corresponde a muchachas. Entonces, la alumna tenía que colocarse a la vera del maestro, protegida así de la ola de deseo juvenil que enviaban los bancos masculinos. Casi nunca terminaba su carrera. De la nube de novios surgía, al fin, el marido prematuro, y un día cualquiera su matrícula quedaba interrumpida para siempre por las flores de azahar, efectivas o prometidas. Ahora, los grupos de estudiantas conviven de la mañana a la noche con los grupos de muchachos. Y aunque el deseo y el amor, naturalmente, asomen a cada paso, es siempre en un plano normal y esfumados en una innegable continencia. Un fenómeno muy curioso de esta transformación ha sido la desaparición, en los medios universitarios, del **piropo**, de rancio abolengo español que, en forma grosera o ingeniosa, — casi siempre grosera, — era, y es siempre, la expresión de una líbido sofocada por la separación rigurosa de sexos.

Primero, pues la ventaja, tan directamente moral de la visión próxima del otro sexo. Pero, además, la mujer así educada adquiere desde el comienzo de su formación la sensación de que el pan de cada día es algo que puede ganarse por el propio esfuerzo y de un modo relativamente fácil, y no una magna empresa reservada al varón, para que éste usufructúe sus beneficios y los comparta, a cambio del placer y de los cuidados caseros, con la hembra sumisa.

Quizás en lo que acabamos de decir aparezca confuso nuestro criterio sobre las modalidades de la educación fundamental (primaria y secundaria) y la educación profesional en la mujer. Quiero aclararlo, porque lo considero muy importante. A mí me parece esencial que toda mujer, a ser posible, adquiera esa común cultura de base, y mejor en convivencia con el hombre. Lo de menos es lo que aprenda: esto siempre es lo de menos. Lo importante es asomarse al otro mundo, al de la vida del varón, y adquirir la certeza experimental de que es un mundo asequible a la hembra. Yo pienso siempre que veo, en estos últimos años, los enjambres de muchachas que acuden a las aulas: "es cierto que muchas de ellas, por necesidad, por incapacidad o por aburrimiento, no terminarán sus estudios, y que otras muchas, aunque los acaben, renunciarán gustosas al ejer-

cicio de su título ante la perspectiva de un hogar; pero no importa: lo fundamental es que ninguna de ellas será ya la madre pasiva, resignada y fanática, víctima de su propio instinto generoso. Será más o menos feliz, pero dueña de su vida, sin más limitaciones que las que la Naturaleza nos impone a todos, hombres y mujeres, dentro de nuestra arquitectura sexual".

Ahora bien; la educación profesional no puede medirse por este mismo rasero. Luego hablaremos de cuáles son las razones que pueden hacer legítima en la mujer una orientación profesional de tipo masculino. Esto ocurre, en efecto, en un grupo de casos que, por muy considerable que sea numéricamente, desde el punto de vista de la biología, lo consideramos siempre como excepcional. Es decir, que, **como regla general**, no creemos admisible el que la cultura definitiva de la mujer sea la misma del varón. Ni, por tanto, que su actividad social se encauce por los mismos carriles que la del hombre.

Diferenciación sexual, base de la cultura en cada sexo

En el próximo ensayo insistiremos en que, por el contrario, el progreso de la Humanidad, en lo que atañe al problema sexual, se ha de basar justamente, a mi modo de ver, en una diferenciación cada vez más neta de los sexos. Estamos en una etapa retrasada de esa diferenciación, y sólo se llegará a su cúspide en un futuro lejano. Y a este retraso se deben buena parte de las desdichas que todos tenemos que sufrir por el hecho inexcusable de nacer adscritos a uno o a otro sexo. Cultura femenina, diferenciación de la mujer; y cultura masculina, diferenciación del hombre: he aquí el secreto; y claro es que su realización es, más que obra de la escuela, obra del hogar. Hacer muy hombres a los hombres y muy mujeres a las mujeres. En esto estribará la liberación de éstas, y sobre este eje ha de construírse el programa del feminismo verdadero.

Mientras no penetre y se clave esta idea en la mente de los feministas, su actuación tenderá al pecado original de la confusión del **feminismo** con el **hominismo**, que anulará toda su eficacia. Y téngase en cuenta que dicha confusión no es una mera interpretación equivocada de las cosas, sino un sentimiento universal que tiene raíces milenarias en el alma de la mujer. Adler (1. c.) ha escrito esta justa conclusión, en la cual está el núcleo del error del feminismo contemporáneo: "Uno de los hechos que me ha permitido establecer mi concepción de la psicología individual, es la demostración del sentimiento de inferioridad, más o menos consciente, que existe en todas las mujeres y en todas las niñas por el hecho de ser **mujeres**. Influye esto de tal modo en su vida psíquica, que siempre se encuentran en ellas los rasgos de la aspiración viril, si bien muchas veces en forma disimulada, especialmente bajo la forma de rasgos de apariencia femenina". Yo creo que, tanto para el progreso individual como por el auge colectivo del sexo, es esencial substituír esta actitud de humillación irremediable por la del cultivo, la diferenciación y el ennoblecimiento de la feminidad, por sí misma, purificada de todo virilismo.

Y aquí es oportuno apuntar esta otra idea, que jamás aparece en la polémica de los sexos: el feminismo así orientado exige un movimiento paralelo en la cultura masculina, en un sentido específicamente varonil; un **hominismo** de los hombres, que también lo han de menester. No se puede pedir una perfección específica a la mujer si el hombre no aspira a la suya masculina. Este ha sido el tema constante de mis publicaciones sobre la cuestión sexual. Está bien, en efecto, que las mujeres se afanen por su progreso, dentro de la sexualidad femenina; pero ¿ha logrado el suyo, como tal varón, el hombre? Una cosa es que se haya apoderado del "mango de la sartén"—símbolo, por cierto, muy poco viril del abuso de la fuerza—adjudicándose el mejor lugar en la sociedad y en el derecho, y otra cosa es que esa supremacía, conquistada por la violencia, se haga sinónima de la perfección de sus deberes sexuales. Mientras el hombre no entienda claramente sus obligaciones específicas ante el trabajo y ante el amor, con un profundo sentido de austeridad, estará tan necesitado como las mujeres de una cruzada redentora. ¿Cómo han podido olvidar esto, que es tan

importante, las mujeres que gobiernan la lucha por el progreso de su sexo?

Maternidad consciente

Pero volviendo a nuestro tema: siendo culta la mujer, no caerá en la maternidad como en una trampa sin salida. Puesto que el instinto y el amor no bastan, por desgracia, para garantizar la felicidad de la pareja creadora; aumentemos las posibilidades del acierto al suprimir ese concepto del matrimonio, "cómo solución económica", que impera en las mentes de casi todas las mujeres de nuestras sociedades. Y conste que esto no contradice a la defensa que hacíamos en el ensayo anterior de la aspiración a la buena dote, tan común en las mujeres casaderas. La diferencia es bien clara: en el primer caso, el matrimonio es la tabla de salvación para la mujer que se ve hundir en el abismo de la soltería; en el segundo caso, el dinero es sólo un elemento más que la joven esposa a la par que las demás condiciones del pretendiente, y en un rango biológico análogo, como ya hemos explicado, al de su porte físico o al de sus cualidades intelectuales y morales.

Pero ya unida al hombre y en aptitud e inminencia de ser madre, ¿cómo deberá serlo? Porque no bastará con que lo sea; tiene además, que serlo bien. Ser madre, como tantas veces se ha dicho, es algo mucho más complejo que formar hijos en su seno y darlos a luz. Es algo que se extiende muy lejos del acto concepcional, que implica muchos deberes y muchas cualidades, hasta tal punto importantes, que por sentirlos y practicarlos con amor maternal hay mujeres que, siendo vírgenes, pueden ostentar el título de madres con más legítima razón que muchas multíparas.

Y yo digo que la mayoría de las mujeres—y habio ya principalmente de España—van a la maternidad, y la practican luego, henchidas del más puro y entrañable instinto materno, pero en un grado insólito de desconocimiento de la trascendencia de su misión. Y las consecuencias de esta ignorancia se echan de ver bien pronto en la mezquindad de los frutos logrados. Y esto es cierto hasta el punto de

que creo que, en nuestro país, el feminismo no puede pasar adelante en sus aspiraciones sin poner antes remedio a este trance, en que amenaza naufragar la vitalidad de nuestra raza.

No hablo ahora de las mujeres de las clases elevadas, aunque también de ellas habría mucho que hablar. Si no (salvo excepciones) una cultura profunda, tienen casi todas la cultura banal que se pega en el viaje, en la conversación, en la lectura de las revistas y aun de algunos libros. Y tienen además, y sobre todo, el dinero, que suple tantas cosas imperfectas. Hablo de la mujer del pueblo, de las mujeres de los obreros del campo y de las ciudades; y, naturalmente, no me refiero sólo a los trabajadores manuales, sino a muchas capas de obreros de la inteligencia, que suben hasta bien arriba de la clase media, cuya vida es casi siempre tan angustiosa, bajo el traje burgués, como la del bracero o la del albañil. Hablo, pues, de más de dos terceras partes de las mujeres españolas; de la gran matriz en que se fragua el pueblo, el nervio de la raza de mañana.

Estas mujeres tienen su único y efímero momento de triunfo sexual cuando dan sus primeros pasos por el camino de la juventud. Entonces las vemos nosotros pasar por la calle, de vuelta de su taller o de su paseo, supliendo con la gracia y la belleza, tan pródigamente repartidas en nuestro país, la modestia de su indumentaria. Cada año, nuevas muchachas aparecen y renueva en nosotros esa fugitiva impresión de optimismo. Pero apenas volvemos a saber de la tragedia de las que cada año desaparecen en las tristezas del hogar.

Un experimento triste

No me citen líricos ejemplos de esta y de la otra pareja que supo convertir en realidad el falsísimo y absurdo refrán de "Contigo pan y cebolla". La realidad es muy otra. Yo invito a los que leen estas páginas a que renueven por sí mismos la siguiente experiencia: cuando, al pasar por las calles de un pueblo—sobre todo los de nuestras Castillas—o por los suburbios de las grandes ciudades, donde

viven los obreros, veáis a esas mujeres que descansan con un niño en brazos y varios en torno, o que se afanan en los quehaceres domésticos, calculad un momento su edad y luego preguntádsela.

Aun suponiendo que estén también tocadas de la manía, tan femenina, de amenguar sus años, yo aseguro al curioso que siga mi consejo que sentirá muchas veces dolor y asombro al saber que apenas han pasado de los treinta años, mujeres consumidas por una vejez prematura, que representan cerca de cincuenta.

Y esto no es una excepción. En mi Policlínica y en mis salas del Hospital General, de Madrid, adonde acuden gentes de toda España, repetimos muchas veces esta prueba, con el mismo resultado, naturalmente, no en mujeres depauperadas por enfermedades crónicas, sino en las que vienen acompañando a los pacientes o en las que padecen afecciones que por sí solas no influyen en el aniquilamiento orgánico.

Pero si a estas mujeres que han perdido todos los encantos de su sexo, agotadas, indiferentes y tristes, las preguntamos después cuántos hijos han tenido, experimentaremos un sentimiento de alivio al escuchar que han tenido ocho, diez doce y con frecuencia quince o más. He aquí—pensamos al punto—unas madres admirables, que sin ningún desahogo material en el hogar, no han vacilado en sacrificar su juventud al bien de la sociedad. He aquí estas madres, orgullo de nuestra patria, que dan una estadística de natalidad superior a la de los grandes países de Europa y América, más adelantados, pero más corrompidos por el neomalthusianismo. He aquí estas madres que, según nuestros sociólogos optimistas, nos compensan con creces de los males que pesan sobre la patria porque no han aprendido el arte, ya vulgarizado en otros sitios, de limitar a voluntad las fuentes de la procreación.

Una ley aterradora: La fecundidad de las mujeres está en relación directa con la mortalidad de los hijos

Más preguntémoslas ahora cuántos hijos viven de los que dieron a luz, y es seguro que nuestro optimismo se trocará en terror, porque de esos hijos, engendrados en pleno trabajo, paridos con tanto dolor, amamantados exprimiendo hasta la médula el organismo exhausto, no quedan ni la mitad; muchas veces, menos: quizás, sólo, uno o ninguno. Parecerá que exagero; pero voy a copiar una estadística macabra, que nos probará que no es así.

Esta estadística no está forjada en los antros de ningún Ministerio u oficina pública, en los que jamás entró la verdad desnuda. La he recogido yo mismo en el material de mi Hospital, y respondo de su exactitud. Se refiere a 1,534 familias del proletariado y de la clase media muy mezquina. El cuadro siguiente nos enseña, con aterradora claridad, a cuánto llega el esfuerzo material de la mujer ibérica y a cuánto la inutilidad de su afán:

Número de hijos por familia	Número de familias	Total de hijos	Hijos muertos	Tanto por ciento de mortalidad
0	137	—	—	—
1	143	143	37	25,8
2	123	246	70	28,4
3	146	438	128	29,2
4	156	624	191	30,6
5	135	675	211	31,2
6	154	944	315	33,3
7	145	1.015	360	35,4
8	106	848	294	34,6
9	56	504	293	58,1
10	81	810	346	42,7
11	41	451	219	48,5
12	33	396	217	54,8
13	22	286	183	63 9
14	22	308	175	56,9
15	7	105	54	51,4
16	9	144	88	61,1
17	4	68	47	69,1
18	4	72	52	82,2
19	3	57	48	82,4
20	1	20	18	95,0
21	2	42	32	76,1
22	1	22	18	81,8
23	1	23	12	52,1
24	2	48	43	89,5
Totales	1.534	7.389	3.451	46.58

Es necesario leer bien estos números y reflexionar sobre ellos: de 7,389 hijos, 3,451 muertos; esto es, ¡casi la mitad! Varios de los autores que, como Marestán, tratan de la cuestión sexual en otros países, dan estadísticas semejantes a las nuestras en las multíparas pobres de ciertos departamentos de Francia, de Italia y de Rusia; pero ninguna supera a la hecatombe española.

La misma significación tienen las cifras de Ploetz, según el cual, de 1,000 niños muertos, 220 eran hijos primerizos; 330, hijos que hacían el número siete de la prole, y 597 eran hijos por encima del número décimo.

Hamburger, en Alemania, cita una estadística personal, paralela a la nuestra, aunque atenuada. "La mortalidad infantil—dice—en la familia con un hijo es de 23 por 100; en la familia con ocho hijos se eleva al 51 por 100, y llega al 69 por 100 cuando los hijos superan a quince".

¡He aquí, pues, el heroico, pero estéril esfuerzo de nuestras pobres mujeres! ¡Qué número tan grande de hijos! Sólo un pequeño tanto por ciento de ellas han dejado de contribuír a la gran obra, más por esterilidad que por soltería, pues los pobres piensan menos que los que no lo son el problema económico del matrimonio, y se casan en su mayor parte. Pero casi todos estos hijos numerosos desaparecen antes de ser hombres o mujeres útiles, pues la madre no ha podido engendrarlos fuertes ni cuidarles luego su debilidad o sus enfermedades: porque la escasez del hogar no alcanza a alimentarlos suficientemente, y porque el Estado, en fin, no suple con una acción protectora la miseria familiar.

¿Qué dirán ahora, ante estas cifras abrumadoras, nuestros sociólogos entusiastas? El malthusianismo más exagerado no ha alcanzado, en el país que se considere más inmoral, ni acercarse remotamente a los estragos que produce en nosotros la miseria y la ignorancia. ¿Cuál será, por este camino, el porvenir de nuestra raza? Porque aunque las estadísticas generales, por incluír las familias ricas, en las que la mortalidad infantil es mucho menor, dan atenuadas estas cifras tremendas, ya desde hace tres años, a pesar de todo, la mortalidad global de España (18,147) ha superado a la natalidad (16,309). Y se hace cada vez más indudable esta terrible paradoja: **si las mujeres españolas parieran la mitad de hijos que en la actualidad, en cien años se duplicaba la población de España.** Y seguramente no será el nuestro el único país al que pueda aplicársele esta gran verdad.

Maternidad metódica y moral conyugal

He aquí, repito, el problema más urgente, que, como una herida abierta y sangrante, se ofrece a nuestra acción feminista. Porque su solución depende, claro está, de muchas cosas; sobre todo de que las condiciones materiales de los pobres mejoren hasta parecerse a las de los ricos, que logran conservar a la prole casi incólume. Con más altos jornales, con Gota de Lèche, dispensarios, asilos, etc., se irán logrando estas aspiraciones. Pero influye también extraordinariamente en el estado actual de cosas la ignorancia de mujeres y hombres en las cuestiones del sexo, y, como consecuencia de ella, una absurda sumisión moral y material de la mujer frente al problema conyugal.

La mujer no debe entregarse al marido, como ahora sucede, sin más garantía que el mutuo cariño—cuando existe—pero sin ninguna defensa para su salud y la de sus hijos futuros. Ni nuestras leyes, ni nuestra sociedad, ni la religión ponen cuidado en exigir la salud de los esposos sobre todo, en aquellas enfermedades que se puedan transmitir. Los mismos médicos ejercemos casi siempre con blandura la influencia legítima que, por encima de las leyes, nos da nuestra profesión ante la perspectiva de matrimonios de gentes que están sometidas a nuestra responsabilidad técnica. El secreto profesional, el descuido al plantearnos los problemas eugénicos o simplemente el deseo de ser agradable a los demás—¡uno de los enemigos mortales de nuestra profesión!—lleva muchas veces al médico a dar el placet o a hacerse el distraído ante coyundas biológicamente criminales.

Pero estos casos patológicos son, al fin, casos de excepción. Lo más grave es que, hasta en el matrimonio normal, no hay tampoco quien instruya a los cónyuges de que, si bien es cierto que la limitación voluntaria, sistemática y

arbitraria de la maternidad constituye un atentado contra la sociedad y, para los católicos, un pecado la maternidad inconsciente sin atenerse a normas de fisiología de humanidad y de moral que no debieran olvidarse, es también inadmisible, por perjudical para la madre y para los hijos y por inútil para la organización humana.

Me doy cuenta de que estas afirmaciones sonarán con escándalo en los oídos de nuestros moralistas y sociólogos; pero cuando se lleva muchos años en contacto íntimo con el dolor de la Humanidad, no se siente uno obligado a hacer, por el "que dirán", el coro a los fariseos. Desde el despacho o desde el púlpito pueden darse consejos de una honestidad ilimitada. Más la vida de los instintos es como un torrente, entre cuyos remolinos los consejos teóricos desaparecen como briznas de papel. El gran dilema imperativo es éste: **si se acepta la prohibición rigurosa de la limitación voluntaria de la maternidad, se abre automáticamente la puerta al adulterio.** Claro que hay ejemplos de parejas admirables que han hecho un templo del hogar, henchido de hijos, y en él han encontrado la casta satisfacción de todos sus deseos. Pero, ya lo hemos dicho, es inútil predicar con excepciones y es notoria la excepcionalidad de estos ejemplos. Lo corriente es lo otro; que el padre y la madre obedezcan al mandato de no eludir la maternidad, y con ello llenan el hogar de una cantidad de hijos a los que no alcanza ni el alimento, ni el buen humor, ni la capacidad educadora de los procreadores; la muerte se encarga, después de tanto sacrificio, de aclarar las filas; y en tanto, la madre, envejecida prematuramente, malhumorada, cuando no enferma y temerosa del tálamo, que devuelve cada minuto del legítimo placer convertido en interminable horas de dolor y de inquietud, pierda todo el encanto sexual para el esposo. Y éste, inevitablemente, no tarda en encontrar su substituto extramatrimonial.

Moral social y Maternidad ilimitada

Esto, por lo que hace a la moral conyugal; en cuanto al aspecto propiamente social del problema, no es menos

vulnerable la actitud intransigente de los sociólogos y de los moralistas. La intransigencia de estos últimos es, desde luego, respetable, sobre todo cuando ellos, a su vez, contribuyen al incremento de la población de las repúblicas. Pero, con todo, yo quisiera verles combatir, con el mismo ardor que la limitación consciente y científica de la maternidad, el adulterio y la prostitución, para los que emplean un cedazo mucho menos estrecho. A mí no me cabe en la cabeza que tengan autoridad para imponer estas normas extremas de autoridad sexual quienes no se rebelan, quienes quizás son servidores sumisos de Estados que consienten la prostitución y la reglamentan, como un oficio cualquiera. Las mismas autoridades eclesiásticas que en nuestro país — el más católico del mundo — se han escandalizado por la celebración de un Curso de Eugenesia, no han tenido una sola palabra de protesta viril ante el espectáculo de "la juerga", entronizada, como un estado normal y consentido, en las más eminentes alturas de nuestra sociedad. Forel aplicaba este mismo argumento a esos médicos pudibundos "que no tienen inconveniente en lanzar, so pretextos higiénicos, a los muchachos a la prostitución y se ponen encarnados de pudor cuando se les habla de los métodos anticoncepcionales".

Por lo que respecta a los sociólogos, sus truenos en favor de la procreación ilimitada son también muy sospechosos. Nos dicen que el hombre no tiene derecho a destruir una vida en potencia; pero menos lo debe tener para hacer víctima de unos segundos de placer egoísta a un hijo engendrado sin los medios precisos para cuidarle. Cada eyaculación del hombre contiene de dos a quinientos millones de espermatozoos; es decir, la cantidad suficiente para fecundar a todas las mujeres del mundo. Así, pues, el número de "vidas en potencia" que destruye la Naturaleza espontáneamente es lo bastante grande para tranquilizar el celo conservador de estos sociólogos tan puritanos. Pero, además, si se acechan atentamente sus propósitos nos será fácil convencernos de que no son, en el fondo, esos puritanismos suyos tan desinteresados como parecen. En general, los que se quejan de la limitación concepcional son gentes interesadas en una mano de obra más barata para las

fábricas y los campos suyos; y singularmente, hombres de Estado que se alarman ante la posibilidad de que, en un caso de guerra, el ejército nacional no esté lo suficientemente nutrido de gentes dispuestas a dejarse matar, unas veces, es cierto, por el interés sagrado de la patria; pero en muchas más ocasiones, por razones de Estado que sólo interesan a los que usufructúan el Poder. Acertadamente dice Michels: "Con toda franqueza confesamos sentir poca simpatía por esas propagandas que, al estimular la procreación de los hombres, estimulan el aumento de la carne de cañón". Y ahora—añadimos nosotros,— después de la Gran Guerra, se piensa con repugnancia en todas aquellas patrióticas medidas que las grandes naciones europeas— Alemania, Francia, Inglaterra— tomaron a principio de siglo para favorecer la maternidad; si tuvieron alguna eficacia, el esfuerzo de las pobres madres sólo sirvió para aumentar los blancos ante las filas de cañones, cuya fabricación fomentaban los jefes de Estado paralelamente al de los nacimientos. Aquellos hijos que las madres alemanas y francesas parieron, tal vez estimuladas por los premios que sus Gobiernos les ofrecían, apadrinados quizás por el propio Káiser o por el Presidente de la República, acabaron engrosando las pirámides de muertos de Verdun o de las trincheras de la Somme.

El autor antes citado comenta, a este respecto, la frase tan conocida, que unos atribuyen a Condé y otros a Napoleón— es lo mismo, porque ambos fueron capaces de pronunciarla— cuando, viendo, al declinar la tarde, lleno de cadáveres el campo de batalla, el general vencedor se consoló exclamando: "¡Bah! ¡Una noche de París compensará todo esto!" Pero en esa "noche de París" ¡cuántos dolores de cuántas madres, sacrificados luego por la ambición de unos pocos hombres! Esta es la fecundidad que propugnan los estadistas y ésta es la moral que los sociólogos quieren que pase por excelsa.

Peligros de la limitación de la maternidad

Se comprende bien que nuestro modo de pensar, compartido por tantos, pueda ser peligroso a la sociedad si se lleva hasta términos abusivos, y a la postre, los hombres y

las mujeres llegan algún día, como predicen estos profetas, a acudir al matrimonio olvidando que su fin primordial y esencial es la procreación. Y que esta función augusta lleva aparejados, con sublimes goces del espíritu, dolores que no se deben eludir: como que en ellos se forja y adquiere su temple estrañable la paternidad verdadera, que nunca se logra por entero si no se ha sufrido por los hijos; como la personalidad del maestro, paralela a la del padre, tampoco se alcanza plenamente hasta que los discípulos nos han devuelto alguna vez el bien que se les hace, mezclado de ingratitud.

Pero tranquilicémonos: la Humanidad ha entrado, hace ya mucho tiempo, en su edad adulta y las puras verdades no pueden serle peligrosas, como lo son para los niños. Cada hombre, y sobre todo cada mujer, tienen y tendrán siempre lo suficientemente, vivo el instinto de la procreación para que éste atropelle a todos los obstáculos que quieran oponérsele. Los médicos sabemos que en los estratos más degenerados de la sociedad hay siempre más mujeres obsesionadas por el deseo de tener hijos que por el miedo de tenerlos; y llegan, impulsadas por aquel afán, a extremos y sacrificios que no tolerarían por el temor de concebir. Puede, pues, hablarse serenamente a hombres y mujeres de una metodización de su aptitud concepcional en forma conveniente para ellos, para sus hijos y para la moral social, sin miedo a que ocurran los desastres que nos pintan los fariseos. Con que las guerras se supriman y los médicos continúen en su lucha triunfal contra la enfermedad, quedará ampliamente compensado el conveniente descenso voluntario de la natalidad. Más harán en provecho de ésta los sacerdotes si se niegan a bendecir los cañones que los hombres fabrican para matar a sus hermanos. Y todo ello sin contar, repitámoslo, con el hecho innegable, y que jamás hemos de olvidar, de que en la práctica la natalidad desbaratada y sin normas implica una subsiguiente mortalidad abrumadora.

Claro es que la técnica de esta limitación consciente de la maternidad alcanzará su máxima perfección moral, en teoría, si se basa en la preparación honesta de los cónyuges, sin detrimento de la supervivencia del amor y sin relajamiento de los deberes conyugales. Y nosotros no osaría-

mos, en principio, aconsejar otra técnica que no fuese ésta: más siempre que al seguirla se cumpla rigurosamente y de una manera bilateral. Porque si el marido tranquiliza su conciencia con la separación material de la mujer legítima, pero tranquiliza a la vez sus instintos en el adulterio, como ocurre casi siempre, el médico debe tener el valor de aconsejar lo menos malo para la Humanidad, para el hogar y para el propio individuo, esto es, el mismo placer infecundo entre los cónyuges; que, luego, los moralistas pudibundos consideran venial cuando se practica con una pobre mujer envilecida y sin amor.

Maternidad y crianza

La Moral, la Sociedad y el Estado nos mandan, de acuerdo con nuestro instinto imperativo, que tengamos hijos. Pero el hacer hijos no es una cuestión meramente cuantitativa, sino principalmente cualitativa. Para llenar las compañías de un regimiento basta con seres que anden en dos pies y que aprieten el gatillo a la voz de mando. Más el hombre consciente y libre no es un soldado, sino un producto infinitamente delicado y noble para cuyo cultivo son pocos todos los esfuerzos de selección. Si nadie considera el mejor zapatero al que hace más zapatos, sino al que los hace mejor; ni mucho menos el mejor ganadero al que cría más ovejas, sino al que produce razas más escogidas, resultará absurdo considerar como modelos de paternidad a quienes coloquen en el mundo un número mayor de hijos y no a los que se esfuercen en formar hombres y mujeres; los más que se puedan, sí, pero sobre todo sanos, inteligentes y buenos. La república de las abejas, que goza merecidamente fama de ser el modelo de organización más perfecto de cuantas agrupaciones de seres vivos nos ofrece la Naturaleza, nos da un ejemplo admirable de procreación: la reina, en efecto, llevaría su instinto maternal—si se me permite la expresión—a una postura ilimitada de huevos; pero las abejas encargadas de su cuidado no la dan más que una cantidad de alimento sabiamente calculado para que el número de huevos, es decir, de hijos futuros, no exceda a las posibilidades nutritivas del medio en que vive la colmena. ¡Qué menos puede hacer el hombre que engendrar sólo a los seres que se cuente con una cierta probabilidad de poder alimentar! Pero es que aun para los ricos, si la prole es excesiva, aunque sobren los medios materiales para rodearlos de institutrices y maestros y de todos los cuidados espirituales y materiales que se compran con abundante caudal, faltará indefectiblemente ese cuidado directo y prolongado de los progenitores, y, sobre todo, de la madre, que es el verdadero crisol donde se forja el cuerpo y el alma del ser futuro, y que no puede repartirse en un número ilimitado de hijos.

Casi todas las novias españolas reciben, entre los regalos nupciales, un librito admirable, **La perfecta casada**, del maestro Fray Luis de León. Lo que ocurre es que casi ninguna lo lee, cosa fácil de comprobar en una encuesta elemental entre las señoras de nuestras relaciones. Tal vez se deba, como ellas nos dicen, al tono arcaico del lenguaje, que no pueden gustar quienes no posean una cultura mínima de los textos clásicos. Tal vez influya mucho más el hecho de que casi toda la magistral obrita está dedicada a aconsejar a la mujer que no se acicale, enjoye ni afeite; y esta predicación suena definitivamente a hueco en los oídos de toda mujer moderna, sea honesta o descocada. Pero hay dos capítulos que son de los más breves y que debieran leer todos los días las mujeres de España: el capítulo XI, en que se ocupa "Del trato y apacible condición que deben tener las señoras con sus sirvientes y criadas", y el XVIII, que se titula "De cómo pertenece al oficio de la perfecta casada hacer bueno al marido y de la obligación que tiene la que es madre de criar de por sí a los hijos". En este último capítulo dice Fray Luis: "Entiendan las mujeres que si no tienen buenos hijos, gran parte de ellos es porque ellas no son enteramente madres. Porque no ha de pensar la casada que el ser madre es sólo engendrar y parir un hijo". "Lo que se sigue después del parto es del puro oficio de la madre, y esto es lo que puede hacer bueno al hijo y lo que de veras la obliga".

Es, pues, preciso que cada mujer críe a sus hijos, y que, además, los eduque. La crianza directa, la de los propios pechos, es la ideal, "porque—como dice el mismo Fray Luis—

el cuerpo tiernecito de un niño que salió como comenzado del vientre, la teta le acaba de hacer y formar". Y esa formación será lo mejor que se haga con los humores maternos. "La leche es sangre"—añade el maestro—y el añadir sangre extraña al hijo es "como hacerlo bastardo". Las nociones biológicas recientes concuerdan bien con la aguda intuición de nuestro clásico. Y debemos recordar aquí el esfuerzo que los médicos tienen que hacer con las madres modernas para lograr que, estando sanas, amamanten a sus hijos, aunque sacrifiquen a ello su tiempo, que en nada emplearían mejor; y la gracia juvenil de los senos que, según célebre anatómico, dentro de pocas generaciones, a fuerza de no usarlos, no serán más que un recuerdo en la morfología femenina.

Pero aun aquellas mujeres que, por razón de salud o por excepcionales razones de orden social, no pueden ser las nodrizas de sus hijos, no por ello quedan eximidas del deber imperativo, meticuloso, largo y absorvente de todos los demás deberes, de dirigir personalmente la lactancia artificial o la antipática lactancia mercenaria, cuando ésta está justificada con un criterio médico. **Nunca habrá motivos suficientes para delegar este cuidado en nadie**; y causa extrañeza el ver la blandura con que los moralistas juzgan esta deserción de un aspecto de la maternidad tan importante como el aspecto concepcional; probablemente más importante aún desde el punto de vista eugénico. El eludir la concepción puede, repitámoslo, justificarse por la propia conveniencia de la maternidad; pero nadie justifica el abandonar el hijo ya nacido en otras manos que las de la madre, salvo contadas excepciones. Y menos mal cuando las manos mercenarias son las de esas mujeres, que todavía abundan en nuestras latitudes, llenas de un empirismo a veces absurdo, pero fácil de encauzar últimamente, porque se basa en una experiencia extrañable y en un amor sincero a los niños; lo cual no ocurre, por lo común, en esas "nurses" llegadas de un país exótico, exentas de ternuras y abarrotadas, en cambio, de certificados técnicos y de una pedantería pseudocientífica, cuyo único fundamento son, por lo visto, los acorazados de la Marina de guerra de su Estado natal.

Maternidad y educación directa de los hijos

Esto, por lo que respecta a la crianza material del recién nacido. Otro tanto puede decirse de la crianza espiritual, de la educación. Yo creo de tal modo en la necesidad y en la eficacia de la primera educación materna, que no encuentro para un ser humano desdicha comparable a la de verse privado de ella. Pestalozzi inmortalizó esta idea en palabras escritas en aquel momento, el más noble de la vida del hombre, en que, según su propia confesión, "era ya un niño con la cabeza blanca; pero un niño que había sufrido mucho". En este momento de máxima sensibilidad y perspicacia resumía así sus ideas sobre la educación: "Que los sentidos, objeto del corazón, objeto de la madre", la primera instrucción del niño nunca sea asunto de la cabeza, asunto de la razón; que sea eternamente objeto de "¡Madre!—añadía:—con esta palabra conducen otra vez a tu mano las leyes eternas de la Naturaleza. Sólo a tu lado puedo conservar mi inocencia, mi amor, mi obediencia, las ventajas de mi noble naturaleza ante las impurezas del mundo; sólo así puedo conservarlo todo, madre mía".

Pensemos ahora en la labor que hay que hacer para que esta eficaz verdad pueda ser practicada por tantas y tantas mujeres que, por ignorancia, por frivolidad... o por tener que ganarse el pan del hogar, no llegan a cumplirla.

La colaboración de la mujer con el esposo

Esto es lo que debemos entender por maternidad. Y, a la verdad, a nadie parecerá entonces que es sencillo y breve el cumplimiento del mandato materno. Pero éste todavía no termina aquí. Tener un hijo suponer tener un esposo ante las leyes sociales y religiosas o ante la simple ley de la Naturaleza; y la función sexual de este esposo, que es, en gran parte, su función social, como hemos demostrado en el ensayo anterior, sólo se cumplirá de una manera optima si se cuenta con la colaboración solicita de la es-

posa. Cajal ha dedicado páginas muy hermosas y muy justas a ensalzar esta misión de ayuda íntima y compleja que la mujer debe realizar al lado del marido: ayuda efectiva, porque ella sabe mirar cada problema desde un punto de vista en general más fino y a la vez más práctico que el hombre; y ayuda material también porque cuando la mujer adquiere el interés por los asuntos varoniles, la eficacia de su cooperación se multiplica a la sombra de la intimidad y al calor de la pasión. Fuera de España es muy frecuente este tipo de mujeres—llenas de cultura, pero también de feminidad—que tanto facilitan la actuación social de el hombre y que explican la mayoría de esos casos de capacidad fuera de lo común para el trabajo varonil. Y, por fortuna, entre nosotros abundan cada vez más, a medida que las españolas concurren a centros educativos y ven el matrimonio de una manera consciente y no como un premio de Lotería. El hecho es que, salvo excepciones, siempre que vemos uno de estos enérgicos trabajadores que rinden a la sociedad y a su propio provecho una labor fecunda y sostenida, no es fácil descubrir, entre los bastidores del hogar, una mujer propicia, que vigila atentamente los engranajes de la actuación del esposo. Y, a su vez, detrás de todo hombre inexplicablemente fracasado o sólo útil a medidas, hay también, casi sin excepción, un problema sexual mal resuelto.

El amor de la mujer, premio del trabajo

En el ensayo anterior comentábamos el profundo sentido fisiológico de otra actitud de la mujer, aparentemente pasiva, ante la actitud varonil, pero cargada de un gran sentido dinámico: me refiero al otorgamiento del amor como premio del esfuerzo y como estímulo en la concurrencia social. **Dulcibus illa—decía Virgilio—quidem illi cebris et saepe superbos cornibus inter se subigit decernere amantes.** "Los encantos poderosos de la hembra empujan frecuentemente a los dos fieros rivales a combatir a cornadas". Y esto que hacen los toros en libertad lo hacen también los hombres civilizados ante la mujer amada. Lo importante para ésta es saber conservar, a través de los caminos prosaicos de la vida

en común, ese significado de su amor como recompensa y como descanso de la lucha. Cuando el Cid entraba en batalla contra el rey de Marruecos, lleno de exaltación decía a Jimena, ya madre, que por primera vez le veía luchar desde lo alto del alcazár de Valencia: "Créceme el corazón porque estades delante".

El valor, la decisión de vencer que la presencia de la mujer infunde, responde, pues al sentimiento, netamente sexual, de que la victoria le hará ser preferido entre los otros hombres o aumentará el caudal del amor ya existente. En nuestros tiempos este hecho se repite todos los días, como hemos visto, en las luchas del **sport** o de los espectáculos deportivos, así como en las lides espirituales del arte, la política, la industria, la ciencia, etcétera.

A este respecto, es oportuno observar cómo, en cambio, en la mujer no ocurre ciertamente lo propio. El éxito social en la mujer antes es, desde este punto de vista, un motivo de apartamiento para el hombre que acicate de su inclinación amorosa. No puede compararse la atracción que ejerce sobre el hombre la gloria de una novelista o de una pintora—no digamos de una diputada o de una ministra—con la del simple tacone de una **modistilla garbosa.** Repásese la historia de las mujeres que se han hecho célebres por motivos puramente intelectuales, y se verá que, en general, fué muy pobre su vida pasional. Alguna, como Jorge Sand, tuvo muchos amantes; pero basta leer su biografía, y sobre todo las revelaciones de su correspondencia, para darse cuenta de que se trataba de afecciones puramente cerebrales, en las que apenas intervenía la dinámica normal de los sexos.

Véase, por el contrario, que distinta es la actitud del hombre frente a la artista de teatro: la cantante, la comedianta o la bailarina. En todas estas manifestaciones, quizás poco cerebrales, se exaltan cualidades legítimamente femeninas, como son la voz seductora, la gracia de la figura y del ademán, etc.; y a veces se acentúan, como pasa en ciertos bailes que no son sino modos de sugestión directamente sexuales. Por todo ello, al éxito artístico acompaña en esas mujeres el de la atracción apasionada e innumerable de los espectadores masculinos. Y el sentido de atracción

sexual, muchas veces inconsciente, que hay en estas manifestaciones artísticas de la mujer, lo demuestra el hecho, tantas veces repetido, de cómicas, cantantes, pianistas, etc., que, a favor de su arte, logran un buen matrimonio y desde este punto, es decir, desde que se ha cumplido el fin de la atracción sexual, se retiran a la vida privada: unas veces es cierto, por imposición celosa del marido; pero casi siempre impulsadas por la natural vocación de la mujer a la vida del hogar.

Maternidad y trabajo físico son incompatibles

Pero volviendo a nuestra argumentación, resulta evidente que si la mujer es madre en toda su plenitud—y esta plenitud no se mide por el número de hijos—y si cumple, además, íntegramente su función sexual con el varón que la acompaña, que es mucho más amplia y delicada, como acabamos de ver, que el mero ayuntamiento carnal, le quedará poco tiempo, ciertamente, que dedicar a las actividades sociales de tipo varonil. Prácticamente—digámoslo de un modo rotundo—una buena madre durante los años de la fecundidad, que son los centrales de su vida, no podrá ser ni deberá ser apenas otra cosa que madre.

En este punto, pues, yo no estoy conforme con la mayoría de los feministas, incluso con algunos médicos, que consideran como un ideal el que las madres, aun estando embarazadas, acuden a las oficinas y a los talleres a realizar un trabajo para el que la mayoría de las veces han de derrochar un esfuerzo superior a la capacidad media de su organismo. Ni aun esas instituciones benéficas que funcionan adjuntas a los grandes centros fabriles de los países llamados civilizados y que permiten a la mujer recién parida hacer compatible la labor física con un mínimun odiosamente calculado de su función maternal, me parece que pueden disculpar el hecho, absurdo ante la biología, de que la mujer no pueda dedicar **generosamente y sin medida todas las horas del día** al cuidado de sus hijos pequeños. Sólo una razón económica, que creo vergonzosa para nuestra civilización, puede prevalecer sobre las razones naturales que aconsejan la supresión del trabajo sistemático de las madres. Por necesidad pueden hacerse este y otros muchos desatinos y delitos contra las leyes naturales. Pero éstas mandan que la mujer parida y lactante sea sostenida por el padre de su hijo; y si el padre se ha muerto o se ha marchado, por el Estado mismo. Un paso más, por tanto, y que esas magníficas "nurserie", barnizadas, pero no imbuídas de filantropía, donde las obreras dejan a sus hijos mientras trabajan, sean asilo permanente para los niños y para sus madres necesitadas, sin someter a éstas a la necesidad del trabajo para ganar el sueldo, del que, tal vez depende el sustento familiar.

¡**Maternidad y trabajo físico son incompatibles!**: no nos cansaremos de decirlo. Y la maternidad, aunque, en el tiempo, sea un episodio en la vida de la mujer, es, biológicamente, el eje del concepto de la feminidad. Por ello, la mujer, **como sexo-tipo**, no debe trabajar, aunque en la realidad quepan muchas excepciones—infecundidad, soltería, períodos extramaternales de las madres—que poniendo a la hembra al margen de su sexualidad fundamental, la abran legítimamente las puertas de las labores físicas. En la Naturaleza—más arriba lo recordábamos—la hembra-madre no trabaja en ninguna especie zoológica. Y hay una república animal, la más perfecta de cuantas pueblan el mundo de los seres vivos, la de las abejas, en la que se da el hecho ejemplar de que la hembra que procrea, la reina, queda eximida de toda otra labor, y el enjambre de las hembras no son aptas, en cambio, para ser fecundadas.

La experiencia de la guerra

Claro es que en todo esto, volvamos a decirlo, la necesidad se impone como ley inexorable a todas las teorías, singularmente en la especie humana, dotada al máximo de condiciones de adaptabilidad al medio y otras circunstancias. Pero no es lícito erigir en normas generales los hechos consumados a la fuerza. Esta es la lección que se desprende de lo sucedido con el trabajo de la mujer durante la guerra europea. En los años terribles de la lucha, las mujeres de todos los países beligerantes parecieron desmentir de un mo-

do providencial y rotundo las reservas que algunos hacían —o hacíamos—respecto a la capacidad biológica de la mujer para la actuación social. Recordemos lo sucedido. En las naciones en guerra, la casi totalidad de los hombres se fueron a los campos de batalla; y los sitios que en la fábricas, en las oficinas, en los campos, en los servicios públicos de las ciudades habían sido ocupados siempre por varones, tuvieron que serlo por mujeres, que abandonaron su hogar para dar al mundo un ejemplo conmovedor de energía improvisada y de capacidad productora. La demostración de una aptitud femenina para equipararse al hombre en todos los aspectos de la lucha social, fué, al parecer, definitiva, y una literatura entusiasta y caudalosa esparció por todo el mundo la buena nueva de esta conclusión indiscutible.

Pero el experimento en realidad, no probaba que el trabajo rudo fuese el papel de la mujer, sino sencillamente **que en un momento de inquietud la mujer, dotada, en efecto, en sumo grado de estas virtudes que los americanos llamarían de "de emergencia", puede suplantar al hombre.** En la vida de las naciones, como en la vida de las familias, es frecuente ver, en efecto, que cuando falta el padre o el marido, la mujer desamparada se lanza bravamente a la lucha y convierte en energía social, a veces de calidad óptima, la energía materna.

El sexo puede pues, ser vencido por una razón de orden social. Pero es un vencimiento fortuito; y, en cuanto puede, recobra sus fueros. Y por ello todos hemos visto que esas mujeres varoniles nos tenían reservada otra gran lección imprevista, tan provechosa como la primera: la de abandonar con espontáneo y presuroso impulso, así que los cañones enmudecieron, aquellos puestos de trabajo que parecían definitivamente conquistados. "Mientras los hombres—dice Prevost, comentando este mismo hecho—elaboraban gravemente legislaciones cada vez más feministas, sus ingratas clientas se apresuraban a ser más mujeres que nunca, en el sentido estricto de "mujer"; esto es, lo contrario del hombre. Y como los estudiantes al terminar la escuela, así que la guerra terminó, se alejaron de las fábricas saltando y dando gritos de alegría". Y así, en otro libro reciente de la postguerra, un fisiólogo italiano. Campione, ha podido escribir

al frente de uno de sus capítulos este lema: "La donne e il lavoro sono termini antitetici".

Cultivo de la mujer no madre. La tristeza del hogar

Claro es que esta extensión del trabajo ajeno al hogar se refiere sólo a la mujer-madre. Ya hemos insistido cuidadosamente sobre ello, aunque sabemos que toda insistencia será inútil para aplacar la ira de los feministas de ambos sexos, que son gentes que no entienden de distingos. Más para los espíritus no ofuscados, hemos de añadir: la madre no debe trabajar; pero ¿y la mujer que no lo sea?

El problema entonces cambia de aspecto. En primer lugar, consideremos que, si las leyes biológicas rigiesen al mundo sin las trabas que le ponen prejuicios o realidades económicas y de otra índole, el número de las mujeres no madres se amenguaría extraordinariamente, porque amenguaría mucho el número de las que hoy quedan, contra su voluntad, solteras. Y no se verían unas cuantas mujeres obligadas a cubrir, a marcha forzada, con una multiparidad excesiva, el cupo de nacimientos que requiere el desarrollo de los pueblos. Más siempre quedaría el ejército de las que, casadas, son estériles; de las que voluntariamente rehuyen la unión sexual; y, por fin, de las mismas madres en los años que preceden a la maternidad y en los que la siguen, cuando el cielo sexual ha terminado y los hijos, ya crecidos, se dispersan del hogar.

Entonces el trabajo de la mujer, no sólo es legítimo, sino necesario. Y es España, tal vez, uno de los países de Europa en donde más alto se debe decir. Con profunda pena vemos todos a tantas y tantas mujeres a las que el destino no quiso llevar por el cauce de la maternidad, que consumen sus días en una ociosidad absurda, sólo animada por los más frívolos estímulos de la vida de sociedad y por las prácticas externas del sentimiento religioso. Y esto ocurre, no sólo en los hogares acomodados, sino en aquellos de las últimas capas de la clase media, en los que el padre trabaja sin descanso para sostener la numerosa familia, de la que tal vez, forman parte dos o tres o más muchachas en pleni-

tud de luchar por la vida, pero imposibilitadas de hacerlo por la ignorancia y los prejuicios sociales. Y esto no sólo en España; recordemos en las páginas inmortales de **Madame Bovary** la tragedia de la vulgaridad del hogar modesto de Francia. Y he aquí cómo una escritora feminista contemporánea describe la vida de la mujer en los interiores de la clase media de París: "Pasa el día en bata, en su mezquina habitación, matando el tiempo como se puede, en charla con las vecinas, en largas observaciones desde la ventana, detallando las toilettes de las que pasan por la calle. Confecciona, para distraerse, pequeñas labores, que, al cabo, le resultan más caras que si las comprase en el almacén. Como esos prisioneros que espían en su celda, durante horas y horas, los movimientos de una araña, el espíritu de esta pobre mujer se apasiona desesperadamente por los nimios detalles del hogar". ¡Qué exacta pintura, como hecha por una mujer que seguramente ha vivido lo que describe! ¡Y cuántas visiones de nuestro medio, de nuestras propias familias quizás nos sugiere su lectura!

Afortunadamente, cada día es entre nosotros, como antes decíamos, mayor el número de muchachas que se preparan con una sólida instrucción, no de las que antes se llamaban estúpidamente "de adorno", sino de las que el día de mañana puedan servirlas para ganarse la vida si las circunstancias sociales les obligasen a ello. Aun entre las hijas de familias acomodadas y poderosas van abundando las que estudian carreras comerciales o científicas; ya hemos comentado el resultado feliz que esto ha tenido ya—y es de esperar que tenga, en máxima medida, en el futuro—para el porvenir de la mujer; aun cuando termine casándose y convirtiéndose tan sólo en una buena madre de familia. Cuando Moebius escribió su libro, ya citado, sobre la inferioridad mental de la mujer, profetizó que "la moda de las profesionales femeninas—que entonces empezaba—pasaría pronto". La verdad es que en esto, como en otras cosas, se equivocó rotundamente el agrio profesor alemán.

Diferencias biológicas de la actividad de cada sexo

¿Es indiferente la clase de la ocupación de la mujer? Ya hemos dicho—y en el próximo ensayo insistiremos sobre este mismo punto—que **para las mujeres de una sexualidad media** nosotros creemos necesaria una cultura especial, de tipo femenino, ajustada a las características psicológicas y físicas de la hembra. Y, en consecuencia, las actividades sociales, las modalidades del trabajo han de ajustarse también a esa cultura específica. El hombre, no nos cansaremos de repetirlo, es un motor, muscular y psíquico, provisto de un modo casi accesorio, de un órgano generador. La mujer es un gran mecanismo generador dotado de una sensibilidad exquisita para reaccionar ante el ambiente, en provecho del fruto de esa generación. Y cada uno tiene su distinta y complementaria aplicación en la marcha del mundo, como la tiene el clavo y el martillo.

El medio no modifica fundamentalmente los caracteres

A este hecho, que no puede discutirse, se ha objetado que tales diferencias anatómicas y funcionales pueden no ser un hecho primario, sino la consecuencia del distinto uso que, a través de los siglos, se ha venido haciendo del organismo de cada sexo. Y que, por lo tanto, la diferencia en las aptitudes de la mujer y el hombre se modificaría rápidamente al cabo de unas cuantas generaciones de un reparto paralelo de la actividad social de ambos. Es decir, que la hipertrofia respectiva del mecanismo sexual—maternal—en la mujer y de las funciones centrífugas, sociales en el hombre, serían simples fenómenos de adaptación; como la vaca, al pasar al estado doméstico, por ejemplo, pierde su sistema muscular y se hace incapaz para el esfuerzo localizándose toda su actividad en la función gestatoria mamaria.

Pero aunque no pueda negarse que el organismo humano, como todo organismo vivo, es extraordinariamente sensible a las leyes de la adaptación, hay una razón experimental que demuestra que no se trata de diferencias pos-

tizas, creadas por el uso, sino de rasgos distintos inherentes a la misma esencia de cada sexo. Me refiero a las consecuencias de la castración, observadas ya por los antiguos; y, más modernamente, a las del injerto y trasplantación de los órganos genitales. La hembra desprovista de sus ovarios, aunque siga viviendo en el mismo medio que antes, pierde su morfología, su fisiología e incluso su psicología femenina, y se hace fuerte, musculosa, decidida y apta para la actividad varonil. En el hombre, en cambio, ocurre lo contrario, como han atestiguado las bien conocidas descripciones empíricas de los viajeros de Oriente, en los tiempos en que aun había eunucos en los harenes y los datos científicos publicados por Moebius, Zambaco Pachá. Tandler y tanto otros autores que se han ocupado de esta cuestión (en la que, por cierto, no nos falta experiencia a ningún médico, pues son todavía muchos los casos que observamos de castración quirúrgica o de lesión grave y espontánea de los órganos genitales con anulación de su actividad).

En las especies animales que nos sirven para los trabajos de laboratorio, en el mono, en el perro, en el conejo, en las aves, se puede repetir a voluntad este mismo experimento; y se le puede añadir la contraprueba definitiva, que en estos últimos tiempos han realizado Steinach, Athias, Pezard, Lipschütz y otros, de injertar testículos en animales hembras y ovarios en animales macho previamente castrados; con lo que se observa un cambio absoluto, verdaderamente teatral, del sexo y de las aptitudes del animal injertado. Nuestras actividades, nuestra mentalidad de hombre o de mujer no dependen, pues, de un hábito creado por una división arbitraria del trabajo, afirmado y perfeccionado por la herencia a través de las generaciones; sino del hecho inmodificable de haber nacido provistos de uno o del otro sexo; y al perder éste, perderíamos también estas características morfológicas y funcionales, incluso las diversas aptitudes para la actuación social, sin necesidad de que el medio en que nos movemos se altere para nada.

La humanidad de sexo subnormal

Pero claro está que el esquema que hemos expuesto no abarca, como todos los esquemas, sino un cierto número de

los casos. Fuera de él queda una porción considerable de la humanidad de hombres y mujeres que, sin dejar de ser normales, no se ajustan al rigor fisiológico de su sexo, ni por tanto, a esta escueta división de aptitudes y de destino social. Por lo que se refiere a la hembra, es evidente que el ser madre no excluye su intervención en una serie de actividades públicas y privadas para las que la mujer, por las mismas razones de su constitución anatómica y espiritual que hemos expuesto, es especialmente apta. La enseñanza, el estudio y cuidado de los enfermos, los trabajos de laboratorio y de oficina y, en fin, los oficios que exigen minuciosidad, paciencia y habilidad manual a cambio de poco gasto de tensión muscular, y nerviosa poca inventiva, caen dentro de las aptitudes biológicas de la mujer de tipo medio; como que son—y sería fácil probarlo—prolongaciones muy directas de las actividades maternales propiamente dichas.

La maestra

La enseñanza primera de los propios hijos hemos dicho ya que debe ser considerada como un deber para cada madre; tan estricto deber como el dirigir su sustento en los primeros años infantiles. Antes citábamos la opinión de Pestalozzi, un pedagogo clásico, Gómez Ocaña recoge esta misma idea, que en realidad es universal en la pedagogía, de labios del venerable Padre Manjón. Y, sobre todo, léanse las páginas maravillosas que dedica a este asunto el gran maestro alemán Gurlitt, cuyo breve libro sobre la educación natural es uno de los tres o cuatro que toda madre debiera tener siempre a la cabecera de la cama, para no dormirse ningún día sin leer alguna de sus páginas. La perfección se lograría, pues, si toda madre, del mismo modo que debiera criar a sus hijos, los pudiese iniciar personalmente en la educación. Pero hay muchas madres que no tienen aptitud o tiempo para ello, y hay también muchos niños que no tienen madre. Y para unos y otros serán tanto más provechosas las horas de la escuela, cuanto más se parezca a la madre quien les enseñe, aun con detrimento de la sabiduría académica. Goethe decía—¡y con qué profunda verdad!—

que "sólo aprendemos de aquel a quien amamos"; y esta frase nos enseña todo el valor pedagógico de la madre y, en su defecto, de la maestra, más que sabia, maternal.

La asistencia a los enfermos

Otro tanto puede decirse de la asistencia a los enfermos. La dulzura y el espíritu de sacrificio de la mujer—ese espíritu de sacrificio que tan característico es del alma femenina y del que con tan poca fortuna se burlaba Moebius —y, además, su habilidad y ligereza para las pequeñas operaciones manuales de la vigilancia y cura del paciente, la hacen a ese respecto infinitamente superior al hombre. Bien se ha probado esta superioridad en la guerra europea, en la que ejércitos de heroicas mujeres, repartidas por los hospitales y hasta por los puestos de las líneas de fuego, han conquistado para su sexo una aureola que contrasta, con máximo esplendor, frente a tanta y tanta crueldad cometida por los hombres.

Stendahl decía que "el verdadero teatro de las virtudes de la mujer es la habitación del enfermo". Y a continuación agregaba graciosamente: "pero si la mujer es tan buena enfermera, ¿pretenderemos obtener de la bondad divina que redoble la frecuencia de las enfermedades para dar ocupación a nuestras mujeres?" Daba a entender con ello el gran escritor que, teóricamente al menos, el asistir a los enfermos no debe considerarse como un oficio corriente, sino como una dolorosa ocupación excepcional. Pero, por desgracia, en la práctica, son tantas las calamidades físicas de la Humanidad, que dan y darán siempre holgada ocupación a innumerables mujeres.

En cuanto a la profesión médica, claro está que lo dicho se refiere también a ella. Muchas veces, el médico se acerca tanto más a ser útil al enfermo cuanto más se parece a un enfermero. Pero aun desde un punto de vista especulativo, es indudable que la Medicina, sobre todo en varias de sus especialidades, es uno de los más aptos carriles para la actividad específicamente femenina.

La mujer en los laboratorios

Citemos también el papel admirable, a veces casi insubstituíble de la mujer en los laboratorios industriales y científicos. La delicada destreza manual y la paciente atención de los sentidos que requieren muchas de las prácticas de laboratorio encuentran ejecutoras perfectas en el sexo femenino. En todos los países están los centros de investigación poblados de mujeres, y es de esperar que entre nosotros ocurrirá pronto lo mismo.

Y nada digamos de otras profesiones e investigaciones de tipo literario (histórico, pedagógico, etc.), que se amoldan muy bien a su típica contextura.

Libre acceso a la mujer apta

He aquí limitadas las zonas de la legítima actuación social de la mujer embebida en su substancia femenina, de la mujer-madre, con la imprecisión obligada en todo problema biológico, pero con el único criterio racional, que es el biológico. Más aquí surge la segunda parte de la ardua cuestión. Es indudable que, pocas o muchas, ha habido y hay mujeres con reconocida aptitud para todas esas actividades que nosotros consideramos extrañas a la fisiología femenina. ¿Podría pretenderse privarlas de ejercer esa aptitud, y privar, por tanto, a la sociedad de los beneficios de su actuación? Claro está que no. El criterio biológico no puede poner obstáculo, sino todo lo contrario, a la actuación social de esas mujeres, actuación que, dada su psicología, será completamente normal. Lo que sí haremos constar es que esas mujeres, como antes sosteníamos, son biológicamente excepcionales, escapan a la ley normal de su sexo. Nosotros aceptamos, pues, sin modificar una línea esta conclusión de Weininger: "Libre acceso a todas las profesiones y ocupaciones para aquellas mujeres que, en relación con sus necesidades psíquicas y en conformidad con su contextura so-

mática, se sientan inclinadas al trabajo masculino, puesto que en estas mujeres se acusan vigorosos trazos de masculinismo. ¡Pero no se pretenda incluír en ese movimiento a todas las mujeres!".

Insistimos, por tanto, una vez más, en el carácter sexualmente anormal de estas mujeres que saltan al campo de la actividad masculina y en él logran conquistar un lugar preeminente. Agitadoras, pensadoras, artistas, inventoras: en todas las que han dejado un nombre ilustre en la Historia se pueden descubrir los rastros del sexo masculino, adormecido en las mujeres normales y que en ellas se alza con anormal pujanza, aunque sean compatibles con otros aspectos de una feminidad perfecta.

Dedicaremos gran parte del próximo ensayo a explicar el sentido que hemos de dar a estas formas intermedias de la sexualidad, tan frecuente en uno y otro sexo, y más en el femenino, que de suyo tiende a una diferencia menor de sus caracteres específicos. La cuestión queda, por el momento, resumida así: **la mujer de sexualidad normal, la de tipo medio,** requiere, salvo los casos "de emergencia", una cultura y una aplicación social específicamente femeninas; **la mujer de sexo indiferenciado,** en sus diversas gradaciones, tiene las aptitudes y, por tanto, las aplicaciones sociales de su sexualidad perfectamente indicadas en territorios vecinos a los de la actividad del varón.

En esto debemos estar todos de acuerdo. El problema está ahora en saber si estas formas de sexualidad intermedia son formas superiores de la feminidad o, por el contrario, estratos retrasados, a pesar de su aparente eficacia; formas todavía necesitadas de perfección. Yo creo esto último; es decir, que las formas intermedias de los sexos no representan una utilidad superior para la especie ni tampoco para el individuo, y que el progreso de la Humanidad irá eliminándola de la vida de los sexos. Pero de ellos nos ocuparemos más adelante.

La inferioridad de la mujer ante el derecho

Decíamos al principio de este ensayo que la irritante postergación de la mujer ante el derecho era una mera consecuencia de su postergación antropológica. Al desaparecer ésta va desapareciendo también de los códigos la inferioridad jurídica de la hembra. No quedará en el mundo ni un solo hombre, escogido entre los más arbitrarios, que regatee su simpatía a este respecto del movimiento feminista. Es, desde cualquier punto de vista, tan enorme la injusticia, la inutilidad y la indelicadeza de que no sean iguales las leyes para ambos sexos, que esto sólo justificaría los mayores apasionamientos de las sufragistas más exaltadas. ¿Cómo ha podido el hombre ser tan injusto con el sexo que le dió el ser y al que, además, se complace en llamar débil? ¿Qué varón sería capaz de no subscribir estas generosas palabras de Gurlitt?: "No queremos que la mujer goce únicamente de los mismos derechos del hombre, pues esto sería una injusticia para ella; reivindicamos para el sexo femenino derechos especiales, inasequibles a los hombres". Y, sin embargo, las leyes siguen manteniendo, como la cosa más natural, la intolerable desigualdad en casi todo el mundo, y en algunos países, hasta límites absurdos. Tal ocurre en el nuestro, como ha hecho resaltar recientemente Ossorio y Gallardo en un libro que nos ha llenado de sorpresa a los que, por fortuna, no nos habíamos aventurado en el laberinto de nuestra legislación. Pero se trata de problemas transitorios. Muy poco han de vivir, es seguro, los que no vean la amputación radical de estas injusticias en los códigos actuales.

La mujer y los cargos públicos

El acceso de la mujer a los cargos públicos es otro de los aspectos interesantes de la cuestión feminista. A este respecto hemos de recordar que en todas las épocas de la Historia, aún en las más desfavorables a la mujer, ha conservado ésta un halo de respeto un poco misterioso, más o menos vecino del respeto religioso. Simmen llama la atención sobre este fenómeno. "A pesar—dice de los desprecios y malos tratos, las mujeres, desde los tiempos primitivos, han sido objeto siempre de un sentimiento peculiar: el sentimiento de que no son sólo mujeres, es decir, entes correlativos del hombre, sino algo más todavía; y que en tal sen-

tido, deben de tener comercio con las potencias ocultas; deben de ser sibilas o brujas; seres, en suma, capaces de transmitir las bendiciones o las maldiciones de los abscónditos senos cósmicos; seres, por tanto, que debemos reverenciar místicamente". "Ninguna de estas brutalidades o poéticas transfiguraciones se funda en una propiedad o actividad de la mujer". Sin duda, el fenómeno se debe a que un ser tan profundamente sumergido en su esencia indiferenciada, un ser tan poco propicio a trascender de sí mismo como la mujer, ha producido siempre la impresión de hallarse en la proximidad inmediata de los hontanares metafísicos, en una especie de identidad con el fondo universal de las cosas".

Así es, en efecto. Y a esta circunstancia tan ligada, pues, a la misma esencia de la femenidad, se debe la importancia de la mujer en las mitologías, su frecuente papel sacerdotal en las regiones y la casi exclusiva asignación a este sexo de las virtudes de la adivinación. El mismo curanderismo es, casi siempre, ejercido por ellas. La reclusión en el hogar, constante en casi todos los pueblos hasta hace poco tiempo, y que aun perdura en algunos; su situación lejos del tráfico diario de la vida, daba a la mujer una visión panorámica de las cosas, como la que tenían por la misma razón los cenobitas aislados en el claustro o en el desierto, que hacía especialmente útil su consejo. El oráculo del hogar ha sido siempre la mujer, por disminuída que haya estado su estimación social y jurídica. El hombre ha acudido siempre a ella en demanda de consejo en los trances graves de la vida; o de inspiración y ayuda sobre naturales. Desde la pitonisa de antes a la gitana de ahora, es ella y no el hombre la que dislumbra el porvenir. La invocación instintiva del ser humano, en el fondo de la angustia, cuando las ayudas normales se han superado, es a la madre y no al padre. A excepción de Cristo, que llamó al padre al morir, a pesar de que estaba tan cerca, gimiendo a sus pies, la Madre dolorosa; y acaso sea éste uno de los rasgos que separan fundamentalmente su espíritu sobrehumano del de los hombres.

Con esta facultad, de orden como mágico, está finalmente relacionado el matriarcado que las mujeres ejercieron, según parece, en las tribus primitivas. Ya nos hemos referido a ello, y hemos dicho el poco valor "feminista" del hecho, pues estas mujeres colocadas a la cabeza de la comunidad, eran, más que jefes, con mando efectivo, ídolos o símbolos. Probablemente la mayoría de las reinas que han gobernado imperios y naciones en la Historia reciente han tenido únicamente esta misma eficacia simbólica a cuya sombra han actuado los verdaderos hombres de gobierno. Es, a este respecto, interesante la vida de la reina Victoria de Inglaterra, que tanto gustan de citar las feministas como ejemplo de la eficacia política de la mujer; pero su vida, vista, no en el escenario aparatoso de la historia oficial, sino en su intimidad, que conocemos bien, sobre todo por sus cartas. En una de ellas dice: "Las mujeres no hemos nacido para gobernar, y si somos buenas y verdaderas mujeres, hemos de mirar con antipatía estas ocupaciones masculinas". Si pudiésemos contemplar "el interior" de otras reinas célebres, quizás el mismo de nuestra excelsa Doña Isabel la Católica, con igual exacta información, estoy seguro de que la inapreciable confesión que hemos transcrito no sería la única.

Las otras formas de la actividad pública de la mujer, el desempeño de cargos políticos y administrativos, están condicionadas por las mismas circunstancias que hemos ido examinando a propósito de las diversas formas de la actuación profesional. Nada hay, por tanto, que añadir; la madre debe ser madre por encima de todo; y la maternidad ya lo sabemos, no implica sólo un problema de incompatibilidad en el tiempo, sino que supone el máximo desarrollo de la esencia misma de la feminidad; y ésta feminidad llena de trabas al espíritu para la abstracción mental y ética que se precisa ante el ejercicio de muchos de esos cargos públicos.

El mismo Simmel, que antes citábamos, insiste en el hecho fundamental que ha servido de tema constante a estos ensayos míos, a saber: que en la mujer-tipo, en la mujer no liberada de su sexualidad — y éste es el caso de la madre — el sexo está imbuído en todo su ser y en todas las manifestaciones de su actividad, como tal sexo primario, como valor opuesto a la masculinidad; en tanto que en el hombre esta sexualidad primaria es accesoria, en lo orgánico y en lo funcional; y por ello la actuación social masculina se desarrolla automáticamente alejada de la dinámica sexual primaria. Para que el sexo influya en las decisiones de un tribunal masculino, es preciso un estímulo sexual in-

tenso y deliberado: el desnudo en el caso de Friné. Un tribunal de mujeres, en cambio, tendría presente, en cada caso y sin necesidad de estas llamadas aparatosas, elementos de juicio íntimamente relacionados con la sexualidad; y claro es que no me refiero sólo al hecho de la atracción sexual propiamente dicha, sino, principalmente, a las formas accesorias de la sexualidad, que tanto valor adquieren en la emotividad femenina, como la situación familiar del reo, el porvenir de sus hijos, etc. No discutimos aquí si esta justicia arbitraria y sentimental sería superior o inferior a la otra justicia asexuada y sistemática. Seguramente sería superior; la mujer, por lo pronto no aceptaría como un dogma esa gran sandez de la "inflexibilidad de la ley", con la que se les llena la boca a los graves varones. Pero, por el momento, esta circunstancia perturbaría la mayor parte de las modalidades de la actuación pública femenina.

En la misma categoría perturbadora está la **actitud de agradar al sexo contrario**, que en la psicología de la mujer ocupa un lugar mucho más difuso y permanente que en la del hombre. Ya hemos dicho que la mecánica normal de la atracción de los sexos se orienta desde el hombre que es el absorbido, hacia la mujer, centro de atracción. El deseo de agradar y atraer al hombre es, pues, una cosa instintiva, unida a la misma feminidad en las mujeres muy mujeres, durante todo el período de su actividad sexual; mientras que en el hombre la actitud de agradar a la mujer es, en circunstancias normales, un acto deliberado y episódico.

Con todo, la Historia, y sobre todo la historia contemporánea, nos enseña que son muchas las mujeres que, por encima de todas las consideraciones teóricas, han ejercido y ejercen diversos cargos públicos con perfección, no rara vez superior a la de sus colegas masculinos. Pero distingamos siempre el hecho social y el hecho biológico. Estas mujeres aptas, **son siempre mujeres liberadas de su feminidad esencial** — prácticamente de su maternidad — por las condiciones congénitas o adquiridas, permanentes o circunstanciales que ya hemos explicado.

Y en último término recordemos otra vez que toda mujer, por el hecho de serlo, posee particularmente desarrolladas, y más a medida que su feminidad es más profunda, las **virtudes de urgencia** a que antes nos hemos referido. Es posible que sea ésta una de las características esenciales de su sexo. Merced a ella, la mujer, con mucha mayor facilidad que el hombre, adquiere repentina aptitud en los trances difíciles para el desempeño de gestiones ajenas a su actuación habitual. La vida de las familias y la de las naciones está llena de ejemplos que así lo demuestran.

El voto femenino

¿Y el voto de la mujer? El voto de la mujer sólo indirectamente nos interesa. En teoría, es absurdo discutir el derecho de la mujer a votar, y, además, sería inútil discutirlo, porque la reforma se extiende por todas partes y, tarde o temprano, en todas partes se impondrá. Esto, en teoría. En la práctica, es evidente que el voto requiere una preparación, de orden sentimental más que intelectual, que nos atrevemos a afirmar que no existe en España y, probablemente, tampoco en otros países. Estamos, precisamente, en momentos en que se supone por alguno, y no sin apariencia de razón, que el sufragio universal, una de las banderas de la democracia del pasado siglo, ha fracasado. Y no ha fracasado. Es que la masa de los hombres electores no ha alcanzado todavía el grado de independencia intelectual y moral que se requiere para ejercer tan grave privilegio. De ahí la insensantez de querer suprimirlo; intento que podría compararse en falta de lógica al de obligar a enmudecer quien tardase en expresarse con claridad. Ahora bien; es evidente que al llegar a las mujeres el uso del sufragio, se encontrarán en situación análoga a la de los hombres hace unos decenios, cuando ellos empezaron a votar. La ventaja que les da el tiempo transcurrido — la experiencia adquirida a costa de los hombres — se la quita su condición sexual. Su falta de entrenamiento, espiritual y ético, enturbiará otra vez, según todas las probabilidades, las aguas que empezaban a estar serenas.

De todos modos, en este punto es pueril hablar de memoria, porque el voto femenino está ya establecido en muchos países del mundo: en algunos, hace ya bastantes años (En Nueva Zelanda desde 1893), y no se comprende cómo

feministas y antifeministas teorizan sobre concretos hechos de observación. Creemos indudable que los inconvenientes del voto femenino no están, como se dice, sólo en la menor cultura ni en la fácil sugestionabilidad de la mujer, sino en las circunstancias importantísimas de su exagerada dependencia sexual, de su sumisión casi absoluta al sexo contrario; y esto aumenta considerablemente la gravedad del problema.

La sumisión sexual de la mujer y el voto

Ordinariamente, esta sumisión es, en realidad, un carácter fisiológico del amor femenino. El juego normal es que el hombre corra tras la mujer hasta lograrla; pero luego cambia en dominación su actitud suplicante. En suma, a pesar de las apariencias, el varón representa siempre la actividad, la acometida: vestida de súplica o vestida de imperio, según las circunstancias. La mujer que lo es verdaderamente, por definida que sea su personalidad espiritual, tiende, en cuanto se enamora, a renunciar a ella. Dígase lo que se quiera, en dicha ofrenda voluntaria y continua de la propia personalidad se cifra y se cifrará siempre una gran parte de la esencia característica del amor de la mujer. En la Historia natural es casi constante esa actitud sumisa en la hembra de las diversas especies animales. En el macho, en cambio, aun en el humano y dentro del hombre, en el de instintos más pulidos, el gesto amoroso normal es dominante. Cuando se humilla ante la hembra se trata sólo, como hemos dicho, de una modalidad disimulada de su ímpetu para lograr el fin erótico.

Mas en las razas del Sur, como la nuestra, esta sumisión del sexo débil al fuerte es excesiva e inconsciente, estando mantenido por la fuerza del ambiente matonil, aun vivo y potente en nuestro pueblo; mantenida también por la maternidad resignada y pasiva que antes hemos comentado; por toda la tramoya de las conveniencias sociales; y en fin, por el ambiente sentimental y literario de nuestra raza, que tiene arraigado en su propia médula este concepto violento y pasional del amor. Y en estas condiciones, el voto de la mujer no puede representar una fuerza imparcial que

purifique el sufragio, sino un simple refuerzo numerario de la misma actitud de los hombres ante las urnas. Aun en países ya tan distantes psicológicamente del nuestro como Inglaterra, Barthelemy, estudiando el resultado de la reforma recientemente implantada, llega a esta conclusión: "La regla es que la mujer vote como su marido".

En cambio, en las naciones escandinavas, por ejemplo, tal vez pueda tener el voto femenino una significación autóctona e independiente. Y es porque en estos países— Suecia, Noruega, Dinamarca, Finlandia— la mujer, frente al amor y frente al hombre, obra, en términos generales, con perfecta independencia, con el sentimiento sojuzgado por la razón. "Considerando —dice el citado Barthelemy— la literatura de un pueblo como la expresión superior de su mentalidad, lo que choca en la literatura escandinava es la preocupación de hacer la teoría del amor. En este sentido, fué el gran dramaturgo Enrique Ibsen uno de los precursores de la emancipación política de la mujer, en su drama **Casa de muñecas**, que recoge el eco de sus preocupaciones en este orden de ideas". Ahora bien; comparemos nosotros la teoría del amor y la posición de la mujer frente al hombre en **Casa de muñecas** con el mismo problema, visto en nuestra dramaturgia, hecha a base de raptos, adulterios y violencias. A los que duden del abismo que separa a nuestra mujer de la noruega les diré que yo he visto representar el drama de Ibsen en tres grandes capitales de España, y que en las tres el público, del que formaban parte gran número de mujeres, ha acogido con risas y protestas, o por lo menos con absoluta indiferencia, las escenas del último acto, en las que la protagonista, reflexivamente, sofoca a su corazón y a su sexo y levanta el vuelo del hogar. Esto no conmoverá jamás, a pesar de su belleza literaria, al corazón de nuestras mujeres. No juzgo que esté bien ni mal; pero es —y tal vez parezca incongruente la conclusión—indicio de una mala actitud para ir con independencia a las urnas.

El voto femenino ¿purificaría el sufragio?

Por lo demás, entre nosotros se sigue repitiendo el tópico de que al acudir la mujer al sufragio se purificaría és-

te. ¿Por qué razón? Dentro de la raza, una determinada agrupación de ciudadanos, hecha en torno de una persona representativa o sostenida por la disciplina común de un ideal, puede tener — y ya es difícil— cualidades colectivas que no tengan otros individuos del mismo país; pero un sexo que se compone de individuos de todas las clases sociales, de todas las educaciones, de todas las mentalidades, ¿por qué va a tener características éticas distintas del otro sexo? Es absurdo el suponerlo. Y, en efecto, las noticias de los países en que el voto femenino es ya un hecho así nos lo demuestran. Por ejemplo, en las elecciones de los Estados de América del Norte, en que votan las mujeres, se han registrado entre otros, los hechos siguientes, que recogemos de diversos informes emitidos por publicistas de todos los bandos:

No está, en modo alguno, demostrado que la entrada de la mujer en la política haya dado lugar a la menor purificación de las costumbres electorales". "Un Comité del Congreso ha hecho una información, de la que resulta que algunos de los fraudes electorales más escandalosos habían sido cometidos por mujeres". "Se ha comprobado un número grande de mujeres que han tomado dinero en las elecciones". "Se comprueba que algunas mujeres tienen una especial reputación como corruptoras de electores". Y así podría mos continuar copiando. Barthelemy (y volvemos a citarle por ser un paladín del feminismo) termina uno de los capítulos de su libro con las siguientes palabras: "Es, pues, indudable que las mujeres no son, desde el punto de vista electoral, peores que los hombres; tal vez un poco mejores". En boca de un feminista, el elogio no es ciertamente excesivo.

La mujer y los partidos reaccionarios

Mucho se habla también de que el voto de la mujer, en España y fuera de ella, acrecería el vigor de los partidos reaccionarios. En efecto, uno de los rasgos psicológicos del espíritu femenino es su tendencia conservadora, su prevención ante las actitudes innovadoras. Rasgo legítimamente

derivado de la índole, también conservadora, de toda la organización corporal, incluso del metabolismo femenino, explicada al principio de este ensayo. Entre nosotros, las únicas irrupciones del sexo femenino, como tal colectividad en la política, han sido, en efecto, en sentido derechista; recuérdese, por ejemplo, la formidable protesta de las mujeres españolas cuando ciertos levísimos intentos de legislación anticlerical en tiempo de Canalejas. Y habla en el mismo sentido el hecho de que las mayores ventajas políticas de la mujer le hayan sido otorgadas en España por el Gobierno más reaccionario que hemos tenido en los dos últimos siglos: el Directorio Militar. En la misma Inglaterra se ha dado el caso significativo de que en la discusión de la ley del sufragio femenino, en la Cámara de los Lores, que, en general, era hostil a la reforma, entre los que votaron a favor figuran dos arzobispos y todos los obispos. Seguramente lo harían con su cuenta y razón.

Pero no sólo la tendencia reaccionaria, innanente en el espíritu femenino; hay, además, otro factor importante, que explica esta actitud en la mujer. Me refiero a que siendo sus nuevos derechos políticos novedades para su espíritu, ha de tardar muchos años en adquirir la conciencia y la delicadeza de un libre uso y de su íntegra responsabilidad. La mujer está ahora, con sus cargos y con sus derechos, "como niños con zapatos nuevos", como se dice en España; demasiado preocupada de su posesión y demasiado agradecida a los Gobiernos, autores del regalo. El hombre ha tardado varias centenas de años en empezar a saber ser dueño de sus derechos cívicos y a no supeditarlos a la voluntad de los Gobiernos. Las mujeres comienzan ahora ese aprendizaje. Por eso los mismos Gobiernos que niegan sus derechos a los hombres son los que extreman su benevolencia con las mujeres, material asequible a sus designios. Veamos el ejemplo de la España actual: los más fervientes partidarios de la dictadura son, en efecto, muchas mujeres. Aun a las consideradas como egregias dentro de su sexo— incluso algunas eminentes directoras del movimiento feminista— ha bastado una de estas mercedes políticas para que se conviertan en sinceras entusiastas del Gobierno dictatorial. En los hombres puede darse, desde luego, la adhesión venal; pero son contados los que, de buena fe y con recta

conciencia de su ciudadanía, se sienten capaces de admitir con gusto un Gobierno despótico.

De todos modos, claro está que esta influencia retardataria de las mujeres ha de ser transitoria. Hasta que se acostumbren a jugar con sus nuevos juguetes. Por eso, juzgando con larga mirada el problema, puede afirmarse que al lograr su participación en el sufragio, y aun su ingreso en la Administración pública y en la gobernación de los Estados, las mujeres apenas torcerán la ruta actual de las cosas. En este terreno de la actuación social, es ley biológica que el hombre impere, y, como ya se ha comprobado en los países donde la mujer ejerce sus derechos políticos desde hace ya tiempo, a la vuelta de unos años la política vuelve a seguir las fluctuaciones que marcan los hombres.

Pero no olvidemos que por encima de todas las aspiraciones del feminismo quedará siempre en manos de la mujer el más legítimo de sus resortes de dominación, el encanto sexual, con el que no se gobierna el mundo, pero sí a los hombres que lo rigen.

"La palabra de la mujer —dice Fray Luis de León— es más eficaz que otra ninguna cosa, porque suaviza el acero duro". Recordemos una vez más a todas las mujeres— una serie interminable desde Cornelia y Livia hasta algunas conocidas damas de nuestro tiempo —que por este mecanismo han intervenido decisivamente en la gobernación de los Estados. Y aun así no se incluirían en la lista aquellas otras (tal vez las más temibles) cuya discreción hizo que el secreto de su influencia no llegase al arroyo. Si, según dicen, de la nariz de Cleopatra dependía la suerte de las naciones, la verdad es que sin otra razón que la gracia de su perfil logró bastante más que todas las sufragistas actuales con su propaganda y su dinámica masculina.

Conclusión

Si quesiéramos expresar en unas pocas palabras la conclusión de todo lo dicho, podríamos hacerlo así: las injusticias seculares en que la mujer ha estado colocada ante el derecho serán pronto un recuerdo, y ésta encontrará cada

día nuevos cauces sociales para sus actividades legítimas. Pero por encima de todo, mientras la Tierra, esté poblada de seres humanos, el sexo de cada uno de éstos implicará una división fundamental de trabajo, no menos trascendente para la hembra que para el varón. Este será siempre el que haga la Historia. La mujer tiene reservado un destino, aun más trascendental: el de hacer al Hombre, padre de la Historia.

III

EDUCACION SEXUAL Y DIFERENCIACION SEXUAL

La tragedia del sexo en el hombre

Pocas cosas pueden sorprender tanto al hombre de buena fe como el hecho terrible de que los dos instintos que le mantienen sobre la Tierra, el de la conservación y el de la reproducción, sean precisamente la fuente de casi todas sus desdichas. El hombre existe porque vive y se reproduce. El instinto de perdurar en el individuo y en la especie son los dos motores subterráneos de su actividad, en sus formas más variadas. Pero el cumplimiento de estas obligaciones ineludibles es empresa llena de dificultades. Para vivir tiene que trabajar con dolor o cometer la villanía de vivir del trabajo de los otros; y para reproducirse tiene que pasar por las hordas caudinas de las múltiples desarmonías de la vida sexual.

Tiene esta tragedia, a la que nacimos uncidos, un sentido profundo que no vamos a comentar. Para los cristianos no es otro que la maldición divina, el justo castigo del pecado: "Ganarás el pan con el sudor de tu frente y parirás con dolor". Y el dolor de parir es sólo un símbolo de todos los demás dolores adscritos al comercio de los sexos, que hieren por igual a la mujer y al hombre.

Un verdadero torrente de literatura se ha aplicado a descifrar por qué el simple vivir vegetativo, el no morirse de hambre, a que todos debíamos tener un derecho innato,

es, sin embargo, el origen de las injusticias que los hombres mejor intencionados no aciertan a deshacer.

Nosotros vamos a ensayar unos comentarios sobre el otro problema: a saber, cómo y por qué el noble instinto de la reproducción se convierte, en manos del hombre, en fuente de interminables desdichas.

No creo que haya nadie que dude que esto es así. Repasemos nuestra propia vida desde nuestra niñez y la de los que viven cerca de nosotros. Para casi todos, la aparición del instinto sexual es como una fuerza inesperada que nos empuja y nos urge como un apetito imperioso; pero que no puede saciarse como los demás apetitos. Acudimos a nuestros padres, a nuestros maestros, y sólo logramos una explicación vaga, llena de equívocos y de la perspectiva de pecados que antes no conocíamos.

Vienen luego los años de la juventud, cuando el instinto se ha desarrollado y ha adquirido un órgano propio, cuya llamada hace estremecer al organismo entero. Y la respuesta del ambiente, ansiosamente interrogado, es una máxima moral o un consejo higiénico, llenos uno y otro de amenazas pavorosas para la salud del cuerpo y la del alma. Todo ello suele bastar, sin embargo, muy pocas veces para contener el impulso desbordado que se impone a la voluntad por la misma razón física que hace gravitar a los cuerpos; y entonces ni las religiones ni las pedagogías ofrecen soluciones eficaces, y es preciso tomar por mentor a un amigo más despierto, o al libro clandestino, o al propio desorientado instinto, y lanzarse a surcar con estos pilotos tan poco seguros la laguna erizada de peligros, y quizás de abyecciones, de los amores clandestinos.

Acaso poco después llega el hallazgo de una mujer, que es a la vez mujer y amiga, y soluciona el conflicto en una atmósfera de bienestar físico y moral. Pero admitir esta solución como la normal para la Humanidad equivaldría a suponer que una muchedumbre de indigentes podía enriquecerse jugando a la lotería. El azar sólo sirve para soluciones aisladas y excepcionales; y es sólo un azar, infinitamente diluído en posibilidades contrarias, el buscar la solución del problema del sexo en una unión monogámica, tal como la exigen nuestras leyes y nuestros preceptos religiosos.

El hecho es que siempre queda fuera de la solución feliz una mayoría inmensa de hombres. Y entonces viene la lucha diaria con el instinto rebelde o con la sociedad, que se opone al instinto: el caminar dando tumbos entre el ascetismo y el engaño o la ilegalidad más o menos vergonzante. A no ser que una filosofía cualquiera, o la ocupación intensa de todas las horas, o la fialdad del propio temperamento se encarguen de amansar la tempestad.

Y así llega la vejez y con ella la tristeza de la decadencia física y del apartamiento forzoso de la vida activa de los sexos por las generaciones que nos siguen; cuando acaso no se ha extinguido la llama del deseo; o cuando arde todavía, con avidez inusitada.

La modalidad femenina de la tragedia sexual

Esto, en el hombre. En la mujer, el problema es tan difícil como en el varón. Es cierto que en muchos casos la ponen a cubierto de estas inquietudes la menor impetuosidad de su instinto y la facilidad con que por esto mismo puede derivar hacia otras actividades sociales que tienen un carácter de sexualidad sublimada, como la enseñanza, el cuidado de niños y enfermos y, en cierto sentido, la misma exaltación del fervor religioso. Pero tiene, en cambio, en contra suya la flagrante inferioridad que le dan frente al amor las condiciones biológicas de su sexo; y sobre estas circunstancias, que hay que aceptar como inmodificables, todas las de orden social que han ido creando el egoísmo o los prejuicios de los hombres.

Empezar a saber...

Pero aun para los que —hombres o mujeres— han resuelto normalmente su vida sexual las angustias comienzan de nuevo al crecer los propios hijos y acercarse el inevitable momento de empezar "a saberlo todo". Se recuerda entonces la confusión, el asombro, el dolor casi físico que sentimos nosotros cuando el amigo más precoz o el manual de

erótica comprado en un kiosco nos mostró brutalmente la verdad medio adivinada. Pérez de Ayala refiere en una de sus novelas cómo un cura fué encargado de revelar el secreto del sexo al protagonista, Urbano, conservado por los cuidados de su madre en estado de virginidad absoluta del cuerpo y del espíritu. La madre esperaba en una habitación vecina el resultado de la confidencia. Y el momento de la revelación se marcó por un grito agudo del joven, un grito de daño físico como el que lanzaría una virgen al ser desflorada de improviso. Este admirable símbolo nos hace pensar en el día semejante de la pérdida de una inocencia, aun no sabemos si acertada o erróneamente mantenida, en que volvimos a casa pensativos, viéndolo todo, y viéndonos a nosotros mismos de distinta manera que antes. Y, ¿cómo evitar este mismo trance a nuestros hijos, ahora llenos de divino candor? ¿Dejaremos al azar de las sugestiones callejeras el encargo de violar su inocencia? Y si para evitarlo lo intentamos nosotros mismos o los técnicos de nuestra confianza, sometiéndoles a una explicación con la asepsia y la anestesia de un criterio científico, ¿no atropellaremos la marcha natural de las cosas? Y, sobre todo, ¿dónde está esa explicación, eficaz y pulcra, que los pedagogos y los moralistas buscan y no encuentran?

Porque —cosa extraña— el hombre, que ha logrado la explicación de tantos misterios y ha resuelto tantos problemas materiales de la vida, se estrella una y otra vez ante el problema de las desarmonías sexuales y ante el intento elemental de su educación. Ni las pedagogías, ni la Medicina, ni las religiones han logrado resolverlo. Salvo detalles accidentales después de todo, como el mayor o menor descaro en la organización social de la prostitución o el menor o mayor desarrollo de las enfermedades venéreas, en lo esencial, los conflictos del sexo apenas se distinguen en una gran ciudad de ahora de los de una ciudad prescristiana, ni los de un pueblo europeo actual de los de una tribu de Africa. Muchas de estas desarmonías— nos dicen los higienistas— han sido creadas por el hombre y desaparecerán igualmente por la voluntad humana, en un porvenir no remoto. Yo soy de los que lo creen firmemente. Pero es cierto también que hay infinitos dolores que nacen a la sombra del sexo y que no desaparecerán jamás mientras el hombre sea

hombre, es decir, mientras sustente sobre su trono, tan parecido al del gorila, una cabeza llena de ansia, en cierto modo satánica, de saber.

El "otro sexo" que nos acompaña

Yo no tengo la pretensión de resolver lo que me parece casi insoluble. Pero al decidirme a hablar de estos asuntos, tampoco quiero divagar sin sentido por los terrenos trillados en que florecen con tanta facilidad las frases hechas de la moral y de la higiene al uso. La moral y la higiene son dos ciencias vacías, ineficaces y ridículas cuando no se basan en un conocimiento previo y en un respeto previo de la naturaleza. Así, pues, en lugar de dogmatizar, intentaremos aplicar a la pedagogía de los sexos algunos de los nuevos progresos que la ciencia ha logrado últimamente en el estudio de la biología de los instintos.

La moral y la pedagogía clásica nos han hecho ver que hay un enemigo de nuestra perfección sexual, que es el sexo contrario. La consecuencia práctica de este criterio ha sido el considerar la castidad como el refugio contra el pecado y como el estado moral perfecto para el hombre. Pero en esta grande y fecunda verdad se ha imbuído un error fundamental, que es el de identificar la castidad con el aislamiento sexual con el ascetismo. El aislamiento material nos separa, en efecto, del comercio con el sexo contrario; pero no puede librarnos de la compañía de una representación de ese otro sexo que hoy sabemos que va con nosotros, infiltrando en nuestro propio ser y, como un duende invisible, tiende a cada paso trampas a la rectitud de nuestro instinto. Cada hombre, o la inmensa mayoría de ellos, lleva un fantasma de mujer, no en la imaginación, que entonces tal vez sería fácil expulsarle, sino circulando en su sangre; y cada mujer un fantasma, más o menos concreto, de hombre. Y esa mujer o ese hombre en esbozo, y no los de fuera, los de carne y hueso, son los que nos conducen al dolor y al pecado. Son los que perturban la soledad de San Antonio en el yermo, y los que

ponen la disciplina en la mano de los ilusos que creen que el tesoro de la castidad se encuentra siempre en el desierto o entre las paredes de una celda.

Esta noción del otro sexo dentro de nosotros mismos, que altera la pureza del sexo legítimo, es una conquista trascendental de la ciencia moderna, a la que, pienso yo, no se ha dado aún la significación pedagógica debida. Y éste es el asunto cuyo comentario vamos a ensayar.

Relatividad del sexo

Desde que hay el recuerdo de la vida de los hombres, el sexo no ha sido nunca un valor absoluto. O mejor dicho: entre el varón perfecto y la hembra perfecta se han encontrado siempre innúmeros tipos intermedios en los que la virilidad y la feminidad se ofrecen con caracteres menos netos, hasta llegar a una zona de conjunción intersexual, en la que la pureza y la diferenciación de los tipos extremos se torna en ambigüedad y confusión de un lado, pues, los dos sexos se contraponen rasgo a rasgo un abismo morfológico y psicológico separa al varón tipo de la hembra-tipo; pero, del otro lado, esta oposición se va atenuando, y lo masculino y lo femenino se continúan sin visible solución. Podríamos representarnos en suma a los dos sexos como esa figura oriental en la que dos dragones se miran frente a frente con las fauces abiertas y las garras erizadas, pero cuyos cuerpos convergen y terminan en la misma cola.

Los mitos antiguos están llenos de esta idea. El andrógino surge en el arte y en la literatura a cada instante; y ya en fábulas remotas se habla de un tercer sexo. Recordemos no más el discurso de Aristófanes en El banquete, de Platón. Para él, como es sabido, los hombres eran primitivamente dobles y de tres categorías: unos varones, que procedían del Sol; otros, hembras, originados en la Tierra, y otros, andróginos, esto es, por mitad hembra y varón, que procedían de la Luna. Júpiter, para castigar su audacia, los hendió por la mitad, como huevo — dice Platón — cortado por un hilo, y desde entonces cada mitad busca a su contrario, a su otra mitad, "a su media naranja", como decimos los españoles. Y esto es el amor. Las

mitades de los hombres mixtos son los hombres normales de hoy: el varón que busca a la mujer y la mujer que busca al hombre. Pero las mitades de un hombre doble o una mujer doble buscan, respectivamente, otro hombre y a otra mujer. Su idea natural no es, pues, el amor heterosexual, sino el homosexual, que tanto auge logró en los tiempos platónicos.

Estos mitos tendían, por tanto, a dar una categoría fisiológica, de cosa normal, al ser medio hombre y medio mujer, a diferencia de los naturalistas, de los sociólogos y de los médicos, que consideraban como una aberración monstruosa toda infracción de la pureza de los tipos y de los instintos sexuales. Ha sido preciso que el problema se plantee en un terreno experimental para que nos hayamos enterado de que, en ésta como en tantas ocasiones, eran los poetas y no los hombres de ciencia los que tenían la razón.

Bisexualidad inicial del organismo

Hoy, en efecto, sabemos que casi nadie es hombre absoluto, ni mujer en absoluto. Sin entrar aquí en discusiones de algunos detalles de interpretación que apasionan mucho a los naturalistas, es evidente que todo ser es, en sus principios bisexuado, y que sólo posteriormente se decide el sexo definitivo a que pertenecemos durante nuestra existencia. Pero este sexo definitivo no es casi nunca absoluto, como acabamos de decir: no es varonil sin mezcla de mujer, ni femenino sin mezcla de varón. Es siempre una mixtura de los caracteres somáticos y funcionales de los dos sexos, si bien con enorme predominio de uno sobre otro. El que prevalece se adueña de todo el organismo e imprime su sello sobre cada función y cada órgano, a más de moldear en forma radicalmente distinta los caracteres sexuales primarios y los órganos de la generación. El otro sexo, el vencido, se atrofia, se esconde; tal vez en algunos casos acaba por anularse. Pero generalmente está sólo dormido y acecha los momentos de debilidad de su rival para hacerse presente. Pudiéramos comparar el organismo influído de este modo por los dos sexos a un país

en el que un ejército poderoso somete al pueblo débil y le impone su ley y sus costumbres: el enemigo ha sido destruído y dominado y vive una existencia precaria y sin personalidad; diríase que está definitivamente extinto; pero en realidad, conserva, en catacumbas obscuras, un resto de vitalidad, una llamita perenne que estallará tumultuosamente en sublevaciones y asonadas cada vez que la eficacia del tirano se debilite.

Diferenciación del sexo a través de las edades

Así vemos que el niño, al nacer, por estar aún muy cerca de este instante en que se decidió el triunfo de uno de los dos sexos, conserva todavía muchos rasgos de la primitiva bisexualidad. Cuando el recién nacido asoma por primera vez al mundo, desde el vientre materno, con ese gesto que un maestro mío, no ahito ciertamente de ciencia, pero lleno de ingenio natural, nos describía, comparándolo al de una cabeza que asoma por un estrecho ventanillo y se tuerce hacia el cielo para ver si el tiempo es bueno o malo, el padre y la familia que rodean a la madre doliente y el propio técnico que dirige el trance, no aciertan a saber si aquel rostro arrugado e inexpresivo pertenece a una hembra o a un varón. Hay que aguardar a que salga por entero para declarar el sexo del infante.

Después, durante toda la niñez, se puede ir siguiendo el trabajo de lenta imposición del sexo elegido sobre el derrotado. El desarrollo esquelético y muscular, la intensidad y la distribución del vello y de la grasa, los impulsos funcionales, las modalidades psicológicas y afectivas van cada día matizándose con tonos más puros de feminidad o de varonía. Pero es preciso llegar a la batalla de la pubertad para que el vencimiento de uno de los dos sexos sea absoluto y el otro se enseñoree definitivamente del espíritu y del cuerpo. En este trance puberal es muy frecuente que el muchacho adquiera acentos, físicos o psíquicos, de feminidad, porque el sello viril es más tardío que el femenino, y en tanto que aquél llega, la influencia contraria — la de mujer — asoma bajo la morfología del adolescente. Y

así transcurre la juventud y llega la madurez, en la cual la definición sexual alcanza su apogeo. Entonces ya no hay dudas. La cabeza que al nacer no decía nada, basta ahora para decirlo todo. Sobra todavía. Un sólo rasgo, unos dientes, unos ojos, una barbilla a través de un antifaz, nos denuncian el sexo. Menos aún: una mano que saluda de lejos; el ritmo de unos pasos, la voz y la risa, todo, en suma; porque cada detalle de la anatomia y de la fisiología del adulto está impregnada de su sexo; y sobre todo si el observador es del sexo contrario, el propio instinto olfateará, sin ningún análisis, el rastro específico, por tenue que sea.

Retorno a la bisexualidad en condiciones normales y en condiciones patológicas

Pero esto no es definitivo, a pesar de las apariencias. Con los progresos de la edad, el vigor del sexo triunfante se debilita, y con suavidad o con convulsiones acaba por extinguirse. Se llama a este fenómeno, climaterio. Y entonces surge el otro sexo, el vencido, singularmente en la mujer, que en esos días tumultuosos adquiere un matiz viriloide, ya de un modo violento, ya con detalles apenas perceptibles: son los años en que la matrona se hace gruesa, enérgica de carácter, y ve surgir quizá un vello inicial o pronunciado en la cara y en el tronco. Hasta que, al fin, llega la vejez, y con ella la diferenciación sexual se atenúa más todavía; y en la extrema ancianidad como en la primera infancia, otra vez se nos haría preciso indagar minuciosamente el sexo, a la vista de un anciano, si no fuese por los vestidos que le denuncian.

Y esto, que ocurre en el curso normal de la vida, se hace mucho más patente en condiciones patológicas. Los médicos vemos de continuo hombres o mujeres que, a consecuencia de enfermedades que debilitan o destruyen sus órganos específicos, pueden llegar a estados claramnte inversivos, que no podrían explicarse sin admitir la existencia soterrada de esos gérmenes heterosexuales. Citaremos algunos. En los años que preceden a la pubertad no es raro ver, como acabamos de decir, que tal o cual niño adquiere una obesidad peculiar, verdaderamente afeminada, coincide con una súbita parada en el desarrollo de sus órganos específicos, tal vez con hipertrofia de sus mamas rudimentarias, con un atiplamiento de la voz y una tendencia manifiesta en los ademanes, en la afectividad, en la psicología entera hacia el sexo contrario. Yo he descrito minuciosamente este estado con el nombre de **intersexualidad prepuberal**, y ésta, sin duda, originado por una reacción anormalmente intensa de los gérmenes femeninos que resurgen a favor del momento de vacilación que el sexo legítimo experimenta antes de afirmarse en la pubertad.

Cuando la crisis de la decadencia se desarrolla en condiciones patológicas, es aún más frecuente ver fenómenos semejantes a los que acabamos de describir, pero esta vez, no en los hombres, sino en las mujeres. En muchas de ellas, como antes he dicho, la feminidad parece que se agota súbitamente en estos años de la menopausia, y rebrotan — como los gérmenes de cosechas antiguas en un campo sin cultivo — los caracteres masculinos: el vello de la cara, la corpulencia del tronco, la voz que se hace más grave, y el genio, que se endurece; todo denuncia, en suma, al varón dormido que despierta.

Con mayor claridad todavía se observa la inversión, ya en el terreno patológico, en ciertos casos de tumores de la corteza de la glándula suprarrenal que originan la transformación inesperada y casi completa de una morfología de mujer en una morfología masculina. Y en algunos de estos casos se ha podido hacer la contraprueba de extirpar el tumor y presenciar el retorno a la feminidad primitiva.

A su vez, en hombres con lesiones testiculares, se observan cambios tan netos, en el sentido femenino, que muchas veces el propio interesado llega a ignorar su verdadero sexo. Se llaman estos estados **pseudo-hermafroditismo femenino y masculino; y, en sus formas más atenuadas, virilismo y feminismo.**

Los argumentos experimentales

Los fisiólogos, por su parte, han logrado el complemento experimental de estas observaciones en la especie humana. Los trabajos recientes de Steinach, de la escuela de Lipschütz, de Pezard y otros varios investigadores que hemos citado en el ensayo anterior, han probado de una manera concluyente, como allí hemos dicho, que cuando se castra a un animal, queda en un estado eunucoide o asexuado; y si entonces se injerta una glándula específica del otro sexo — es decir, un testículo, si es una hembra, o un ovario, si se trata de un macho — aparecen los caracteres del sexo contrario, de suerte que a voluntad podemos cambiar el sexo de la bestiecilla, y aún producir un estado de hermafrodismo, de bisexualidad, si el injerto se hace a la vez con las glándulas de los dos sexos.

Puede, pues, aceptarse como exacta esta hipótesis de la bisexualidad inicial de los organismos y de su permanencia, en estado latente, durante el resto de la vida. Una observación atenta del problema en un material muy numeroso me ha convencido de ello, y creo que se trata de un concepto fundamental para la comprensión de la mayoria de los problemas sexuales.

La bisexualidad, etapa retrasada del desarrollo sexual

Ahora bien; esta bisexualidad supone un grado transitorio en la evolución de las especies vivas. No es, pues, una monstruosidad, como se suponía, aunque socialmente y clínicamente pueda adoptar modalidades monstruosas. Desde el punto de vista biológico, no podemos considerarla sino como una forma intermedia del desarrollo, como un escalón previo en la ascensión de la especie hacia su perfección; como un estado, en suma, que desaparecerá en el porvenir si los hombres no entorpecemos el impulso progresivo de la naturaleza.

El conseguir una mayor diferenciación sexual en nuestra especie humana, es decir, un predominio cada día más

firme de la personalidad del sexo, por la exaltación del sexo legítimo y la abolición de los restos heterosexuales, es, pues, todo un programa pedagógico, si bien la generosidad de la intención está todavía muy lejos de la eficacia de nuestros medios para conseguirla. Pero es evidente que a medida que esa diferenciación sea más grande, la vida sexual de los hombres será más diáfana y más simple.

Antes de pasar adelante, quiero hacer notar que este enunciado, sobre cuya trascendencia me permito insistir, no es nuevo en la historia de la ciencia. Aparte de los mitos antiguos, antes recordados, muchos naturalistas y filósofos del siglo pasado, como Darwin, Weisman, Weininger y otros habían insistido sobre el mismo tema. Singularmente, las teorías de Weininger alcanzaron una boga que ahora vuelve a reavivarse. Para este autor, que veía los problemas con aquella agudeza mezclada de arbitrariedad que da el hallarse en el humbral de la locura, las desdichas sexuales de la Humanidad dependían del bisexualismo originario de los hombres. "Todo individuo — decía — tiene tantas partes de varón y tantas de hembra y, según el más o el menos de ambas, será incluído en uno u otro sexo". Esto es exacto — acabamos de verlo — y Weininger lo vió de un modo genial. Pero el malogrado filósofo vienés — solitario patológico y antifeminista arbitrario — partiendo de la superioridad del sexo masculino, ápice del reino animal, suponía que si las mujeres eran a veces dignas de estima, era sólo por la intensidad de los elementos varoniles que guardaban; y, en cambio, lo que impedía al hombre elevarse hacia la perfección eran los elementos de mujer que lleva escondidos. De esto deducía que el progreso de la Humanidad se haría por la eliminación de esos gérmenes femeninos que conducirían a una generación de varones sexualmente puros, sin mezcla alguna de mujer, y liberados de la preocupación del sexo.

Bloch observa que, ya antes de Weininger otro filósofo alemán, Heinse, había pensado de un modo casi idéntico, lo cual demuestra el rancio abolengo de estos puntos de vista. "El hombre perfecto — decía este autor — es el que sólo está constituído por elementos masculinos. y la mujer más perfecta será quizás aquella que tenga tan

sólo los elementos femeninos precisos para continuar siendo mujer".

El progreso sexual está en la diferenciación de los sexos

Nuestro punto de vista es bien distinto. Creemos en la necesidad de una diferenciación sexual progresiva, pero no sólo en el hombre, sino también en la mujer. **Nadie puede sostener hoy día que la esencia de la masculinidad sea superior a la de la femenidad. Son simplemente distintas; y su excelencia respectiva depende justamente de su distinción, que debe, por ello, llevarse hasta su máximo.** El varón deberá sofocar, como decía Weininger, los restos que tiene de mujer y exaltar los elementos propiamente varoniles; pero, paralelamente, la mujer deberá sofocar cuanto tenga de varón y exaltar su feminidad para alcanzar unos y otros el auge de la individualización sexual, que da el máximum de garantías para que el cumplimiento del instinto de reproducción no se convierta en manantial de desdicha.

Del hermafroditismo al dismorfismo sexual

Para explicarnos bien el por qué de ligar el progreso sexual con la diferenciación sexual, es preciso que recordemos que el estado de bisexualidad absoluta, de hermafroditismo, es propio de las especies inferiores, de casi todas las plantas y de muchos animales de los últimos tramos de la escala zoológica: platelmintos, gusanos, crustáceos, etc. La diferenciación sexual, el dismorfismo sexual, va marcándose a medida que ascendemos por las especies, y alcanza su máximo desarrollo en los mamíferos superiores. Por tanto, como dice un autor reciente, "todo intento de la naturaleza o de la cultura para borrar la diferencia entre lo específicamente masculino y lo específicamente femenino, tiene que considerarse como un atentado al progreso biológico de la Humanidad" (Blech).

Todavía en muchas especies animales inferiores, ya con individualidad monosexual, la diferenciación morfológica de los sexos es obscura. Hay que acudir, para hacerla, al examen minucioso de los órganos genitales mismos. En las especies superiores, esta diferenciación alcanza los grados

de intensidad que todos conocemos, que a veces se revisten de aparato teatral, como el plumaje brillante de los machos de muchas aves, la melena soberbia del león, etc. Pero la diferenciación casi absoluta, la que puede establecerse comparando rasgo a rasgo toda la anatomía y toda la fisiología, y aún toda la psicología del macho y de la hembra, se logra sólo en la especie humana. Y así, en la evolución filogénica — a través de las especies — se observa una vez más el paralelismo con la evolución ontogénica — la de cada individuo — que, como antes comentábamos, va también desde la relativa indiferenciación sexual del recién nacido hacia la completa diferenciación de los dos sexos en la madurez.

La homosexualidad en los animales y en el hombre

La evolución del instinto, no hay que decirlo, sigue una marcha correlativa a la de la morfología. El molusco hermafrodita busca y encuentra en sí mismo su mecanismo de reproducción. El animal unisexuado busca, para cumplir la misma ley, al del sexo contrario. Pero en la lucha intersexual hay muchos matices que nos indican gradaciones diferentes en la individualización de los sexos, cuya meta de perfección no hemos alcanzado todavía.

Y así vemos que en los animales, en todos sus escalones evolutivos, es extraordinariamente común la homosexualidad, que no es sino el recuerdo del hermafroditismo primitivo. En los libros de psicología animal, y singularmente en los dedicados al estudio de los instintos, como el de Caufeynon, el de Canestrini, etc., se habla largamente de las "perversiones animales", y, cosa curiosa, las descripciones se calcan sobre las de las perversiones humanas, como si el hombre las hubiera inventado. "Encontramos en los animales — dice el primero de los autores citados — las mismas diversas perversiones del apetito sexual que se observan en el hombre". La expresión precisa sería, sin duda, la inversa. Las perversiones humanas no son sino una copia de la de las bestias, y sería más exacto decir que el hombre ha perpetuado las mismas modalidades aberrantes del amor de los animales.

Puede asegurarse que el homosexualismo, producto aún de la insuficiente diferenciación sexual, es menos frecuente a medida que nos acercamos al hombre. Y en el hombre tal vez hubiera desaparecido ya si influencias psicológicas y pedagógicas desgraciadas no lo hubiesen dificultado. De todos modos, ésta, como todas las demás manifestaciones aberrantes del amor, disminuye cada día. No piensan así los que viven sujetos al prejuicio de que "todo tiempo pasado fué mejor, y de que los vicios de hoy son los mayores que jamás vieron los siglos". Pero éste es un error de perspectiva ante el que es necesario reaccionar. Un error tan grosero como lo sería el afirmar que esta piedra en que estoy sentado es mayor que la montaña que distingo en el confín del horizonte, sencillamente porque mis ojos la ven de mayor tamaño. Mas los que han estudiado atenta y serenamente la cuestión, nos afirman que el instinto sexual evoluciona en el hombre hacia una mayor simplicidad y perfección. Citaré otra vez a Bloch: "De las investigaciones que he practicado — afirma — he adquirido el convencimiento, que desearía ver admitido como una verdad científica, de que hoy día, en nuestro tiempo, tan zaherido y desacreditado por nervioso, degenerado y ultra civilizado, no sólo no hay tantos pervertidos como en pasadas épocas (y basta recordar la Edad Media, con sus famosos excesos y terribles depravaciones), sino que los perversos de hoy, en su mayor parte, no pueden considerarse como degenerados".

¿Quién podrá dudar, si no está apasionado, que estas palabras optimistas son exactas? Pensemos que el Dios justiciero y preocupado de la moral de sus criaturas no tendría hoy, al cabo de tantos siglos, que recurrir al fuego para destruir ninguna nueva Sodoma; le bastaría con unos cuantos hombres inteligentes, repartidos por las escuelas y los confesionarios.

Frecuencia real del homosexualismo

Los médicos, sin embargo, sabemos, y probablemente también los curas, que estos casos extremos de indiferenciación sexual no son tan raros como la gente cree, si bien

al lado del pervertido escandaloso, que todos señalan con el dedo, se extiende un círculo considerable de seres humanos que llevan en silencio la tragedia de su perturbación sexual. Yo he recibido en mi despacho confesiones inesperadas de gentes que jamás despertaron la menor sospecha de su instinto torcido, ni aún en sus más íntimos allegados. Nunca podré olvidar, y ya lo he referido en otras ocasiones, la relación balbuciente de un hombre lleno de inteligencia y de bondad, cuya vida fué modelo de corrección, y que no volví a ver hasta años después, en que tropecé con su cadáver en el Depósito judicial. Era uno de esos suicidas que el repórter encasilla en la consabida frase hecha de "se ignoran los móviles de tal fatal determinación". Y esos móviles, en la mitad de las veces, por lo menos, son obscuras tragedias del instinto de la reproducción.

El narcisismo

De todos modos, públicas o escondidas, estas formas extremas del amor aberrante representan sólo un renglón en la lista de las desdichas sexuales. Pero, a mi juicio, de la misma causa, de la diferenciación sexual insuficiente, dependen otras muchas de aquéllas; otras formas ya más alejadas del hermafroditismo primitivo, más próximos, por tanto a la sexualidad normal, pero todavía influídas por la indiferenciación. No vamos a enumerarlas todas porque no sería materia pulcra de este ensayo, destinado a un público general. Citaremos sólo todo el conjunto de las manifestaciones anormales del amor que pueden incluírse bajo la llave común del narcisismo. El narcisismo, el culto de sí propio, es una forma atenuada del culto del propio sexo, una introducción a la homosexualidad; y de este modo; es decir, por el mismo mecanismo de la diferenciación sexual insuficiente, se explican muchos trastornos del instinto y de la psicología de los solitarios, y una gran parte de modalidades psicológicas de la mujer pagada de su morfología, sobre todo de las que han vivido en el ambiente de vanidad y de erotismo de las grandes ciudades modernas.

El hombre anormal, por consiguiente, en sus distintas

gradaciones, obedece a la misma ley ciega del instinto que el hombre más perfecto; y, en suma, la biología actual confirma rotundamente que cada mortal ama en esta vida, no lo que quiere, sino lo que puede.

Pedagogía de la diferenciación sexual. La cirugía

La consecuencia que a primera vista se podría extraer de esto sería una consecuencia de pesimismo pedagógico. ¿Qué hacer, en efecto, para remediar tantos males si la naturaleza es la que manda? Pero no es así. La naturaleza manda, pero el hombre puede disciplinar sus impulsos, como puede encauzar los torrentes, aunque no logre que las aguas corran cauce arriba. Un principio fundamental para la explicación de las variaciones de los instintos y para su posible pedagogía es precisamente éste: las influencias externas, el medio y, por tanto, la educación, pueden actuar, no sólo sobre los elementos nobles de nuestra psicología, sobre nuestros pensamientos y sentimientos, no sólo sobre nuestros instintos ya desarrollados, sino, en cierto modo también, sobre esa base orgánica de donde los instintos manan sigilosamente, como mana de la roca el hilillo de agua que luego se convertirá en río caudaloso. Más concretamente: nos es posible exaltar el vigor del sexo primordial, el legítimo, y sofocar o atenuar el sexo secundario, el enemigo oculto que llevamos dentro, y que aprovecha cada descuido para poner piedras en el camino recto de nuestros instintos.

Como esos impulsos sexuales no emanan, como el pensamiento, de lugares ignorados de nuestra anatomía, si de tejidos concretos y bien conocidos—el tejido glandular de los órganos reproductores—se concibe, en teoría, que nos habría de ser hacedero modificar los instintos, modificando esos tejidos. Ya hemos visto que en los animales de laboratorio puede lograrse, por medio de operaciones quirúrgicas, extirpaciones e injertos, cambiar a nuestro sabor, no sólo el aspecto externo de los conejos o de los ratones, sino también el juego de sus instintos. Y, efectivamente, en la especie humana, esto mismo puede lograrse, si bien todavía de una manera parcial e imperfecta. Antes nos hemos referido

a algunos casos clínicos en que ha bastado un expediente tan grosero como la extirpación de un tumor para que una mujer que se estaba haciendo masculina recobre su feminidad. Pero estos son casos extremos. El tejido del otro sexo que la mayoría de los seres humanos llevan está probablemente repartido en células microscópicas y aisladas, entremezcladas con las de otros tejidos, perdidas, quizás, en la corteza suprarrenal o entre los tejidos de relleno de la pelvis y el abdómen. No hay que pensar, pues, en extirparlos (ni en matarlos por otros medios físicos, como los rayos X). Pero podemos, en cambio, adoptar una táctica indirecta, que es reforzar el sexo primario, el verdadero, para hacer más insignificante e inofensivo al secundario. Si no podemos destruír a éste, podemos reforzar a su enemigo: o matar al ratón o adiestrar al gato; el resultado será el mismo.

La opoterapia y los injertos

Esto ya no es una vaga quimera. Por medio de los extractos de órganos, podemos, todavía con muchas limitaciones, pero de una manera indudable, exaltar el propio sexo, lo cual equivale a atenuar el contrario, y de este modo por ejemplo, conseguir que una mujer barbuda y estéril llegue a concebir y a hacerse multípara, y con ello a imprimir a su exterior y a su mismo espíritu una clara conversión hacia la feminidad, antes borrosa. Yo mismo tengo ejemplos de este orden que, a veces, revisten caracteres de teatralidad Pero, sobre todo, los recientes progresos en la técnica de los injertos acercan extraordinariamente el problema a un terreno de posibilidades prácticas. El porvenir de estos injertos, que tanto ha dado que hablar estos últimos años, no es el de lograr quiméricos rejuvenecimientos, como quieren algunos. El verdadero porvenir de los injertos será, insisto en ello, el de modificar y encauzar los estados de ambigüedad sexual, que ahora nos son casi inaccesibles, y contribuír, por tanto, al progreso de la diferenciación sexual, que es una de las bases del progreso humano. Steinach ha publicado ya el caso de un homosexual franco en el que ha logrado encauzar su instinto perturbado, como un calcetín

que se invierte, ingertándole una glándula masculina, con cuyo refuerzo ha sido derrotado por completo el germen de mujer, sin duda vigoroso, que impulsaba a aquel sujeto a su perversión. Y son de esperar nuevos progresos por esta vía, que en la actualidad estudiamos nosotros con la mayor atención.

El ejercicio y la alimentación

Pero sin necesidad de recurrir a la Medicina y a la Cirugía reservándola para los casos extremos, la misma influencia psíquica, la pedagogía pura, pueden influír sobre los estados de indiferenciación sexual mediante una acción evidente sobre esas perturbaciones anatómicas que les sirven de base. No debemos extrañarnos de ello. Cuando hacemos gimnasia todas las mañanas, aumenta la fuerza de nuestros brazos porque las fibras musculares de nuestros biceps se multiplican y fortalecen. Podemos ser fuertes por tener músculos vigorosos; pero podemos también tener músculos vigorosos por ejercitar nuestra fuerza. De la misma suerte, digerimos bien por tener un estómago de motilidad y secreción enérgicas; pero, a su vez, podemos exaltar la potencia de nuestro estómago comiendo con corrección y abundancia; como podemos atrofiarle si comemos de una manera insuficiente. Si nuestros medios de investigación lo permitiesen, es seguro que se comprobarían modificaciones de la corteza cerebral paralelas al uso, más o menos acertado, del pensamiento. Y, por lo que atañe a los tejidos glandulares de secreción interna, esta influencia centrípeta de la función sobre el órgano es incuestionable. El tejido genital puede desarrollarse o atrofiarse por multitud de causas que está en nuestra mano modificar. Por ejemplo, la alimentación. Pezard ha demostrado que dando mucha carne a los pollos, se atrofian sus testículos y adquieren la morfología del capón; argumento, por cierto, que todavía no han explotado en su favor los vegetarianos. Los médicos sabemos que la alimentación excesiva en los niños, antes de la pubertad, debilita y retrasa el desarrollo sexual. Y son de observación vulgar los casos de esterilidad e impotencia en gordos y gordas, que se curan sin más que un régimen de adelgazamiento. Los franceses dicen, por esto, sabiamente, que el mejor gallo no es el más gordo.

El ambiente psíquico

Y aun más que la alimentación y el ejercicio físico, la misma energía sutil y desconocida del ambiente psíquico influye en el vigor funcional de las glándulas sexuales. Y así vemos que el desarrollo anatómico y funcional de éstas es mucho más precoz y vigoróso en los jóvenes de las ciudades, que viven en una atmósfera impregnada de sexualidad, que en los de las aldeas. En un dato tan concreto como la fecha de la primera menstruación, puede confirmarse esta influencia de lo psíquico sobre lo orgánico. Otro ejemplo muy característico, sobre el que otras veces hemos llamado la atención, es la distinta turbulencia de síntomas, no sólo menstruales, sino también circulatorios, vegetativos, etc., que tiene el ocaso sexual, la menopausia, en las mujeres que han vivido en un ambiente muy erótico y en las que han hecho una vida ascética, como muchas monjas. En aquéllas, la declinación es una tragedia orgánica y psíquica; en éstas, suele transcurrir con la mayor suavidad. Pero quizás el fenómeno más llamativo a este respecto es la pérdida de la periodicidad de la aptitud genésica, del período del celo, que existe en toda la serie animal, y que desaparece en el hombre en virtud de estímulos de orden estrictamente psicológico y externo. En los mismos animales se observa frecuentemente la atención o la pérdida de esta época de celo cuando son reducidos a la domesticidad. Fischer insiste detalladamente en un reciente libro sobre la importancia de este fenómeno para explicar muchas de las características del instinto de la generación en la especie humana.

Es, pues, indudable, que en un muchacho cualquiera una educación de tipo muy varonil estimulará el desarrollo, no sólo de sus hábitos viriles, que esto sería como adquirir una cualidad accesoria y fácilmente mudable, sino el desarrollo de su tejido específico, de sus órganos viriles, es decir, de una condición anatómica y permanente. A la vez, na-

turalmente, se dificultará el desarrollo de sus elementos femeninos. E inversamente sucederá en una muchacha, según se eduque o no en un ambiente de femenidad. Por todo esto, la atmósfera pedagógica en que se desarrollan los primeros años tiene tanta importancia para el porvenir sexual del individuo.

Ya hemos dicho al principio que el niño está muy cerca de la fase de indiferencia sexual, y por ello su morfología es tan ambigua. Otro tanto pasa con la fisiología de sus instintos. Sobre todo, Freud ha estudiado minuciosamente la importancia y la frecuencia de esta bisexualidad o hermafroditismo del espíritu infantil, llegando a la conclusión de que es un fenómeno normal de todos los niños. Cualquiera que sea lo que se piense de este autor—y yo no soy un incondicional suyo—hay que convenir que ha conseguido transformar en un fecundo mar tempestuoso la superficie de la psicología humana, adormilada por varios siglos de gazmoñería; y hay, sobre todo, que reconocerle una cantidad de aportaciones indiscutible al conocimiento del alma humana, y una de ellas es ésta de haber señalado la ambigüedad sexual, la tendencia a la sexualidad pasiva y polimorfa del espíritu del niño. Mejor que hacer aspavientos, es reconocerlo y aceptarlo, porque es verdad; y aplicarse a sus consecuencias pedagógicas, que son trascendentales. Repitámoslo: el niño es infinitamente sensible a la influencia educadora desde este punto de vista del porvenir de su diferenciación sexual. Los padres y los pedagogos, sobre todo los padres, deben saberlo así y substituír la pasividad con que actualmente miran estos problemas—por escrúpulos de una moral ridícula—por una acción activa, todo lo discreta que se quiera, pero inspirada en estos prindipios fundamentales.

Diferenciación sexual y monogamia

Pero creo que todos anhelamos salir ya de la región de la patología para entrar en la normalidad de la vida de los instintos; o en lo que hemos convenido en llamar normalidad, cuya frontera de separación con lo que no lo es, con

lo anómalo y enfermizo, es casi siempre, como venimos esforzándonos en demostrar, una línea absolutamente convencional.

No tiene duda que el ideal sexual del hombre normal debe ser el amor monogámico. La única solución venturosa de la inquietud de los instintos es la pareja unida por el amor. Un hombre puede encontrar su felicidad en la solución polígamica, y el mundo está lleno de ejemplos de este género. Pero ello será siempre a costa del dolor y de la ignominia de muchas mujeres. Es pues, una solución que sólo puede aceptarse con un criterio de egoísmo sexual, con el que no podemos transigir. Y en cuanto a la mujer, la que no aspire a la solución del varón único, será o una azteca estéril o una mesalina; y tampoco se puede ser mesalina sin el concurso de hombres indignos.

En este sentido la solución cristiana de la cuestión sexual, el matrimonio, es, teóricamente, excelsa. Probablemente, el rigor con que este sacramento fué instituído y conservado ha contribuído no poco al progreso moral de la Humanidad durante las épocas borrascosas de sus primeros siglos. Sería, en suma insubstituible si no implicase la eternidad del lazo, condición que moralmente no podemos discutir, pero que el biólogo, si no es un hipócrita, no puede aceptar de ninguna manera.

La solución monogámica es peculiar al hombre. Y es, por tanto, la expresión del grado supremo de la evolución amorosa. Hay animales que aman también por parejas estrictas; pero ello obedece siempre a la necesidad, que ha modificado el instinto. La prueba es que cuando se alteran sus condiciones de vida, la monogamia desaparece, como ocurre con el pato, que es rigurosamente monógamo cuando es salvaje y polígamo en domesticidad, y también con otros animales, como la pintada, el canario, etc. Sólo el hombre puede llegar a la monogamia voluntaria y razonada. Como que para ello es preciso una operación delicadísima, que requiere, a más de condiciones excepcionales en el varón y en la hembra, el amparo propicio del azar, a saber: el injerto del instinto, que es una fuerza ciega, en la amistad, que es un sentimiento de complejidad y delicadeza infinitas.

La felicidad monogámica, cuando se logra, es siempre el producto de esa conjunción del instinto con la amistad;

y gracias a ello vence al tiempo, enemigo mortal del instinto científico. El instinto sexual, por sí solo, es un apetito, y como tal se agota rápidamente. "Todo animal se entristece después de amar—dice la sentencia latina—, a excepción del gallo, que canta". Pero aun el gallo siente esa tristeza, que es disgusto del apetito, no sólo satisfecho, sino también agotado; y, por tanto, hastío del colaborador. El animal vive sujeto en el amor a la ley imperiosa de la variación, ley que rige en todos los apetitos, y con mayor rigor a medida que la calidad de éstos es más excelsa. Y el hombre no escapa a esa ley. Pero ha sabido realizar el milagro de engañar a su instinto con la amistad, y a la sombra de ésta darle cada día, como manjar distinto, el mismo pan de siempre.

La poligamia como manifestación del instinto indiferenciado

Pero no hay que decir que son contadas las parejas humanas que alcanzan este grado de perfección. La mayoría de las veces, el hombre sucumbe a las exigencias del instinto, a la necesidad de variar, y se hace polígamo. Puede decirse por ello, que todavía es éste el estado habitual del macho humano. El varón ama en la mujer al género y no al individuo. Cada mujer es aún para él tan sólo una ventana por donde se asoma el ámbito obscuro del sexo, y una vez agotada la visión, corre a otra ventana y torna a mirar hasta que la curiosidad se acaba, lo cual sucede indefectiblemente antes de que el enigma se descifre.

Ahora bien; amar al género, buscar a la hembra, cualquiera que ésta sea, supone un grado más atenuado, pero evidente, de indiferenciación sexual. La apetencia del instinto se dirige ya, francamente hacia el sexo contrario; pero es una apetencia todavía borrosa y dispersa. A medida que esta apetencia se afina y ennoblece, el sexo, como tal, interesa menos y se busca, en cambio, al individuo, a una mujer que precisamente encaje en las peculiaridades del instinto, ya muy especificado, del varón. En este sentido es forzoso admitir la teoría que Schopenhauer defendió con tanto ingenio de que el progreso sexual estribaría en una exaltación de las cualidades varoniles en el hombre y de las femeninas en la mujer; que entonces se buscarían efectivamente para complementarse, de igual suerte que en la química los ácidos buscan estrictamente a sus bases para formar las sales. Podríamos decir también que la masculinidad muy exaltada, como las cumbres muy altas, escapa a las afinidades genéricas del sexo femenino, y sólo sintoniza, con instintos femeninos también próceres, de su misma elevación específica.

Es sorprendente cómo siendo esto tan claro ha venido considerándose como arquetipo de la virilidad, no el hombre sexualmente diferenciado, que encuentra a la mujer equivalente y cierra con ella el circuito del instinto, sino al tipo de tendencia polígamica, que corre de mujer a mujer, frotando sus epidermis con las suyas, pero sin penetrar en su arcano espiritual y sexual. A nadie se le ocurriría, por ejemplo, considerar como el modelo del amante a la Pintura al aficionado ampuloso que llena las paredes de su casa de cuadros recogidos aquí y allá; sino al fino conocedor, dotado de perspicacia y de saber, que descubre entre otras ciento la obra única y excelente. Pero en la cuestión sexual, la confusión que reina en las cabezas invierte sistemáticamente los términos del juicio.

Virilidad cuantitativa y cualitativa. Don Juan y Otelo

La máxima diferenciación sexual no se expresa en superficie, sino en profundidad. En esto estriba el error que comentamos. Sería más exacto decir que la sexualidad específica no es un factor cuantitativo, sino cualitativo. Don Juan Tenorio y Don Luis Mejía pugnan por demostrar cuál de los dos es más hombre, y ¿qué hacen para ello?: pues, sencillamente, apuntar en un papel el número de las mujeres conquistadas. Este es el concepto de la "virilidad cuantitativa", cuyo símbolo es el ganador de la apuesta, el propio Tenorio. Concepto que equipara la hombría al coraje sin fruto para sus semejantes y al deporte del mujerío estéril, tan populares en nuestro país que a veces su órgano de publicidad es la propia Gaceta.

Pero la virilidad es un valor cualitativo y no cuantita-

tivo, digámoslo otra vez, y por ello el varón perfecto resuelve su instinto en muy pocos amores, tal vez en uno solo, si bien extraordinariamente profundo y rico en matices sentimentales y pasionales. Yo gusto de simbolizar ese varón arquetipo en la figura de Otelo, antítesis de la de Don Juan

Otelo es, en efecto, el protopito del varón, el hombre de sexo diferenciado por excelencia, sin rastro de feminidad. Y en este concepto, tiene la categoría de tipo representativo dentro de la fauna de los instintos humanos; y no como símbolo de la pasión de los celos, que en él, a pesar de su teatralidad, son un elemento puramente accidental y de época. Rudo, fuerte y moreno, su caudal sexual se localiza en parte en una mujer, esencia de la feminidad, en torno de la cual gira el bronco capitán como un planeta alrededor del Sol; y el resto se sublima y se transforma en su actividad social, heroica y triunfante.

Don Juan es todo lo contrario. Su virilidad, contra todas las apariencias, es muy indiferenciada y floja, como en otras ocasiones creo haber demostrado. Por ello, su morfología recuerda más al cánon de la belleza correcta y armónica de la mujer que al enérgico de la masculinidad. Y por ello su instinto resbala de mujer en mujer, sin encontrar jamás a "la mujer"; y ésta es su tragedia. Como el turista que consume su vida de país en país, visitando, guía en mano, sus monumentos, pero sin penetrar un solo instante en la vida recóndita de la ciudad o del paisaje, que alienta en los interiores vulgares y en los rincones innominados, así consume su existencia el Don Juan, cuya definición más exacta sería esta de turista del amor. Turista y no viajero; esto es, el que da vueltas en torno de las cosas sin penetrarlas nunca.

De aquí mi encono, no contra Don Juan, que ello sería pueril, sino contra el mito que sustenta. Este mito es dañino, primero, por ser mito; es decir, por ser mentira; pero, además, es la justificación glorificada de una poligamia estéril y con detrimento del trabajo creador. Que sea así quien quiera o quien pueda; pero que no se pretenda hacer de ello el modelo de la virilidad, que es todo lo contrario. Sin contar con que el donjuanismo supone siempre, por parte de la mujer que de grado o por fuerza se presta a su juego, una abyección sexual y social que entristece y subleva.

Donjuanismo y austeridad

Quisiera advertir, finalmente, que al hablar del donjuanismo no hago referencia a un tema literario ni a las hazañas de los donjuanes de cartel (los divos, o, como ahora se dice, los ases de esta modalidad sexual). No valdría la pena. Me refiero al donjuanismo difuso y endémico de nuestra civilización, a cuyo contagio no escapan en forma leve o grave, episódica o crónica, casi ningún hombre de los que se tienen por tales. Podría aceptarse la tan repetida comparación de este contagio con el de las fiebres eruptivas, si no hiciese tantas víctimas como en la juventud en hombres que ya no tienen nada de mozos.

Donjuanismo no es, pues, escalar conventos, reñir y emborracharse y escamotearle la mujer al amigo. Es todo lo que hay en el amor de nuestras ciudades, de frivolidad, del sensualismo superficial, de blandura ante la lucha por la vida, y, en suma, de falta de austeridad, que es la virtud esencial varonil.

Insistimos en el hecho paradógico de que, en general, la austeridad, virtud de continencia, de aparente pasividad, es la virtud que supone precisamente un mayor ímpetu, una mayor fortaleza; de la misma suerte que casi todos los vicios y desafueros de la conducta, aparentemente resultado de una vitalidad desbordada, indican, en realidad, un caudal mezquino de energía. Y esto es especialmente aplicable al amor. El varón o la mujer austeros en su vida sexual, son los que poseen el mayor tesoro de sexualidad específica; como el Don Juan o su equivalente la cortesana, obran movidos por un instinto aparatoso, pero poco profundo.

Esta misma idea puede recogerse a lo largo de un noble libro de Zulueta, que yo he hecho leer a muchos jóvenes. "Todos los peligros—dice una vez—que en el amor, pueden verse para la juventud nacen, no del mucho amor, sino del poco amor; es decir, de confundir el amor verdadero, grande, santo, con el capricho frívolo, la aventura pasajera, la galantería, el grosero instinto; cosas todas que no

son amor, sino su contraste ridículo o su falsificación vergonzosa".

El problema pedagógico estriba esencialmente, sin embargo, en no definir éste es el oro y éste el metal brillante, pero, sin valor, sino en convencer a la juventud de las ventajas del oro; lo cual, porque así lo ha querido la Naturaleza, no es tan fácil como parece a primera vista. A los valores verdaderos se llega comúnmente con esfuerzo. Están en un sagrario recóndito que a menudo sólo se abre ante el sacrificio.

Valor del trabajo en la pedagogía sexual

¿Cuál será la fórmula práctica para esta pedagogía de diferenciación de los instintos? Sin duda, en el varón, el estímulo del trabajo. Y esto no es un mero y vago precepto moral, sino un concepto henchido de justificaciones biológicas. Es evidente—y en nuestro primer ensayo hemos explanado este tema—que la actividad social del hombre, ya en su forma legítima y creadora, que es el trabajo; ya en la modalidad secundaria y estéril del deporte, representa un equivalente fisiológico de la actividad sexual. Ovidio—fuente inmortal de todos los temas del amor—dedica a este tema palabras de admirable belleza y perspicacia:

"La ociosidad hace nacer el amor y le mantiene una vez nacido. Es a un tiempo origen y alimento de ese dulce mal. Deshecha la ociosidad, el amor se romperá en pedazos. Se extinguirá su llama y será sólo un objeto despreciable. Tanto como la planta necesita el agua que la riega, necesita Venus la ociosidad. El amor huye del trabajo. Si quieres arrojarle de tu corazón, ocúpate de algo y tu salud está asegurada". "¿Por qué, preguntarás, se hizo adúitero, Egisto? Es fácil de responder: porque no tenía nada que hacer mientras los otros príncipes luchaban frente a Troya".

La misma visión encontramos en los textos religiosos. El evangelio de Buda nos dice también que la lasciva crece a la sombra del ocio; y los libros cristianos están llenos de la misma idea. "El trabajo—decía nuestro Fray Luis de León—es la sal que preserva de corrupción a nuestra vida y a nuestra alma". Por ello el trabajo intenso es el camino recto que nos lleva a la monogamia, y, por tanto, a la afirmación, pudiéramos decir a la sublimación, de nuestra sexualidad. Nos demuestra, en otras muchas razones, que esto es exacto el caso antes apuntado de ciertos animales que son monógamos en estado salvaje, porque tienen que luchar con el medio, y polígamos en la domesticidad, en cuanto el hombre les da resuelto el problema de la vida. La injusticia social hace que muchos hombres nazcan también con su vida material resuelta; y esta injusticia es la gran celestina que protege la mayoría de los errores sexuales.

Lo que hoy podemos decir con toda certeza es que las únicas batallas que los maestros y los médicos hemos ganado a las torceduras y a las angustias del sexo han sido con la medicina de la actividad.

La diferenciación sexual en la mujer

¿Y la mujer? El suscitar este problema equivaldría a la revisión del sentido y de las modalidades de la lucha feminista, y ello me ha ocupado largamente en el segundo ensayo de este volumen. Pero no podría terminar ahora sin repetir que el progreso sexual de la mujer sólo puede depender, como el del hombre, de su diferenciación sexual; esto es, de la exaltación de sus cualidades femeninas. Por decir esto he sido tachado de antifeminista, y a veces con modos violentos e imprecarios. Pero no me importa, porque tengo razón. Hay mujeres que se creen deprimidas por la afirmación de que deben ser madres primero, y luego todo lo demás, y renunciar, si es preciso, a todo lo demás para ser madres. Y lo curioso es que estas mujeres, que conmulgan sin saberlo en el desprecio que un Weininger pudiera sentir por la feminidad, son justamente las adscritas a la secta feminista. Claro es que a su lado hay otras mujeres, las más excelsas, que piensan como nosotros. Citaremos a Gina Lombroso, colaboradora de su padre y del historiador Ferrero, su marido actual, doctora en Letras y en Medicina, autora de libros admirables, infatigable viajera y reivindicadora de los derechos legítimos de la mujer, a pesar

de todo lo cual, no duda en escribir las palabras siguientes:

"La verdad es que la mujer no podrá dar para la creación de las obras maestras más que aquella parte de su alma que no esté absorbida por las preocupaciones familiares, porque ninguna gloria podrá jamás exonerarla de sus humildes funciones de madre, hacia las cuales le impulsa el instinto y a las que la Naturaleza la destina". "Para hacer una obra maestra—añade más adelante—es preciso tener ambición, buscar la gloria, el poder y los honores; y en la mujer verdaderamente mujer, la ambición de ser amada—que es también la de ser madre—sobrepuja con mucho a la ambición de ser gloriosa y potentada".

Tener todos los derechos del hombre, tener abiertos todos los caminos intelectuales y sociales, eso sí; pero, ante todo, ser mujeres, cada vez más mujeres.

Yo creo—y en otra ocasión me ocuparé de ello—que la moda femenina, aparte de razones secundarias de comodidad y economía, obedece siempre a una razón sexual. Claro que esa muchacha que vemos, tal vez, al pasar por un pueblo humilde de Castilla, vestida y peinada, dentro de sus posibilidades, como una elegante de París, no ha hecho más que copiar pasivamente lo que ha visto que hacían las demás mujeres de la capital o de las fotografías del periódico. Pero la génesis complicada de la falda así o del otro modo, o del talle ancho o estrecho, o de tal aire en el andar, etc., responden siempre a la ley imperiosa de la variación, sin la cual, como antes decíamos, la tensión del apetito del sexo se quebraría al cabo de unas pocas generaciones. Y esta necesidad de variar empuja, como un péndulo, las modalidades extremas del sexo, a veces hasta los límites extremos y confusos de la sexualidad indiferenciada. Por ello no van descaminados los que ven en el origen de la moda actual de los cabellos cortos y en otros detalles de la morfología femenina un símbolo lejano de temporal renunciación de la mujer a muchas de las características específicas de la feminidad.

No parece sino que la mujer de nuestros tiempos, obsesionada por aquello de las ideas cortas y los cabellos largos, de Schopenhauer, se ha aplicado a desmentir esta gran tontería, no sólo alargando sus ideas, lo cual está muy bien, sino además, acortando sus cabellos, lo cual no puede admitirse en su sentido profundo e inicial. La fórmula de la mujer diferenciada es esta otra: ideas largas, pero cabellos más largos todavía.

Una fórmula práctica

Diferenciación sexual. He aquí el nudo del problema. La característica de la sociedad actual es la inmensa inquietud por su porvenir. Los pensadores, explícitamente, se afanan, como en ninguna otra etapa de la Historia, en declarar que atravesamos un momento de disolución de muchas cosas viejas y en adivinar, entre el misterio de lo porvenir cuál será el rumbo de la Humanidad futura. Y la loca superficialidad de las gentes acaso quiere decir, de modo inconsciente, esto mismo: ansia de gozar una calidad de fruiciones materiales, cuya terminación definitiva se presiente. Yo pienso que el género humano escapará a estas tempestades como a las otras que le han conmovido asiéndose siempre a las mismas cuerdas salvadoras, que son los principios eternos de la ética, tendidos, como cables, desde la Humanidad rudimentaria hasta el hombre ideal del futuro. Parece simple el repetirlo; pero es lo cierto que lo único que no cambia, cuando se suceden y se hunden las civilizaciones y las culturas, las sociedades y los sistemas filosóficos, es la bondad y la maldad, la luz y la sombra del espíritu, que tienen sus etapas de mayor y de menor duración, pero que mantienen su contraste invariable a través de los siglos.

Los hombres de ahora se darán cuenta de que sólo un ansia de perfección moral les hará ir hacia adelante. Y la ética humana no puede avanzar sin dejar resuelto el problema de los sexos, que es, por lo menos, uno de los grandes obstáculos que entorpecen su progreso. El problema del sexo, mal entendido secularmente, llagado y podrido ahora, enturbia todos los aspectos de la vida. Los dogmas morales clásicos han perdido su eficacia; hay que tener el valor de decirlo. Peor aún: se han hecho encubridores del pecado. Hay, pues, que renovarlos a la luz de los progresos de la ciencia. Y ésta nos señala el camino de la diferenciación, cuyo sentido hemos explicado con suficiente prolijidad.

No creo que pueda, por el momento, decirse nada más concreto. Ni tampoco que deba decirse más. Me dirijo ahora a los comentaristas que me han achacado de vaguedad de las soluciones que propongo en este ensayo para los conflictos del sexo. En una reciente conferencia, que no he querido reproducir en este volúmen, porque supondría la repetición de muchas cosas que quedan suficientemente aclaradas en estas páginas, he procurado contestar a esa objección.

"Hablar—escribe, por ejemplo, uno de mis críticos—de diferenciación sexual, de hacer muy hombres a los varones y muy mujeres a las hembras, no es decir nada práctico". Y así es, en efecto. Pero insistimos en que sería ridículo pretender otra cosa. Estos dolores tan complejos y tan vastos—dolores de la Humanidad entera—no se curan con un sello de aspirina, como el dolor de cabeza. La austeridad sexual que deriva de la máxima diferenciación sexual no puede imbuirse en los corazones con reglas fijas, como se imbuye en el entendimiento un teorema matemático; es una semilla que sólo florece cuando se planta con recato y amor en cada individuo, y no cuando se siembra a voleo. Por ello son las manos infinitamente cuidadosas de los padres, y no ningunas otras, por sabias que sean, las que tienen la máxima eficacia para realizarlo.

Pero si me obligaran a concretar en lo posible esa fórmula pedagógica, podría expresarme en estos tres consejos: guerra implacable al ocio; matrimonio temprano; y, desde luego, dar al alma lo que es del alma o, si se prefiere, a Dios lo que es de Dios.

Diferenciación, fuente de castidad

Diferenciación sexual. Ser hombres y ser mujeres en toda su plenitud. En esto debe estribar fundamentalmente el progreso sexual de la Humanidad, que, en parte, repitámoslo, vale tanto como decir su progreso moral.

No podemos olvidar que los hombres han creado otras desarmonías artificiales que enturbian la vida de los sexos, como la invención de tantos convencionalismos y leyes y preceptos, que unas veces se oponen abiertamente al instinto y otras sólo sirven para encubrir bajo la capa de la legalidad delitos de lesa naturaleza. Pero esto no nos interesa ahora. Las leyes pueden rehacerse en unos días y las costumbres cambiarse en una generación. Lo esencial es lo otro, lo ligado a la vida palpitante de los organismos; lo que depende directamente de condiciones biológicas de lenta y difícil modificación.

Mi fe, sin embargo, es inquebrantable en el porvenir. Repitamos ahora, como decíamos al principio, que el gran error de la moral en que nos hemos educado ha sido el prevenir al hombre contra la mujer y la mujer contra el hombre, cuando en la lucha de los sexos el enemigo está en nosotros mismos.

Por eso podemos dirigirnos a los jóvenes que nos lean y decirles, dentro de la más estricta ortodoxia: matad al fantasma del otro sexo que cada cual lleva dentro: sed hombres, sed mujeres, y entonces, las mujeres y los hombres que andan por el mundo no serán para vosotros más que fuentes de castidad.



INDICE DE TEMAS

Páginas

ENSAYO LIMINAR, de Ramón Pérez de Ayala 5
PROLOGO de la 1.ª edición 12
PROLOGO de la 6.ª edición 14

SEXO, TRABAJO Y DEPORTE 15

El sentido de la acción, 15.— El trabajo, carácter sexual, 16.— Caracteres sexuales primarios, 17.— Caracteres sexuales secundarios, 20.— Maternidad y actuación social como caracteres sexuales opuestos, 20.— División sexual del trabajo en la vida primitiva, 25.— Sexo y trabajo, 26.— Transformación actual de la división primitiva del trabajo, 27.— Sexo, lujo y desigualdad social, 28.— La gloria, el dinero y el sexo, 29.— Matrimonio por amor y matrimonio por conveniencia, 31.— Moral e instinto, 32.— Trabajo y feminismo, 33.— El donjuanismo, 34.— Significación biológica y categoría del deporte, 35.— Deporte y trabajo, 36.— La mujer y el deporte, 39.— Fecundidad y placer, 39.

Páginas

II

MATERNIDAD Y FEMINISMO 41

Feminístas y antifeministas, 41.— La religión y la ciencia ante el problema de la mujer, 42.— Inferioridad y diferenciación, 44.— El concepto clásico de la maternidad, 46.— Cultura y maternidad, 48.— Diferenciación sexual, base de cultura en cada sexo, 50.— Maternidad consciente, 52.— Un experimento triste, 53.— Una ley aterradora: la fecundidad de las madres está en relación directa con la mortalidad de los hijos, 54.— Maternidad metódica y moral conyugal, 57.— Moral social y maternidad ilimitada, 58. —Peligros de la limitación de la maternidad, 60.— Maternidad y crianza, 62.— Maternidad y educación directa de los hijos, 65.— La colaboración de la mujer con el esposo, 65.— El amor de la mujer, premio del trabajo, 66.— Maternidad y trabajo físico son incompatibles, 68.— La experiencia de la guerra, 69.— Cultivo de la mujer no madre. La tristeza del hogar, 71.— Diferencias biológicas de la actividad de cada sexo, 73.— El medio no modifica fundamentalmente los caracteres sexuales, 73.— La humanidad de sexo subnormal, 74.— La maestra, 75.— La asistencia a los enfermos, 76.— La mujer en los laboratorios, 77.— Libre acceso a la mujer apta, 77.— La inferioridad de la mujer ante el derecho, 78.— La mujer y los cargos públicos, 79.— El voto femenino, 83.—La sumisión sexual de la mujer y el voto, 84.— El voto femenino ¿purificaría el sufragio?, 85.— La mujer y los partidos reaccionarios, 86.— Conclusión, 88.

III

EDUCACION SEXUAL Y DIFERENCIACION SEXUAL 90

La tragedia del sexo en el hombre, 90.— La modalidad femenina de la tragedia sexual, 92.— Empezar a saber..., 92.— El "otro sexo" que nos acompaña, 94.— Relatividad

Páginas

del sexo, 95.— Bisexualidad inicial del organismo, 96.— Diferenciación del sexo a través de las edades, 97.— Retorno a la bisexualidad en condiciones normales y en condiciones patológicas, 98.— Los argumentos experimentales, 100.— La bisexualidad, etapa retrasada del desarrollo sexual, 100.— El progreso sexual está en la diferenciación de los sexos, 102.— Del hermafrodítismo al disformismo sexual, 102.— La homosexualidad en los animales y en el hombre, 103.— Frecuencia real del homosexualismo, 104.—El narcisismo, 105.—Pedagogía de la diferenciación sexual. La cirugía, 106.— La opoterapia y los injertos, 107.— El ejercicio y la alimentación, 108.— El ambiente psíquico, 109.— Diferenciación sexual y monogamia, 110.— La poligamia como manifestación del instinto indiferenciado, 112.— Virilidad cuantitativa y cualitativa. Don Juan y Otelo, 113.— Donjuanismo y austeridad, 115.— Valor del trabajo en la pedagogía sexual, 116.— La diferenciación sexual en la mujer, 117.— Una fórmula práctica, 119.— Diferenciación, frente de castidad, 120.

Imp. "Selecta". — San Francisco 347.

Biblioteca "Cultura"

La mejor Colección Literaria que se edita en Chile. Publica en cuidadas ediciones, y en su texto íntegro las obras maestras de los más grandes literatos del mundo.

Biblioteca Cultura circula en toda la América Hispana.

Títulos publicados:

N.o 1 **SANIN.** Novela rusa de Miguel Artsebachef .. . $ 4.—
N.o 2 **LA AZUCENA ROJA.** Novela de Anatole France ... ... " 3.—
N.o 3 **TRES NOVELAS EJEMPLARES Y UN PROLOGO,** por Miguel de Unamuno ... ... " 3.—
N.o 4 **TIGRE JUAN.** Novela de Ramón Pérez de Ayala. (Gran Premio Literario de España) .. .. " 3.—
N.o 5 **EL CURANDERO DE SU HONRA.** (Segunda parte de "Tigre Juan"). Novela de Ramón Pérez de Ayala ... ... " 3.—
N.o 6 **AMOK,** por Stefan Zweig ... ... " 3.—
N.º 7 y 8 **DOÑA BARBARA.** Novela de Rómulo Gallegos, en 2 tomos ... ... c/u. " 3.—
N.º 9 **NI ANGEL NI BESTIA.** Novela de Andés Maurois .. .. 4.—
N.º 10 **EL ALBA** (Juan Cristóbal), por Romain Rolland. " 3.—

Seguirán publicándose en el siguiente orden:

N.º 11 **EL NUDO DE VIBORAS.** Novela de Francois Mauriac.
N.o 12 **LA MAÑANA** (Juan Cristóbal), por Romain Rolland.
N.o 13 **ALCALA DE LOS ZEGRIES.** Novela de Ricardo León.
N.o 14 **JUDAS ISCARIOTE,** por Leonidas Andreiew.
N.o 15 **LA ADOLESCENCIA** (Juan Cristóbal), por Romain Rolland.
N.o 16 **LA ILUSTRE CASA DE RAMIREZ.** Novela de José María Eca. de Queiroz.
N.o 17 **LA CATEDRAL.** Novela de Vicente Blasco Ibáñez.

Advertimos que esta lista puede sufrir variaciones debido a diversos factores; pero, en todo caso, procuraremos ceñirnos a ella lo más estrictamente posible.

Pida estas obras a su librero o a sus editores,

LIBRERIAS «CULTURA»

1165 HUERFANOS 1165 CASILLA 4130 461 DELICIAS 463
SANTIAGO DE CHILE



Precio: $ 3.00 1.50